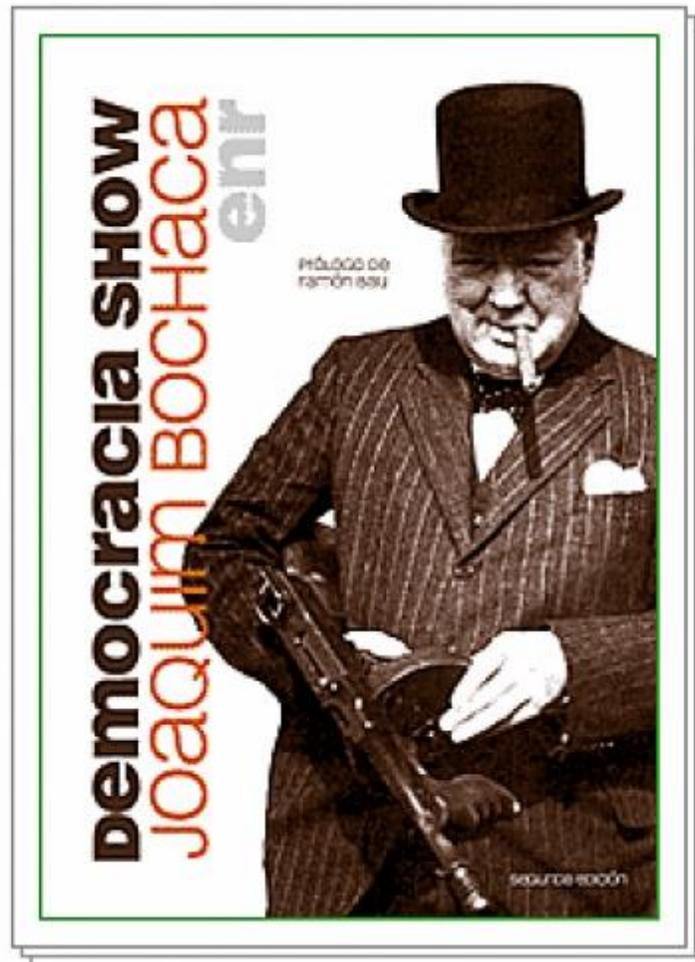


DEMOCRACIA SHOW



Joaquín Bochaca

PROLOGO

Hay una Historia oficial, que se escribe para los muchachos de las escuelas y, eventualmente, para el consumo del gran público, y hay, por supuesto, una Historia real, que no se escribe en libros de gran tirada, que incluso, a veces, no se escribe y que, en todo caso, hay que leer entre líneas o deducir del encadenamiento de los hechos, tal como se van produciendo, e independientemente de la música que los mass media ponen a tales hechos.

No deja de llamar la atención que mientras cualquier ciudadano de criterio, formación y talento medianos, admite sin ningún género de dudas que la publicidad puede no decir siempre la pura verdad, que los balances de una empresa comercial pueden estar arreglados; que las declaraciones de impuestos pueden contener alguna falacia por omisión; que una información comercial periodística puede ser, en realidad, un anuncio de pago camuflado; que en toda negociación o trato comercial no se dice necesariamente la pura verdad y que cualquier comerciante, cualquier profesional, incluso cualquier artista enmascara, cuando no desfigura deliberadamente la verdad en pro de sus intereses, ese mismo ciudadano, en cambio, acepta las verdades oficiales de la Historia de los libros de texto con sorprendente candor. Es sorprendente, pero es así.

La explicación fundamental de este insólito fenómeno de credulidad puede, tal vez, hallarse en la influencia de los aludidos mass media y en el lavado de cerebro a que someten al individuo disuelto en la masa Pero esta explicación, aunque básica, no es suficiente. Debe ser complementada con otra. Debe ser complementada, sencillamente, con la pereza mental, consubstancial con la mayoría de los seres humanos. Los hombres, en su gran mayoría, sólo se interesan realmente, prácticamente, en lo que les atañe directamente y de forma inmediata. No creen, o no quieren creer, que es peor, en nada trascendente. Se inclinan, por naturaleza, hacia la facilidad y ya Platón nos advertía que lo fácil suele ser enemigo de lo bueno. El llamado hombre de la calle profundiza, medianamente, en míseros negociejos de tres al cuarto, en cosas pedestres, de cada día, a las que él, con sonrisa de suficiencia, denomina lo positivo ' Pero, con arrolladora inconsciencia, pasa por alto sucesos, hechos y circunstancias que van a determinar, no que gaste tanto o cuanto más, si no, te, que siga existiendo como ser libre o incluso, como ser vivo.

El hombre de la calle, para usar la jerga en boga, pasa de la Política. Lo cual está muy bien; es su derecho, como diríamos en si idiótico caló de esta triste época. Lo malo para él -y lo peor para los que con él compartimos pasaje en el mismo barco de la Civilización Occidental- es que la Política sí se ocupa de él. Y le aburren con cincuenta mil leyes, decretos, prescripciones, prohibiciones y disposiciones; y a sus hijas menores les enseñan a fornicar sin consecuencias en las escuelas estatales, laicas y obligatorias y, para mayor inri, de pago; y, cuando llega el momento, les movilizan, les ponen un fusil en las manos y les mandan a

las antípodas, o a donde fuere, a defender la Democracia, el Derecho, los Derechos Humanos, el arancel de las margarinas, o lo que se les ocurra decir a los detentores del Poder. Para él, tan práctico, tan positivista, cuenta más un negocijo que su vida, y un aperitivo que su libertad. El cree en lo que le gusta creer y precisamente en eso; en eso tan sencillo estriba su desgracia.

Le gusta creer en las verdades oficiales; en las versiones estereotipadas, en la Historia de los textos. Es más cómodo. Así se va llevando a cabo la auténtica Historia, la Historia real, que, por una simple cuestión de lógica elemental, no puede ser, ni siquiera parecerse remotamente, a la Historia oficial. Si se admite, - y así es en la vida práctica de cada día- que en asuntos privados de ámbito e importancia forzosamente limitados las cosas reales no son ni lo que parecen ni lo que se dice, a efectos oficiales, a lo que se proclama pro-forma, es de una lógica abrumadora que en asuntos de ámbito infinitamente mayor, y de intensidad agónica cual son los que abarca la gran Política, que es, por su misma esencia, total, la disparidad, la dicotomía entre realidad y oficialidad debe ser comparativamente, mucho mayor. Forzosamente debe ser así. Si todos están de acuerdo en que los hombres trapisondean en sus asuntillos privados, triviales en su fondo y en su forma, a fortiori deben estarlo en que en asuntos de gravedad infinitamente mayor y ámbito total trapisondearán -para expresarnos en esa forma llana y banal- infinitamente más. Pero, ya lo hemos dicho, pensar en eso le da pereza al hombre-masa. Y prefiere aceptar, sin ulterior análisis, la versión oficial, homologado, de los hechos.

Los amigos lectores que me han hecho el honor de leer todos o alguno de mis libros precedentes, saben que propugno la tesis de que hay poderes fácticos por encima de los oficiales; que existe una verdadera conspiración histórica, secular y universal y que, como decimos más arriba, existe una realidad histórica que se contrapone a la verdad oficial

Esto es así, y siempre ha sido así y siempre será así, y nos tememos que no puede ser de otra manera. Hay trasfondos históricos que solo se saben décadas después de haberse producido los hechos, y los hay que solo se intuye como debieron ocurrir. Para los demás, ni siquiera esto. No obstante con documentación, voluntad y sentido común, y, sobre todo, con independencia de criterio, con esa famosa libertad de pensamiento de que tanto blasonan los apodados liberales y que tan poco ponen en práctica, se puede -se debe- discernir la Intra-Historia. Incluso, y especialmente, la contemporánea.

Ahora bien, esa Intra-Historia, o el hilo rojo de esa conspiración, como la llamaba Henry Ford, tiene un trazado perfecto el cual, no obstante, muy a menudo se encalla, por las imperfecciones de los hombres encargados de ponerlo en práctica. Es el inconveniente mayor que tienen los testaferros, los hombres de pala, por muy pomposos que sean sus títulos oficiales y su posición. Son listos, son ambiciosos, no tienen escrúpulos, pero, por regla general, les falta inteligencia. Además, muy a menudo, no son siquiera listos. Son medianías, mediocridades

intelectuales extraídas con fórceps del anonimato, para llevar a cabo una determinada misión. Si a ello añadimos la innata tendencia humana al error, a la torpeza, comprenderemos los achaques, interrupciones y desvíos padecidos por el Plan, que es magistral y que, al no oponérsele prácticamente fuerza alguna, por ser desconocido por los más e interesadamente solapado por los influyentes colocados en las fachadas del mando oficial, debiera ser irresistible.

Este no es un libro contra nadie. Hemos querido compilar, seleccionándolos dentro de lo posible, una antología de los dislates, estupideces, torpezas, errores, tonterías y meteduras de pata de hombres prominentes en el curso de la Historia de este torturado Planeta. Naturalmente, y por razones de proximidad en el tiempo, nos hemos detenido con mayor asiduidad en las curiosidades y simplezas, los contrasentidos y aberraciones modernas, y aún contemporáneas. A ello nos ha movido, no sólo la aludida razón de proximidad, si no también la de ejemplaridad. Y, en menor grado, la de facilidad, pues, conforme avanzan -o progresan, como gustan presumir- los hombres por el siglo de las luces, más cegados parecen y más trompicones se dan.

EL ARTE DE EQUIVOCARSE

Equivocarse es un don natural. No se puede aprender. He aquí, para ir entrando en materia, algunas predicciones y aseveraciones de algunos genios del error.

El primer día de la Creación Dios hizo la luz... En el segundo día, el sol, la luna y las estrellas. (La Biblia, autor desconocido). Es lógico. Para hacer algo, lo primero que se necesita es luz, claridad.

Pero tal opinión no la compartía el Doctor John Lightfoot, Vice-Canciller de la Universidad de Cambridge quien, en 1858, poco antes de que Darwin publicara su Origen de las Especies, declaró con precisión reservada a los genios Los cielos y la tierra fueron creados en el mismo instante, el día 23 de octubre del año 4004 antes de Jesucristo, a las nueve de la mañana. Los cálculos para llegar a tan encomiable precisión, las nueve de la mañana (madrugada para los perezosos) debieron ser, forzosamente, tan abstrusos, que el ilustre doctor no se tomó la molestia de intentar explicárselos a su admirado auditorio. Las nueve horas de un año capicúa antes de la venida del Mesías.

No obstante, a veces sí se dignan los sabios darles explicaciones a los simples mortales. Viajar en ferrocarril a velocidades superiores a las veinte millas por hora no será nunca posible, digan lo que digan los farsantes, porque los pasajeros, al no poder respirar, morirían de asfixia. Esto afirmó Dyonisius Lardner, profesor de

Filosofía y Astronomía de la Universidad de Londres, hacia 1850. Este sabio tenía una mente lógica y -al revés del Doctor Lightfoot, descubridor de la fecha de la creación del mundo- gustaba de razonar sus aseveraciones. Y así como deducía que los pasajeros no podrían respirar y lógicamente, se asfixiarían, si viajaban en trenes cuya velocidad llegara a los treinta kilómetros por hora, también explicaba porqué los buques de vapor nunca podrían llegar a cruzar el Atlántico, toda vez que se necesitaría una cantidad de carbón muy superior a la que podrían llevar consigo.

Pero el Destino, a veces, es cruel con los grandes hombres. Unos meses después, el Great Western cruzaba el Atlántico.

Como el primer aeroplano, construido por los hermanos Wright, volaba dieciocho meses después de que Simon Newcomb, el más grande de los astrónomos americanos del siglo XIX y principios del XX, declarara El vuelo, llevado a cabo por máquinas más pesadas que el aire es algo contrario a la práctica; el simple sentido común de un niño comprende que es imposible.

Ernst Mach (1838-1916) profesor de Física en la Universidad de Viena, soltó esta frase soberbia en defensa de la Ciencia ante los embates de la superstición. Puedo, aceptar tan poco la teoría de la relatividad como la existencia de los átomos y demás dogmas idiotas. Soy un hombre de Ciencia; no un ignorante clérigo.

Más aún. El gran físico inglés Ernest Rutherford, después de haber logrado desintegrar el átomo por primera vez, en 1924, tuvo el valor de decir La energía producida por la ruptura del átomo es algo muy pobre. Quien espere una fuente de energía de la transformación de esos átomos piensa en tonterías.

Los citados artistas del error han sido, recordados por la posteridad agradecida. En cambio, el buen padre Matheu, ha sido injustamente sepultado en el olvido. En una hoja diocesana barcelonesa escribió, hacia el año 1753 ... Nos llegan noticias de que en la lejana América del Norte, un sujeto llamado Benjamin Franklin, embauca a sus conciudadanos haciéndoles creer que ha descubierto una máquina infernal que contrarresta los efectos del rayo, en verdad que la desfachatez de esos impíos no parece conocer límite. ¡Perdéis el tiempo, descreídos! ¡Nunca lograrais arrebatarse a Dios sus poderes! ¡Y ojalá que el rayo de la justa cólera divina no caiga sobre vuestras débiles cabezas!.

Otras cabezas han parido sentencias absurdamente pintorescas en el campo de las Artes. Así, por ejemplo, cuando el Kaiser Fernando tras escuchar, por primera vez, Las Bodas de Fígaro, le dijo a Mozart Demasiado ruidoso, mi querido Mozart. Demasiadas notas. Por este camino nunca llegarás a nada. Y Philip Hale, un crítico musical de Boston, escribió en un periódico, en 1837 Si la Séptima Sinfonía de Beethoven no es abreviada, por el medio que sea, pronto caerá en el olvido. A veces, el chauvinismo interviene y se logran perlas tan delicadas como la de John Hunt, estadista inglés del siglo XIX que afirmó, majestuosamente Rembrandt no puede ser comparado en la pintura de expresiones, con nuestro extraordinario genio de la pintura inglesa, Mr. Ripplingille. Y más grave es, aún, cuando la perla es elaborada por una personalidad indudablemente cualificada He interpretado la

música de ese granuja de Brahms. ¡Vaya bastardo tan incapaz! Me molesta que esa infatuada mediocridad sea considerada un genio (Diario de Tchaikovsky, 9 de octubre de 1896).

El arte de equivocarse es viejo como el mundo. Sus manifestaciones abarcan todos los campos de la actividad humana. Hemos citado unos cuantos ejemplos significativos. Pero aquí nos ocupamos de las tragicomedias, errores, absurdos y situaciones pintorescas de la Historia. Para entrar en materia, pues, hemos elegido la última frase pronunciada por el General nordista John Sedgwick, que murió en la batalla de Spotsylvania, en 1864, durante la Guerra de Secesión norteamericana. Sedgwick asomó la cabeza por encima de un parapeto, y dijo

Estos malditos sudistas no saben disparar. ¿Por qué tiran desde tan lejos ¡Qué manera de malgastar municiones! No podrían alcanzar ni a un elefante desde esta dista... (1).

SUBLIMES PALABRAS

Ciertas personas tienen la desagradable costumbre de poner en paralelo las palabras de gigantes de la Historia con sus hechos, reprochándoles que éstos no concuerden con aquéllas. No estamos de acuerdo con tan utilitario punto de vista. En efecto, ¿qué demuestra eso ¿Con qué derecho se extraen conclusiones de las aparentes contradicciones entre ciertos actos y ciertas promesas, para criticar a los hombres que hicieron tales promesas y cumplieron tales actos ¡Como si no se tratara de dos clases de fenómenos totalmente distintos, totalmente independientes y cuyo antagonismo no adopta una tonalidad ética más que en los cerebros anacrónicos tarados por el formalismo pequeño-burgués!

Una cosa es lo que se dice. Y otra cosa, lo que, se hace. Tanto, en un caso como en el otro, hay razones para ello. Y en el intervalo que separa al verbo de la acción, razones diferentes pueden muy bien substituir a las razones originales. Estamos por decir, incluso, que esto es lo que más a menudo sucede. Pues la acción, está habitualmente motivada por consideraciones de un grosero utilitarismo. Mientras que el verbo está emparentado, casi siempre, con la poesía, con ese deseo, tan humano, de superarse; de dar a su comportamiento una coloración ventajosa. El lustre señorial es, ante todo, un problema de vocabulario. Y cuando logra expresarse en alejandrinos alcanza, entonces, la perfección. Iremos más lejos a veces, en la Historia de los hombres, lo que verdaderamente tiene importancia, lo que pasa por delante de todo, es lo que se dice. No lo que se hace. Los actos vuelan; las palabras quedan.

En La Rochelle (Francia) se muestra a los turistas maravillados la mesa de madera que el alcalde Guitton, cercado por las tropas de Richelieu, pinchó con su daga. Así apuñalaré yo -proclamó- a quien quiera que me hable de capitulación. Luego, capituló muy juiciosamente, y como ese calvinista se hallaba dotado de un sólido sentido práctico, se hizo garantizar, en el acta de capitulación, que él

conservaría sus funciones de alcalde. Pero lo que ha quedado en la Historia es el dagazo en la mesa de ese resistente indomable.

¿Qué dijo Luis XIV, en 1709, al Mariscal Des Villars Pues que él estaba dispuesto a morir a la cabeza del Ejército. Noble resolución. Pero las circunstancias no se prestaron al cumplimiento de ese ferviente deseo y no se podría, decentemente, reprochar al Rey Sol, de haberse muerto en su cama, seis años, más tarde.

Como tampoco se podría reprochar a los marinos del Vengeur por haber bajado su pabellón e izado bandera blanca en el combate de Ouessant en 1794, Además, ¿quién sabe, hoy, a parte ciertos maníacos de la Historia no-oficial que ese pabellón se bajó y la bandera blanca subió, en su lugar Para la imaginación popular, que es lo esencial, esos marinos mantuvieron enhiesto su pabellón ante su adversario inglés, hundiéndose con su barco al grito de ¡Vive la République!. Esto, repetimos, es lo esencial. El hecho de que se rindieran a un buque de menor calado, con su capitán a la cabeza, es lo accesorio.

Y también es igualmente accesorio que el bravo general Cambronne muriera en su cama en 1842, reconfortado con la presencia de su esposa inglesa. Lo que cuenta es que, antes de entregar dócilmente su espada al mayor alemán Halkett, en el atardecer del 18 de Junio de 1815, apostrofara a sus enemigos con la frase ¡La guardia del Emperador muere, pero no se rinde!. Sólo esto contará para la Historia, hasta la consumación de los siglos. ¿Qué importa el resultado de la batalla de Waterloo (2).

¿Qué importa que en el transcurso de la misma batalla el Mariscal Ney proclamara Venid a ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla y luego muriera, un año más tarde, en la cama, como las gentes de bien

Ya su Emperador le había dado un buen ejemplo en Fontainebleau en la víspera de su primera abdicación Ahora se verá lo que es la muerte de un gran hombre. Efectivamente, se vió. Pero siete años más tarde y en Santa Elena.

Y el adversario local de Napoleón, Luis XVIII, no era menos pródigo en sublimes sacrificios retóricas. El 16 de Marzo de 1815, tras el regreso napoleónico de la isla de Elba, y mientras se preparaba para huir a Gante a reunirse con los ingleses que debían conducirlo de nuevo a Londres, anunciaba a la Cámara El enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino. Y preguntaba, noblemente ¿Podría yo, a mis sesenta años, terminar mejor mi carrera más que muriendo en su defensa (3).

Y Carlos X, muerto, como Luís XVIII, en su cama, decía a sus ministros Los revolucionarios no me llevarán al patíbulo; me mataran a caballo. Y Jules Favre, Presidente del Gobierno francés proclamaba, en 1870, ante la Cámara de Diputados No entregaremos a los prusianos ni un centímetro de territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas, para firmar, tres días más tarde, los acuerdos preliminares de Versalles que privaban a Francia, en beneficio de Prusia, de muchísimos billones de centímetros de territorio y centenares de miles de piedras de fortalezas, aunque eso no empequeñecía en absoluto la brillantez del apóstrofe heroico. Y el general Ducrot, antes de intentar una extemporáneo revancha contra

los prusianos en Noviembre de 1870, anunciaba, a son de fanfarrias Sólo volveré a Paris muerto o victorioso. Podréis verme caer, pero nunca me veréis retroceder. Luego, el general Ducrot volvió a Paris, vivo y vencido; nadie le había visto caer; todo el mundo le había visto retroceder, y al galope, además. Pero lo esencial estaba a salvo, puesto que él había dicho lo que era preciso decir y había hablado como un personaje de Corneille en el momento justo.

Si pasamos los Pirineos y regresamos a España, las frase sublimes también abundan. Por ejemplo, Felipe II, al recibir la noticia de la espantosa derrota de la titulada Armada Invencible presentándole los hechos no como un revés naval sino como la consecuencia de una insólita tempestad que sólo hundía barcos españoles, y no ingleses, dicen que alzó los ojos al cielo y musitó, resignadamente Yo mandé a mis barcos a luchar contra los hombres, no contra los elementos. Frase que si bien no explica porqué puso a un hombre de seco como el Duque de Medina-Sidonia al frente de la flota, sí al menos queda preciosa, que es lo decisivo.

O Don Emilio Castelar que, al enterarse de que las tropas mandadas por el general D. Manuel Pavía entraban en las Cortes el 3 de enero de 1874, dijo, entre las aclamaciones de toda la Cámara Me quedaré en mi puesto. Los militares tendrán que pasar por encima de mi cadáver. Que luego siguiera dócilmente a un sargento que lo conducía del antebrazo no obscurece en lo más mínimo la brillantez de la frase del ilustre tribuno de la I República Española.

O Gonzalo Fernández de Córdoba, apodado, el Gran Capitán, que, no pudiendo justificar las malversaciones que cometió en Italia, le dijo al alguacil real, esta frase definitiva Decid a Su Majestad que he gastado, en picos, palas y azadones, treinta millones.

O el Cardenal Cisneros, que no sabiendo o no pudiendo dar otros motivos para su política interna ante ministros y cortesanos que le acosaban, se acercó a un balcón y mostrándoles las tropas formadas en, el patio de Palacio les dijo Estos son mis poderes, frase que en otros países menos civilizados que el nuestro sería interpretada como una bravuconada, o una impertinencia, o ambas cosas a la vez, y con más razón habiendo sido pronunciada por un clérigo, pero que en España colma de gozo a aquellos que, atinadamente, aprecian la grandeza de las sublimes palabras.

Podríamos citar docenas de frases lapidarias proferidas en este prestigioso país, especialmente en los últimos ocho años. Para General muestra un botón Adolfo Suárez, ex Ministro Secretario del Movimiento declaró, en 1976 No reniego de mi pasado. En U.C.D. sólo queremos cambiar lo estrictamente imprescindible, de acuerdo con el paso del tiempo. Creemos en el perfeccionamiento de lo Existente, en una transición; no en un cambio. No queremos insultar al lector amigo con comentarios superfluos. Hay cosas y actitudes que se comentan solas. Como tampoco queremos darle trabajo a un juez de instrucción reproduciendo frases y gestos de determinados personajes políticos antes y después de la muerte del

anterior jefe de estado, general Franco. La Constitución y los medios de que disponen sus leales servidores nos merecen el máximo respeto. De verás.

EL IV PODER HEGESIPPE SIMON

En las grandes democracias modernas, la Prensa, sabido es, recibe el apodo de El Cuarto Poder. Quiere decirse, con ello, que sigue en influencia al Legislativo, al Ejecutivo y al Judicial. En la realidad diaria, empero, nos tememos que muchas veces tiene más poder que los tres que teóricamente la preceden, aún cuando a su vez se halle subordinada a otros poderes fácticos absolutamente decisivos. Pero ello escapa al ámbito del presente libro, pues ahora nos interesa únicamente destacar la importancia de la prensa en la divulgación de ciertas mixtificaciones histórico-políticas, de gran importancia en su día, por superar la simple anécdota mundana y convertirse en asuntos memorables, que llegaron a incidir en la opinión pública, cuando era más difícilmente que en los tiempos actuales.

En los países latinos, es importante hacer reír. El que hace reír, en una discusión, es el vencedor. Es imprescindible tener a los rientes como aliados. Así, el periodista que, para tomarles el pelo a los parlamentarios franceses, creó, en Agosto de 1913, el personaje de Hégésippe Simon, podía estar seguro, de entrada, de tener a todos los rientes de su lado. Por supuesto, no por ello estaba menos persuadido de que no tenía ninguna posibilidad de hacer tambalear a las instituciones parlamentarias, que habían sobrevivido al fenomenal escándalo de Panamá (4) sin que el perezoso monstruo de la Opinión Pública se indignara demasiado. El mito de Hégésippe Simon, pensaba su creador, no podía ser más que un simple divertimento, sin demasiada incidencia en la vida pública. Veremos que sus esperanzas fueron superadas por la realidad. Pero es en el estado de espíritu de su autor cómo debe leerse la circular inicial que recibieron, una mañana del último verano precedente a la Primera Guerra Mundial, cien diputados franceses conocidos por su adhesión a los Inmortales Principios de su Revolución

Señor Diputado,

Gracias a la liberalidad de un generoso donante, los discípulos de Hégésippe Simon han podido, al fin, reunir los fondos necesarios para la erección de un monumento que salve del olvido la memoria del precursor.

Deseosos de celebrar el centenario de este educador de la Democracia con todo el boato de una festividad cívica, os rogamos tengáis a bien autorizarnos a inscribimos entre los miembros de honor de nuestro Comité.

En el en que tuvierais la intención de tomar la palabra en el curso de la ceremonia de inauguración, os enviaremos toda la documentación necesaria que os permita preparar vuestra alocución.

La carta estaba firmada por Paul Birault, lo que no les decía nada a los destinatarios. Pero el papel con membrete del Comité de Iniciativas del Centenario de Hégésippe Simon lleva como encabezamiento la altanera divisa del Educador de la Democracia LAS TINIEBLAS SE DESVANECEN CUANDO SALE EL SOL. Esta frase cosquillea deliciosamente las fibras más íntimas de los verdaderos republicanos. Da autenticidad a la carta. Sitúa a Hégésippe Simon. Le coloca en la vanguardia de los pensadores del régimen. En este hombre que proclama tan magníficamente que durante el día no hay oscuridad, los diputados reconocen a un espíritu consanguíneo. Y, además, el nombre de Hégésippe Simon tiene una consonancia tranquilizadora. Recuerda a los grandes antepasados de 1789, al tribuno jacobino, al Venerable de la Logia, al miembro-del-Pueblo Elegido-Injustamente-Perseguido, etc. Con un nombre como ese, no se puede ser reaccionario; se debe de ser un Educador de la Democracia. Sin dudar, nueve diputados aceptan con entusiasmo patrocinar a Hégésippe Simon.

Se dirá que nueve adhesiones, no es mucho. Y ahí radica, a nuestro juicio, el único defecto de esta mixtificación cuya técnica, por otra parte, es irreprochable. Sólo se escribió a cien diputados, de entre los seiscientos que había entonces, y esta reducción voluntaria impidió que la iniciativa alcanzara proporciones verdaderamente grandiosas. Paul Birault, en efecto, era un periodista que escribía en el diario bien-pensante L'Eclair, y padecía de todas las ilusiones, todas las candideces y todas las debilidades de los bien-pensantes. Soñaba en una República Francesa ideal, dura y pura, acaparada por irreprochables paladines del Sable-y del Hisopo. Se obstinaba en distinguir -tal como les sucede a sus sucesores actuales, en Francia y en todas partes- entre los buenos diputados y los malos; en enfrentar a los unos contra los otros, como si el Sistema, inevitablemente, no tuviera por efecto colar a todos los elegidos en un molde único, compuesto por tuteos (5), negligencias y complicidades más o menos equívocas... Birault se guardó mucho de enviar su circular a los diputados de la Derecha, y en cuanto a los de la Izquierda limitó su prospección a los cien más avanzados (avanzados, ¿con respecto a qué ¡Jesucristo Bendito!). Grave error, creemos. Error imperdonable.

Nunca nos consolaremos de que Paul Birault omitiera invitar a los diputados reaccionarios a la inauguración del monumento a Hégésippe Simon. Por que los moderados no dejan pasar nunca la oportunidad de tomar por su cuenta los principios de sus adversarios, de vocear esos principios y, finalmente, de enredarse en los mismos como en una tupida malla. Esto forma parte de su astucia congénita. A esta abdicación permanente la denominan alta estrategia política. Son así. Y podemos estar seguros de que Paul Birault hubiera encontrado, entre las Derechas, más adhesiones que entre las Izquierdas; de que se hubieran empujado los unos a los otros para obtener, por tan bajo precio, un diploma de civismo democrático ¿Nosotros, reaccionarios ¿Nosotros, paladines del obscurantismo ¡Por favor! ¡Nosotros, que vamos a elevar una estatua al Educador de la Democracia!.

A causa de esa omisión ignoraremos siempre, ¡ay!, lo que hubiera sido el filosimonismo de las Derechas. Contentémonos, pues, con reseñar las adhesiones de los más puros adalides de la Democracia francesa en aquella época. La primera respuesta que recibió Paul Birault fue la de Paul Meunier, diputado del Aube Me apresuro -escribía el 23 de agosto de 1913- en haceros saber que acepto con el mayor placer el título de miembro de honor del Comité de Iniciativas del Centenario de Hégésippe Simon. Cinco días después, venía la adhesión de un tal Dalbiez, diputado por los Pirineos Orientales. Este padre de la patria de Juana de Arco aceptaba , también, ser miembro de honor del Comité del Centenario. Pero este representante del pueblo era un modesto. La gloria de Hégésippe Simon le parecía asumir tales alturas himalayicas que temía no ser digno de cantar sus merecidas alabanzas. Si estoy en Paris en el momento de la inauguración del monumento -escribía- será para mí un auténtico placer asistir a la fiesta, pero estoy seguro de que encontrareis fácilmente, entre los parlamentarios, una personalidad más capacitada que yo para tomar la palabra en ocasión de tal solemnidad. Luego seguirían Felix Chautemps, que llegaría a Ministro; Le Roy, del departamento del Norte; Haudos, de la Haute Vienne; Binet, diputado por La Creuse; Besnard, por Indre et Loire, que se declaraba feliz por poder asociarse a este merecido homenaje al Educador de la Democracia; Dalimier, diputado por Pas-de-Calais y Dalimier, por Seinc-ct-Oise.

Este Dalimier es un caso a parte. Miembro de la Comisión Parlamentaria para el control de la Educación Nacional, se ilustrará unos años más tarde como copartícipe del affaire Stavisky, el caso de prevaricación y estafa más gigantesco de la historia de las cinco repúblicas francesas hasta hace bien poco, cuando otro sionista, Moses Flatto, ha logrado batir el difícil récord establecido por aquél. Cuando recibe la invitación de Birault, empero, Dalimier no conoce todavía a Stavinsky. En cambio, este puro fiscalizador de la Educación Nacional sí conoce a Hégésippe Simon; no duda un instante en conocerle, y, además de aceptar con mucho gusto entrar en el Comité del Centenario hace votos para que su figura sea honrada como se merece en los libros de texto.

Todavía habrá una décima adhesión, más meritoria, si cabe, que las nueve precedentes. El diputado por Indre, Cosnier, se siente algo vejado por no haber recibido, en el mes de Agosto, la circular de Paul Birault. Cosnier es un girondino, derechista, que pide reparación por la omisión Tengo el honor de rogarle que me incluya, como mis colegas Dalbiez, Meunier y Chautemps, entre los miembros honorarios del Comité del Centenario de Hégésippe Simon.

Paul Birault no había osado esperar tan succulentas respuestas. Su té en el sentido común, la cultura y la inteligencia humanas había resultado excesiva. Diez respuestas favorables entre los padres de la patria le hicieron pensar. Si diez diputados -y no de los menos en boga- han tragado el anzuelo, ¿por qué no probar suerte con los senadores, y también con unos cuantos concejales municipales. De manera que nuestro periodista decidió lanzar una segunda

ofensiva, aprovechándose, naturalmente, de la experiencia adquirida. En primer lugar, fija la fecha de la ceremonia para el 31 de Marzo de 1914. Y se, decide - ¿ cómo no- haber pensado antes en ello- en facilitar, por lo menos, una precisión biográfica el lugar de nacimiento del Educador de la Democracia. Para cada destinatario de la nueva circular ese lugar de nacimiento varía. Hégésippe Simon siempre ha nacido en un pequeño villorrio situado en la circunscripción del padre patrio del cual se convierte, así, en paisano. ¿Era a ese refinamiento a lo que se debía el porcentaje mucho más elevado de respuestas senatoriales. No nos caben dudas. Un parlamentario puede desinteresarse, tal vez, por un vulgar Educador de la Democracia, pero lo que no hará nunca es negligir a un paisano, y menos si es una gloria local... Otra vez debemos lamentar que Birault omitiera entre los destinatarios de esa segunda serie de circulares a los senadores derechistas. ¡Con qué placer se habrían abalanzado los senadores de la Reacción en apoyo del monumento al preclaro compatriota inmortalizado por la Educación de La Democracia!.

En Enero de 1914 los electos de la Cámara Alta aportan su precioso refuerzo. Diecisiete senadores, entre ellos Monsieur Sarrien, ex-Presidente del Consejo de Ministros -Francia estuvo, sin sospecharlo, gobernada desde 1906 hasta 1908 por un discípulo ferviente de Hégésippe Simon- que escribió a Birault Acepto con mucho gusto ser miembro de honor del Comité de Iniciativas del Centenario de Hégésippe Simon, pero no puedo prometemos la asistencia, el 31 de Marzo a la inauguración del monumento. Mi avanzada edad y mi estado de salud no me permiten los viajes demasiado largos y los banquetes.

Ten en cuenta, lector amigo, que nadie ha invitado a Monsieur Sarrien a un banquete. Pero ese noble anciano, cuyas barbas han encallecido en la vanguardia de los Principios Inmortales de la Revolución Francesa, no concibe una fiesta democrática sin guateque. Duda tan poco de la existencia del guateque como de la de Hégésippe Simon.

Otro senador, Henri David, excusa su asistencia por que en la fecha prevista para la inauguración del monumento al Educador de la Democracia se encontrará de viaje en el extranjero. Ese padre de la patria con nombre bíblico afirma, no obstante, que se asocia, de todo corazón, con los discípulos fervientes de Hégésippe Simon, con los que está en espíritu. Para hacerse perdonar su justificadísima ausencia, envía a Paul Birault, no unos francos para contribuir a los gastos de la ceremonia, pero sí, en cambio, un cordial apretón de manos. Maurice Faure, Vice-Presidente del Senado, ex-Ministro de Educación Pública y de Bellas Artes, Abraham Crémieux, Senador por el Gard y varias veces Ministro y M. Massé, Ministro de Comercio, mandan, también, su adhesión. Este, empero, concibe ciertas dudas. Coge el teléfono y formula una astuta pregunta a Birault Ciertamente asistiré a la ceremonia pero quisiera ciertas precisiones. ¿En que año nació Hégésippe Simon.

Pues -responde el periodista- si se celebra su centenario en 1914, pienso que debió nacer hace un siglo, es decir, en 1814. Ciertamente, ciertamente, responde el ministro, que no osa insistir y se bate en retirada, aplastado ante el peso de

tanta lógica.

Incluso Léon Bourgeois, que en 1919 sería delegado de Francia en la Sociedad de Naciones llegó a mandar su adhesión por carta, aunque la retiraría el día siguiente ante las sospechas que hizo germinar en su mente su secretario. Y fué ése triste asalariado quien descubrió la superchería y, tras consultar un diccionario -algo que no se le había ocurrido, hasta entonces, a nadie- y llevar a cabo una rápida y discreta investigación, hizo publicar una nota, el 16 de enero de 1914, en el tablón de anuncios de la Sala de Conferencias del Senado, poniendo en guardia contra el engaño a los padres de la patria. Y el mismo día, Paul Birault publica en el diario L'Eclair el primer artículo revelando el mecanismo de la operación y los nombres de los pánfilos que han caído en la trampa.

No obstante, el día 21 de enero, retenido con gripe en sus apartamentos, Edouard Mazié, Senador de la Creuse, aparentemente desconectado del mundo exterior y privado de periódicos, dicta plácidamente a su esposa una carta dirigida a Paul Birault, secretario del Comité, prometiéndole su asistencia a la ceremonia inaugural lo que eleva a veintiocho la cifra de representantes del Pueblo Soberano admiradores de Hégésippe Simon.

En cuanto a Paul Birault, sólo podemos decir que se perdió su rastro. El Diccionario Larousse, equivalente francés del Espasa o de la Británica, le ignora olímpicamente. Ninguna placa de calle, en París, lleva su nombre. En cambio, sí la llevan dos de sus víctimas, Crémieux y Bourgeois .Y, no obstante, si alguien mereció jamás la inmortalidad municipal fué él . El fué el verdadero Educador de la Democracia . O lo sería , si ello fuera posible.

LOS POBRES POLDEVOS

Los poldevos fueron los hijos espirituales de Hégésippe Simon. Igual que el que el Educador de la Democracia, esos orgullosos hijos de la Europa Oriental fueron creados y paridos, bautizados, descritos y animados por un periodista ingenioso. Y, como Hégésippe Simon, entraron en la Historia.

El inventor de los poldevos es un redactor de la Action Française, Alain Mellet, al que los merecidos laureles de Paul Birault impedían conciliar el sueño. Queriendo emularle, debió preguntarse ¿porqué los parlamentarios serían, en 1929, menos frívolos, menos vulnerables a la tentación de la publicidad Bastaba con encontrar un mito aceptable, una entidad susceptible de cosquillar las fibras íntimas de los verdaderos republicanos. En 1913, el mito había sido un gran hombre. Alain Mellet decidió que, en 1929, sería un pueblo oprimido. Luego, todo estaba hecho. Era inútil tratar de innovar. La técnica de Paul Birault había demostrado ser impecable una circular en un papel con membrete, y ya está. Es el único gasto de la operación, pero es también la garantía de su éxito. Ante un papel con membrete, el diputado medio, más aún, el ciudadano medio queda indefenso; ya no reacciona, su sentido crítico se paraliza. Fascinado por el membrete, como un

conejo por una boa constrictor, el diputado medio, el ciudadano medio, no trata de comprender; se pone en movimiento, anda, corre, vuela... y se estrella, a menudo.

De manera que Alain Mellet escribe a un cierto número de parlamentarios de izquierdas -aunque, igual que Birault, se olvida de los inocentes reaccionarios- esta carta patética

Comité de Defensa Poldevo.

Honorable señor diputado

Apelamos a vuestra compasión y a vuestra justicia, suplicándoos que prestéis toda vuestra atención sobre lo que sigue.

En pleno siglo XIX, el siglo de las luces y del Derecho, más de cien mil infortunados poldevos, esclavos modernos, gimen bajo el yuyo de unas cuantas docenas de grandes terratenientes.

Mujeres, ancianos, niños (pues los hombres trabajan en las fábricas y empresas agrícolas del Extranjero) arrastran una miserable vida de bestias. No hay, para ellos, socorro alguno, a menos que su liberación les llegue a través de la conciencia mundial que nosotros nos atrevimos a buscar en vuestro corazón.

Señor diputado ¡Ayudadnos!. No os pedimos ni la más pequeña limosna, sino simplemente vuestro eminente apoyo moral a través de una carta para nuestro dossier que deseamos presentar, el mes próximo a la Tercera Sub-Comisión de la Comisión del Sub-Comité de los Derechos de las Minorías de la Sociedad de Naciones.

En estos comienzos del siglo XX que ha visto germinar grandiosamente el triunfo de la paz perpetua y de la fraternidad para siempre, es preciso borrar las últimas manchas inmundas. La Francia de 1793 cuya espada flamígera humilló a los tiranos y a los reyes, puede salvarnos de las zarpas de los grandes propietarios sedientos de sangre poldeva.

Gracias, honorable señor diputado, por vuestra respuesta que irá a Ginebra con la de los otros colegas del Parlamento de la gran Francia de la Revolución.

Por el Comité de Defensa Poldevo

Lyneczi Stantoff, Lamidaeff.

Mandar las respuestas a L. Stantoff, etc.

Evidentemente, es un poco grueso. Cualquiera puede coger un diccionario y comprobar que los poldevos nunca existieron. Además, la confesión de la mixtificación aparece en las dos firmas. Lyneczzi Stantoff, equivale, en francés, eufóricamente, a L'ínexistant... oft, es decir, Inexistentoff, mientras que Lamidaeff, equivale a L'ami d' A.F., o sea, el amigo de A.F., o Action Française. No obstante, a vuelta de correo, Alain Mellet recibe cuatro respuestas, una de ellas de Camille Planche, diputado del Allier y presidente del grupo parlamentario de los Derechos del Hombre, y otra de Cazals, diputado del Ariège, administrador de la Cámara, ex-presidente del Partido Radical Socialista y... ¡profesor adjunto de la Universidad de París! Unos días más tarde, llegan dos respuestas más, dos misivas que agregar al dossier que deberá mandarse a la Tercera Sub-Comisión de la Comisión del Sub-Comité de los Derechos de las Minorías de la Sociedad de

Naciones. La que firma Armand Chouffet, diputado del Ródano que Llegaría a Vice-Presidente de la Comisión del Ejército es digna de figurar en una antología, pues, entre otras cosas, suelta

Respondo a vuestra llamada, tan dolorosa, diciéndoos que el socialista que soy yo se halla, de corazón, junto a las víctimas de la opresión. Mi corazón, en efecto, sangra ante el pensamiento de que unos hombres que deberían ser libres y felices deban doblegarse bajo el yugo de los verdugos y sufran, tanto en su ser físico como en el moral.

Pero quiero ir más lejos. Quiero que sepáis que tras vuestra liberación, dijéramos material, yo me hallaré a vuestro lado en la lucha por vuestra liberación espiritual y que, en las elecciones libres que se celebrarán en vuestro noble pueblo, este socialista francés no sólo estará en espíritu con vosotros, sino que, además, está dispuesto a visitaros y a asesoraros, si lo deseáis, en el montaje y organización de las mismas.

Unid, pues, mi protesta a todas las que recibáis en favor de los poldevos, etc.

Pero Mellet no estaba demasiado satisfecho del número de respuestas recibidas. Comprendía que sus queridos poldevos estaban en peligro de caer en la indiferencia general. De manera que decidió agujijonear un poco a los representantes del pueblo. Y el 4 de Abril de 1929 mandó esta segunda circular

Honorable señor diputado

Hace ya quince días que nos permitimos apelar a vuestra conciencia para que nos ayudarais a protestar contra las infancias que padece la nación poldeva. Mas, ¡ay!, los acontecimientos se han precipitado. Los campesinos se han sublevado en dos departamentos. Entonces, en represalia, los esbirros del poder han incendiado la Bolsa del Trabajo de Tcherchella. Con métodos iguales a los empleados por los fascistas en Italia y Alemania un centenar de nuestros hermanos esclavos han sido asesinados, atravesados por las espadas de la soldadesca de nuestros grandes verdugos terratenientes y capitalistas. Han habido, incluso, mujeres violadas. ¡Y todo esto sin juicio imparcial! Pero, en Francia, ¿cuál es la agencia de noticias que ha dicho, una sola palabra sobre estas infamias Francia, refugio de proscritos, gime bajo el yugo del partido de la Reacción. (6).

Y no obstante, nuestro pueblo no es un Desconocido para la gran Francia de antaño. Acordaos de las cartas de Voltaire a Constanza Nepuska (7). Es, pues, bajo la conciencia elevada del gran pensador, siempre al lado de los pequeños contra los grandes, donde ponemos nuestras esperanzas. ¡ Ay ¡, estamos totalmente abandonados. El obispo poldevo no ha hecho nada en absoluto. ¡ Se diría que ni siquiera existe ! ¡ Por favor ! ¡ Por favor, ayudadnos ! No os pedimos dinero, pero, por favor, una vez más, enviadnos la carta que uniremos a nuestro dossier para la Tercer Sub-Comisión de la Comisión del Sub-Comité de los Derechos de las Minorías de las Sociedades de naciones.

Ante la evocación de esas horribles matanzas, de esas tremendas sevicias inflingidas a la persona humana de los poldevos, los parlamentos franceses se abalanzan a sus escritorios, cogen la pluma , y mandan docenas de cartas de

adhesión . Exactamente, ochenta y siete cartas. de las que entresacamos una , firmada por Aristide Fornical, diputado del Eure, y miembro de la Comisión del Ejército .

La inocencia humana se rebela ante la reseña de los malos tratos a que se somete actualmente a los hermanos de la desgraciada Poldevia .

Vuestro grito de alarma no puede dejar indiferente a un miembro del Parlamento Francés, excombatiente de la gran guerra descendiente de esos gloriosos antepasados de la Revolución que proclamaron a la faz el mundo los derechos imprescindibles del Hombre y del Ciudadano.

Y como Monsieur Fornical estaba realmente preocupado por la desgracia de los pobres poldevos, añade, en una post-data Os aconsejo que os dirijáis a la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara, cuyo Presidente es Paul-Boncour.

Solo un diputado, el socialista Georges-Richard, diputado por el Loire, respondió al señor Stantoff confesando no saber nada del asunto de que le hablaba, y pidiendo documentación. Sólo os concederé mi firma con conocimiento de causa.

Alain Mellet, que comienza ya a cansarse de la broma, quiere poner término a la misma y proceder seguidamente a la publicación de las epístolas recibidas. Pero, antes, manda la documentación pedida al diputado Richard

Señor Diputado,

Gracias por su carta. Me pedís documentación. Hela aquí. La Historia de nuestro desgraciado pueblo empieza hacía, el año 1000. Después de la conquista de Malta, Carlos el Temerario, ambicioso, deseaba la corona de Poldevia, que el rey de Polonia reservaba para uno de sus hijos bastardos. Pero Carlos V se opuso a sus planes. El desgraciado pueblo poldevo, cayó, entonces, durante más de dos siglos, bajo el dominio horrible de los Hohenstauffen que probaron la eficacia de sus primeros cañones disparando contra las muchedumbres poldevas.

Un héroe nacional, de origen israelita, Gellé-Fou, alzó el estandarte en pro de la independencia. Con la ayuda de Francia, que mandó al Teniente General Alain Mellet, y de Inglaterra, que mandó a su Flota al mando del Almirante Bynn, ganó la sangrienta batalla de Taphepa. Pero, desgraciadamente, perdió la vida en el combate, y entonces los aristócratas tomaron el poder y aplastaron a los campesinos. Los aristócratas eran católicos de la herejía morácica. Mientras que el pueblo, evangelizado por los monjes Simeon y Gésipo, que eran luteranos, se componía, mayormente de protestantes e israelitas. Para poder comer, los campesinos debían, antes, ir a confesarse y a la misa cada domingo. De ahí proceden las cartas admirables de Voltaire a la Nepuska.

Seguían varias páginas más llenas de detalles similarmente absurdos. Todo terminaba con una post-data anunciando el envío de un amplio dossier sobre el tema. Pero no hubo necesidad de ello. El diputado Richard mandó su adhesión a vuelta de correo.

Tras esto, ya no quedaba más que hacer, a Alain Mellet, que darle toda la publicidad deseable a las respuestas de los amigos de los poldevos. Así lo hace, y todo el mundo encuentra la broma muy cómica, exceptuando, naturalmente, las víctimas.

TERRANOVAS Y GUATEMALIANOS

Después del golpe de la estatua de Hégésippe Simon y de la creación del Comité de Defensa de los Póldevos, podía pensarse que los parlamentarios franceses se volverían un poco prudentes. Pues no. Tres años después, los periodistas André Sarvet, Paul de Rivaudier y Lucien Hoch, derechistas adscritos al Centro de Republicanos Nacionalistas imaginaron la mixtificación de los Terranovas y los Guatemalianos. Un sólo reproche, siempre el mismo como esos muchachos eran militantes bien disciplinados del derechismo electoral, se guardaron muy bien, igual que sus predecesores, de meterse con los diputados derechistas, y no mandaron su circular más que a sesenta y ocho diputados del Cartel de Izquierdas y a cuatro sedicentes nacionales pero que a ellos les parecían mal elegidos () o emboscados de guerra. Esa circular está fechada a principios de Enero de 1933. Hela aquí:

Liga de Defensa Etnica de los Terranovas y los Guatemalianos.
'Presidente Presidente Sir Stanley Guerrero.

Ginebra 7, rue Jean-Jacques Rousseau

Nueva York 43, 72 Avenue, N.Y. 2

Señor Diputado

Sabéis que dos estados de la República de los Estados Unidos se hallan privados de la mayor parte de los privilegios de los otros cuarenta y dos. Son los estados de Terranova y de Guatemala. Las razones se basan únicamente en consideraciones étnicas, lingüísticas y políticas. El Estado de Terranova está habitado por dos millones de habitantes de origen ibérico que, desde que Cortés conquistó el país y aplastó la resistencia de los Incas, han conservado la lengua española.

En cuanto al Estado de Guatemala, tiene como lengua casi única el portugués, desde la conquista de Don Pedro de Siracusa en 1456.

Desde hace más de un siglo reclamamos vanamente nuestros derechos, pero no hemos podido obtener satisfacción de nuestras reivindicaciones. Para no citar más que un sólo ejemplo os diremos que únicamente nuestros dos estados se hallan representados en Washington por un solo senador, mientras que otros estados, como el de Nueva York, tienen doce.

En el momento en que el Imperialismo Yanki pretende sojuzgar a Europa. , hemos pensado que la ocasión era favorable para interesar a ésta en nuestra desgracia. Más de doscientos parlamentarios alemanes. incluyendo al Canciller Brunning, nos han mandado su adhesión en unos términos que nos han emocionado profundamente. También hemos recogido adhesiones en Inglaterra y en la Sociedad de Naciones.

Viéndonos obligados a regresar rápidamente a América debido a la sesión actual del Congreso de los Estados Unidos, tenemos la mala fortuna de encontrarnos en París justo en el momento de las vacaciones parlamentarios de invierno. Nuestra delegación se ve, pues imposibilitada de hacerse escuchar por vuestro grupo, en un plan colectivo.

Os pedimos, pues, que nos hagáis el gran honor de mandarnos unas líneas de simpatía que figurarán en el Libro de Oro que nos proponemos presentar al Presidente Roosevelt.

Haciéndolo así, habréis facilitado una vez más la prueba de vuestra generosa devoción a los principios de la defensa de los pueblos oprimidos.

Agradeciéndoos anticipadamente vuestra positiva respuesta, os ruego, señor diputado, que patentéis nuestra consideración más distinguida.

El Presidente de la Liga de Defensa Étnica de los Terranovas y de los Guatemalicanos. Firmado Ilegible.

¿Por qué los autores de esta amable mixtificación quieren, esta vez, lanzar a los puros izquierdistas de la Democracia contra una nación que es el símbolo mismo de las democracias. Pues porque, en esa época, los Estados Unidos conocen, en Francia, una feroz impopularidad. El Gobierno de Washington acaba de exigir a los franceses que paguen, de una vez, sus deudas de guerra. Como una cosa es pagar y otra dar trigo, las tradicionales relaciones de amistad entre las democracias francesa y norteamericana se enfrían, y en París truenan contra los Sliylocks yankis.

No obstante, por favorable que pueda ser la coyuntura, la carta de los tres jóvenes militantes derechistas constituye un tal tejido de monstruosidades que parece imposible que nadie pueda tomarla en serio. Hégésippe Simon y los pobres poldevos eran entidades imaginarias y en cierta medida, se podía excusar el no negar, a priori, su existencia. Los honorables no habían oído hablar ni de Hégésippe Simon ni de los poldevos, pero ellos no tenían ninguna obligación de conocer a todos los grandes hombres ni a todos los pueblos oprimidos. Mientras que Terranova y Guatemala, existen. Su identificación se halla al alcance de cualquiera. Cualquier niño de la escuela primaria sabe -o debiera saber- que Terranova es -o era entonces- una colonia inglesa, y Guatemala (cuyos naturales se llaman guatemaltecos y no guatemalicanos) es una pequeña nación independiente de América Central, y que ninguno de esos dos países forma parte de los Estados Unidos, que eran entonces cuarenta y ocho, y no cuarenta y dos, como aseguran los autores de la misiva.

En cuanto a los detalles acumulados a mansalva en el mensaje de la Liga de Defensa, son simplemente burlescos. La misma dirección de la Liga ya contiene una celada no hay setenta y dos avenidas en, Nueva York, sino solamente doce, y constituyen las vías longitudinales de la estrecha isla de Manhattan. Los diputados podían ignorar ese detalle topográfico urbano. Sea. Pero Cortés en Terranova cuando el célebre conquistador extremeño nunca operó fuera de México!... Pero, los Incas en Terranova, cuando habitaban el Perú y cuando esa isla está únicamente poblada de algunos esquimales y colonos ingleses y franceses totalizando, apenas trescientas mil personas, en vez de los dos millones anunciados en la carta... Y las mismas celadas groseras por lo que respecta a Guatemala, que se halla tan alejada de los Estados Unidos como Rusia lo está de

España y en donde no se habla otro lenguaje más que el español. Y si el portugués Don Pedro de Siracusa (personaje enteramente imaginario y además Siracusa está en Sicilia y no en Portugal) la hubiera realmente conquistado en 1456 se habría anticipado a Cristóbal Colón, que no descubrió América hasta 1492.

Por otra parte, es de notoriedad pública, por lo menos en los medios en que se ocupan de política extranjera -lo que parece debiera ser el caso del Parlamento Francés- que todos los estados norteamericanos, sea cual sea su superficie o su población, se hallan uniformemente representados en el Capitolio por dos senadores siendo, en cambio, el número de diputados el que es proporcional al número de electores. Y los mixtificadores atribuyen doce senadores al Estado de Nueva York y uno sólo (aunque uno de más) a dos estados inexistentes.

La broma es, decididamente, gruesa. Cada línea de la circular es, prácticamente, un aviso. Pero no hay límites para la calurosa ignorancia de los elegidos del pueblo. En el curso de la semana que sigue al envío de la carta de la Liga de Defensa Etnica, los autores de la misma reciben nueve respuestas positivas y seis más que piden aclaraciones de detalles. Lo que da un porcentaje de un 15 por ciento, más un 10 por ciento de dudosos, proporción enorme, si se piensa que entre los abstencionistas, son numerosos los que omitieron acudir en socorro de los terranovas y de los guatemalianos ya por simple negligencia, ya porque algunos camaradas más listos les habían disuadido de ello.

La primera respuesta fue la del diputado Dupuis, riquísimo miembro del Partido Radical-Socialista en el departamento del Oise que, si bien negligió totalmente emplear una parcela de su fortuna en adquirir alguna instrucción, era, en cambio, optimista

Estoy persuadido de que el Presidente Roosevelt considerará que vuestros paisanos deben ser tratados sobre un pié de igualdad, de justicia y de fraternidad.

Max Dormoy, diputado socialista del Allier, consideró la causa de los terranovas y los guatemalianos tan conmovedora que pensó que interesaba a todo su Partido. De manera que, en una epístola no por breve menos emocionante, responde

Camarada Stanley Guerrero

Os acuso recepción de vuestra carta que someteré a la deliberación del Grupo Socialista al que pertenezco.

No os puedo prometer nada, pues ya sabéis que en Política no mandan los sentimientos, sino los fríos hechos, y ni mi Partido ni yo mismo podemos aventurar a Francia en una probable fricción con el gobierno central de los Estados Unidos, pero desde ahora os prometo mi más sincero apoyo y, espero, también el de mi Partido, sinó en forma colegiada, sí, al menos, individual.

Max Dormoy, Ministro del Interior del Frente Popular, creía en la hispanidad de Terranova, patria de los Incas, en Don Pedro de Siracusa, en los doce senadores de Nueva York, en la anexión de Terranova y de Guatemala por los cuarenta y dos estados norteamericanos... y en el descubrimiento de América por un siciliano portugués treinta y seis años antes de la llegada de Cristóbal Colón... Pero lo grande del caso es que Dormoy, que tiene al menos una calle en todas las

ciudades importantes de Francia, fue elegido por el Pueblo Soberano como representante suyo tres años después de haberse conocido su devoción por la causa del camarada Stanley Guerrero.

Y he aquí para terminar, el testimonio de adhesión de un profesor de Segunda Enseñanza, Monsieur Romastin', diputado por Sarthe

Estimo que no es de la incumbencia de un país, ni de un parlamento, dar consejos a otro país por lo que se refiere a su política interior. No obstante, me sorprende de que una república democrática como la de los Estados Unidos de América trate de modo diferente a unos estados que forman parte de su confederación.

Por consiguiente, envió el testimonio de mi simpatía más profunda a los estados americanos de Terranova y Guatemala y formule los votos más sinceros para que sus justas reivindicaciones sean oídas y para que sean tratados en un plano de la más completa igualdad con los otros cuarenta y dos estados de la gran república americana.

El semanario L' Echo de París reveló en sus números 12, 13 y 14, de Enero y Febrero de 1933, el mecanismo de esta mixtificación, y publicó las cartas de los diputados. Como en los casos de Hégésippe Simon y de los pobres poldevos, en toda Francia estalló una carcajada homérica, lo que no impidió que la mayor parte de los engañados diputados fueran reelegidos unos años más tarde. Los periodistas que, al imaginar esas amables farsas, pensaron que perjudicarían a sus adversarios políticos se equivocaron. Pues, a nuestro juicio, todo el problema radica en que los regímenes parlamentarios están contruidos de tal forma que sus profesionales -la clase política como les llaman en España- se ven obligados a la práctica de un altruismo verbal permanente. Y también a reclutar sus protegidos en la lejanía. Si se contentaran -lo que, además, sería mucho más complicado- con corregir las iniquidades locales, las que perjudican a sus paisanos que les han dado el voto, el beneficio que obtendrían sería mediocre y no tardarían en ser acusados, en las centrales de los respectivos partidos, de egoísmo y de cortedad de vista. Mientras que fustigando con una retórica soberbia unas injusticias tan vagas y lejanas como fuera posible, las gentes de la clase política consolidan su posición moral y se agencian, a buen precio, una reputación de generosidad que en su oficio, es indispensable.

A condición, naturalmente, de que los oprimidos por los cuales se abren las válvulas de la elocuencia sean filosóficamente interesantes. Un colono blanco de Zimbabwe (ex-Rhodesia) degollado, no es interesante. Un kulak ruso contrarrevolucionario tampoco. Un fascista francés que lleva treinta y ocho años a la sombra, menos aún. Esos individuos marginales, como diría el gran Sartre, no interesan a la conciencia universal, como le interesaron en su día el capitán Dreyfus, o los esposos Rossenber, o Caryl Chessman, o el Lute, o los negros segregados de la República de Sudáfrica... o los poldevos, los terranovas y los guatemalianos.

INTELECTUALES QUE ALCANZARON SU NIVEL DE INCOMPETENCIA

Hemos hecho alusión a Sartre, el intelectual patentado y matriculado de las últimas generaciones. Se dice que muchos políticos de la Izquierda Divina de Francia le consultaban a menudo. Tal vez sea por tal motivo que, las izquierdas no llegaron al poder en el vecino país hasta después de su muerte.

La costumbre de consultar a los intelectuales en cuestiones políticas es casi inveterada en ciertos países de gran tradición democrática. Ahí tenemos , por ejemplo , a Voltaire, filósofo y literato de primer fila , que alcanzó su nivel de incompetencia cuando aconsejó a Luis XIV que cambiara a los ingleses el Canadá por la pequeña isla de la Martinica .El filoso que quiso ser político, en efecto, definió al Canadá como quelques arpents de neige (unas hectáreas de nieve).

O Sócrates, un gran filósofo y profesor que alcanzó su nivel de incompetencia (8) cuando quiso convertirse en su propio abogado defensor y consiguió que la petición de destierro por parte del fiscal se transformara en una pena de muerte, por parte del juez.

O Julio César, uno de los mayores generales de todos los tiempos, que fue demasiado confiado en sus relaciones con los políticos y ello le costó la vida.

O el general-presidente Ulyses Grant, gran práctico y teórico del arte militar y el único guerrero. americano tomado en consideración por los estudiosos alemanes, que al pasar a la política fue elegido Presidente de los Estados Unidos y luego reelegido pese a que en ambos términos de su mandato acumuló más errores que ninguno de sus predecesores y presidió los mayores escándalos administrativos de la historia de su patria. Pese a lo cual. el Pueblo Soberano que lo había elegido y reelegido lo habría ciertamente, elegido una tercera vez de no haber impedido los notables de su partido que se ocuparon de que no se volviera a presentar.

O como Don José Ortega y Gasset, gloria de pensamiento hispano , que alcanzó su nivel de incompetencia como diputado de la II República Española, pasando dos años sentado en su escaño sin apenas pronunciar palabra ni escribir tampoco nada relacionado con su nueva actividad política , como no fuera el celebre No es eso ... No es eso ... dando a entender que los que se consideraban sus discípulos no habían comprendido nada .

O como Thomas Mann , Premio Nobel de Literatura que alcanzó , igualmente su nivel de incompetencia al hacer vaticinios de tipo político cuando afirmó , en una rueda de prensa que no habría guerra porque los alemanes sabían muy bien que los polacos con o sin ayuda de las democracias occidentales les derrotarían fácilmente en unas semanas .

EL NIVEL DE INCOMPETENCIA EN EL ARTE MILITAR

La incompetencia mueve al mundo. El arte militar no iba a ser una excepción. Así, por ejemplo, creemos que el raid aéreo más desafortunado fué llevado a cabo en unas maniobras realizadas con ocasión de la Semana de las Fuerzas Aéreas, en 1975, cerca de Lima en Perú. El Cuerpo Diplomático y los agregados militares de las Embajadas habían sido invitados. Treinta modernos aparatos de caza de la aviación peruana tomaron parte en un ataque demostrativo contra catorce viejos barcos de pesca. Esos desvencijados buques fueron conducidos a unos kilómetros de la costa peruana y abandonados como dianas. Entonces, la impresionante fuerza aérea sobrevoló los abandonados armatostes flotantes, arracimados en un cuadrado de un kilómetro y medio de lado, bombardeándolos, ametrallándolos, a alta, media y baja altura durante treinta y cinco minutos. Ante la sorpresa del público que contemplaba la exhibición, tras disiparse las nubes de humo, agua y vapor producidas por las explosiones, pudo comprobarse que no había sido hundido ni un sólo barco (9).

Un caso no tan curioso pero sí sorprendente se produjo el 7 de agosto de 1979, cuando un avión a reacción de las Fuerzas Aéreas españolas se derribó a sí mismo cuando los proyectiles disparados por su ametralladora rebotaron contra los peñascos de una colina que servía de diana. El piloto, por fortuna, pudo salvarse. (10).

Pero la más desafortunada práctica de tiro debe atribuirse, creemos, al destructor británico H.M.S. Saintes que, en unos ejercicios de entrenamiento cerca de Portsmouth, en 1947. recibió la orden de disparar contra un blanco arrastrado por el remolcador Buccaneer que se encontraba al extremo de los cables de arrastre, a unos ochenta metros del blanco. El Saintes estaba a unos ciento cincuenta metros. Disparó una granada que marró el blanco por unos ochenta metros, y hundió el remolcador. (11)

El H.M.S. Endurance, un rompe-hielos de 3.600 toneladas de, la Marina Británica alcanzó, por mediación de su cañonero, su nivel de incompetencia al lograr la más desafortunada salva de saludo que conoce la historia naval. En efecto, al llegar a Cape Town el yate Adventurer, representando a Inglaterra en la carrera de veleros alrededor del mundo, fue saludado por el Endurance con una salva de nueve cañonazos. Pero el sexto destrozó todo el velamen y la tripulación del Adventurer perdió un día entero cosiendo la vela. El tiempo perdido le costó la pérdida del primer puesto.

La incompetencia es general. Consustancial con el bípedo vertical, mamífero e implume. No escapan a ella, en última instancia, ni los reputados como particularmente eficientes. Todos hemos oído hablar de la eficiencia alemana. Existe. Es evidente. Pero...

El 22 de febrero de 1940, un bombardero de la Luftwaffe, que volaba cerca de Borkum, avistó a dos destructores. En lo que los cronistas aliadófilos denominarían ejemplo de la barbarie de los Hunos ametralló, bombardeó y averió seriamente a los navíos.

Raramente ha causado tantos daños un sólo aeroplano. Los dos destructores, el Lebrecht Maass y el Max Schultz pertenecían a la Kriegsmarine (12).

En cuanto al menos afortunado de los buques de guerra creemos debe ser el H.M.S. Trinidad. Es un caso curioso. Se ha dicho que en tiempo de guerra el auto-sacrificio es la virtud capital. Nuevas cumbres se alcanzaron, a este respecto, en 1941, cuando el citado Trinidad disparó un torpedo contra un destructor alemán. A pesar de que llevaban mucho tiempo sirviendo en el Océano Artico, el mando del navío británico olvidó completamente los efectos del agua helada sobre el mecanismo de dirección del torpedo. La tripulación del Trinidad contempló como su torpedo se dirigía, a cuarenta nudos por hora, hacia su blanco, y lentamente empezó a darse cuenta de que aquél cambiaba gradualmente su dirección para empezar a seguir un curso curvilíneo. En menos de un minuto ya seguía una ruta semicircular hacia la senda del Trinidad. Haciendo una verdadera exhibición de precisión, el torpedo alcanzó al barco a la altura de la sala de máquinas y dejó al H.M.S. Trinidad fuera de combate por el resto de la guerra (13).

Uno de los episodios más divertidos de la guerra naval se produjo con ocasión de la llamada Guerra del Salitre, entre Chile y Perú. El buque insignia de la Flota Chilena iba mandado por el Almirante Puig. El de la Flota Peruana, por el Almirante Prat. Ambos catalanes, como los apellidos indican indudablemente. Ambos navíos estaban contruidos con planchas de madera. Un sólo cañonazo hundiría irremisiblemente a aquéllos inútiles trastos. Puig y Prat llegaron a un rápido acuerdo con las banderas de señales. Dispararían al agua, y luego se irían, cada uno por su lado. Así se hizo. El hecho de regresar indemnes fué considerado una gran victoria. De lo que se deduce que la victoria no tiene por qué ser exclusivista.

TRAGICOMEDIAS DE LA GUERRA

Se ha dicho que la Historia es maestra de la Vida. Tal vez sea por ello que, en ambas, lo cómico se alterne con lo trágico sin solución de continuidad. A menudo, los hombres actúan movidos por resortes que ellos juzgan inteligentes, y logran resultados tan irracionales, tan opuestos a los fines perseguidos, que uno no puede por menos que estar de acuerdo con Lichtenberger cuando afirma que la principal diferencia existente entre los hombres y los animales es que éstos nunca se equivocan.

Que la razón traiciona al espíritu es algo comprobado a menudo en los avatares de los pueblos. Y si la guerra es la continuación de la política por otros medios, es precisamente el elemento político el que, con frecuencia, aporta el aspecto cómico de la tragedia. El caso de Bulgaria es el que nos parece más aleccionador.

Bulgaria, en efecto, es el único país del mundo que ha estado, simultáneamente en estado formal de guerra contra los dos bandos contendientes en la Segunda Guerra Mundial. El caso merece explicarse con cierto detenimiento.

Políticamente aliada del Reich, pero militarmente neutral, Bulgaria participó con sus tropas en la ocupación de las provincias griegas de Tracia Meridional, Macedonia y Dobrudja. Miembro del Pacto Anti-Komitern, no declaró la guerra a la cercana URSS pero en 1941, y sin duda para, hacer valer su condición de miembro del Eje, declaró la guerra a la lejana Inglaterra. Las presiones de Von Papen, el embajador alemán, lograrán que los búlgaros manden, simbólicamente, algunas unidades de voluntarios al frente ruso, pero Sofía continuará sin declarar la guerra a la URSS.

Cuando, con el paso del tiempo y el cambio de la suerte de las armas, Bulgaria se da cuenta de que Alemania va a perder la guerra, la deja en la estacada y, sin molestarse en buscar pretexto alguno, le declara la guerra. Por otra parte, en vista de que los ejércitos soviéticos se acercan a las fronteras búlgaras, los hábiles políticos de Sofía piden a Inglaterra la suspensión de hostilidades -unas hostilidades que, en realidad, no han llegado a romperse nunca- e invita a los británicos a que ocupen Bulgaria. Si vienen los ingleses, no podrán venir los rusos, piensan en Sofía. Pero entonces, Stalin, que ve esfumarse la posibilidad de liberar a Bulgaria, sin motivo ni pretexto alguno, tampoco, le declara la guerra. Trágica situación para los aprendices de brujos del gobierno búlgaro. Aterrados ante la perspectiva de ser liberados por los ejércitos soviéticos, los políticos búlgaros deciden que es preferible ser liberados por los occidentales. Por tal razón anulan sus negociaciones de paz con Inglaterra, que no se ha tomado el asunto en serio, y declaran la guerra a los Estados Unidos. En ese instante, los hábiles, los realistas, los patrióticos, o como quiera llamárseles, han conseguido estar, simultáneamente, en estado oficial de guerra con Alemania, Inglaterra, la Unión Soviética, Estados Unidos y, lógicamente, con las demás Naciones Unidas y la Commonwealth. Naturalmente, quien pagará la factura de tantos maquiavelismos será el pueblo búlgaro. Sofía será bombardeada, sucesivamente, por americanos y por alemanes. Los soviéticos atravesarán la frontera búlgara y liberarán el país. Y los hábiles, realistas y patrióticos serán fusilados, acusados de traición. Como colofón de esa auténtica tragicomedia histórica, cayó un telón. Rojo, naturalmente.

El caso de Andorra, en cambio, no llega a tragicomedia. Ni siquiera a comedia. Queda en sainete. Y, no obstante, Andorra fué el único país que luchó en dos guerras mundiales simultáneamente. En efecto, cuando se redactó el Tratado de

Versalles, al final de la Primera Guerra Mundial, las grandes potencias se olvidaron completamente de Andorra y no la incluyeron entre las signatarias de la convención de paz. Como el ejército regular de ese pequeño estado pirenaico se componía, a penas, de una docena de hombres, Andorra era, sin duda, el país más incapaz de continuar la Primera Guerra Mundial por su cuenta. Pero la posición del país empeoró en 1939 cuando, a consecuencia de su peculiar posición con respecto a Francia, Andorra se encontró luchando en dos guerras mundiales simultáneamente. Hasta que, finalmente, el 25 de septiembre de 1940, firma un tratado de paz privado con Alemania, concluyendo oficialmente la Primera Guerra Mundial. Esto trajo, oficialmente, la paz a Andorra, por primera vez en cuarenta y cuatro años, lo cual es doblemente admirable si se tiene en cuenta que ese -teóricamente- belicoso estado gasta todo su presupuesto de defensa en municiones de fogeo para las ceremonias oficiales.

El caso de San Marino es igualmente único. Esa minúscula república centro-italiana aprovechó la oportunidad -la coyuntura, como ahora se dice- para subirse al carro del vencedor y declaró la guerra a Alemania, en 1944, una vez las tropas aliadas habían rebasado a dicho estado y progresaban hacia el Norte. Ocurrió, empero, que la subida al carro fue algo precipitada, y los gobernantes del pequeño estado debieron apearse en marcha, pues un contraataque de la Wehrmacht llevó a los alemanes a rebasar de nuevo San Marino, pero esta vez en dirección Sur. San Marino comunicó, por teléfono, a un coronel de la Wehrmacht, que capitulaba, y sólo a principios de 1945, cuando los alemanes apenas resistían en el Norte de Italia, volvió San Marino a declarar la guerra al Reich. Dos declaraciones de guerra al Nazismo. Esto no lo ha hecho nadie más y merece destacarse.

Si Andorra detenta el récord de belicosidad (44, años) y San Marino el de rectitud en las ideas (dos guerras contra un mismo país en el espacio de cuatro meses) Zanzíbar, más modestamente, detenta el de rapidez. Pues la derrota más rápida en una guerra fue la sufrida en 1896 por Said Khalid, el pretendiente al Sultanato de Zanzíbar. En realidad, Said Khalid era más que un simple pretendiente. Era el auténtico Sultán, que había depuesto al anterior, impuesto por los ingleses como criatura suya, aherrojándolo en una mazmorra. El 27 de agosto, se presentó en aguas de la isla una flotilla inglesa que entregó un ultimátum. Said Khalid rehusó abandonar el palacio real tal como se lo exigía el Contra-Almirante Harry Holdsworth Rawson, de manera que las hostilidades se rompieron a las nueve y dos minutos, alcanzaron su punto álgido a las nueve y cuarto y todo se terminó a las nueve y cuarenta minutos.

La joya de la defensa de Zanzíbar era su único barco, el Glasgow, un viejo mercante artillado, que fué hundido con sólo dos disparos. Fue el fin de la defensa indígena que duró, exactamente, treinta y ocho minutos.

El palacio del Sultán fué completamente destruido; el otro Sultán, el pro-inglés, volvió a ocupar el trono, o lo que quedara de él, Said Khalid ocupó el lugar de éste en la mazmorra y, para añadir el insulto a la destrucción total, los ingleses

obligaron a los nativos a pagar el gasto de las municiones utilizadas en la destrucción del lugar (14).

Andorra el más belicoso; San Marino, el más constante; Zanzíbar, el más rápido. Pero, en rigor, debemos admitir que el más admirable estado, desde el punto de vista bélico, es, creemos sinceramente, Bolivia. Bolivia es, manual de historia en mano, el país más perdurablemente derrotado de toda la historia moderna. Como Bolivia, nadie. En efecto, en 1828, tras obtener la independencia en lucha con España, que abandonó sus posesiones sudamericanas casi de golpe, Bolivia fue invadida y derrotada por el Perú, quedando englobada en un nuevo estado llamado la Confederación, la cual duró hasta 1839, cuando Chile conquistó Bolivia y dió comienzo una explotación de las riquezas bolivianas que duró cincuenta años. Para dar termino a esa explotación, Bolivia se alió con Perú pero fue completamente derrotada por los chilenos que le arrebataron su provincia costera de Atacama, rica en nitratos. Un año después, Bolivia fué atacada por el Perú que le arrebató más territorio en el Norte. Desde 1932 hasta 1935, Bolivia luchó en la sangrienta guerra del Chaco, contra Paraguay, que también perdió. Como -consecuencia de sus reveses militares, Bolivia ha perdido casi el sesenta por ciento de su territorio original desde que alcanzó su independencia, en 1825 (15).

Perdió, a causa de sus sempiternas derrotas militares, el pueblo boliviano, la fé en sus bizarros profesionales de la milicia. Ciertamente que no. Y su fé fué debidamente recompensada. Pues en 1945, por fín, Bolivia alcanzó la victoria en una guerra. Aconsejado, -o presionado, como diría un malévolo fascista- por el Presidente Roosevelt, el gobierno boliviano declaró la guerra a Alemania. No hubo tiempo de mandar a Europa un batallón boliviano que acelerara el fín de la contienda. Pero Bolivia hizo algo más que aportar su precioso apoyo moral a la Cruzada de las Democracias. En efecto, las autoridades bolivianas, sin necesidad de utilizar la aviación ni los tanques, despojaron de sus bienes a los casi cuatro mil inmigrantes alemanes, epopeya que debió quedar adecuadamente valorada en el Olimpo democrático. Pero, claro, la perfección no es de este mundo.

Resulta que llevadas de su celo incautador, las autoridades bolivianas molestaron a ciertos alemanes que no se merecían los malos tratos, como los otros. No sabemos si intervino la sinagoga local, o bastó con un breve telefonazo del tercer subsecretario del Presidente Roosevelt, pero adecuada reparación fué de inmediato ofrecida a las víctimas inmerecidas, por los intrépidos servidores del orden bolivianos.

Otro motivo de agradecimiento del pueblo llano de Bolivia a su casta militar lo constituye la participación de sus guerreros en los gobiernos de la nación. Este país singular, que en 157 años de independencia nominal y unos 110 de independencia real ha tenido 198 gobiernos (lo que da un promedio de uno cada nueve meses) debe, en justicia, agradecer a sus Fuerzas Armadas el haber participado en más de las tres cuartas partes de sus gobiernos y, según parece, con más éxito que los civiles de su clase política.

TRAGICOMEDIAS DE LOS GUERREROS

Que las guerras las hacen los guerreros es un pleonasma. O, si se quiere, una perogrullada. Pero es un hecho que, a menudo, se salta por encima. Se habla mucho de las guerras; poco de los sufridos guerreros que las hacen. No sería, pues, justo, hablar de las tragicomedias de la guerra y omitir las de los guerreros que en ellas intervinieron.

Enseguida nos vienen a la memoria los nombres de unos cuantos miles gloriosos, dignos de figurar en una galería de tragicómicos guerreros. Creemos que el General mexicano Antonio López de Santa Ana es uno de ellos.

En el curso de la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-1848) este general perdió cada batalla en la que participó, a pesar de que imitaba en todos los detalles a Napoleón. Se conocía de memoria la biografía del Gran Corso y, durante varios años, adoptó el estilo de peinado de su héroe, con el pelo echado atrás hasta su frente. De hecho, físicamente era la antítesis de Napoleón, bajo y obeso, mientras él era larguirucho, delgadísimo, y poseía una sola pierna (la otra la perdió luchando contra los franceses del Emperador Maximiliano en 1838 e incluso organizó, en el Cementerio de Santa Paula, un entierro especial al que asistieron sus íntimos, deseosos de acompañar en el regreso a la Madre Tierra a la extremidad inferior del general).

Por otra parte, también en lo estratégico era totalmente diferente de Napoleón. Por ejemplo, en una memorable ocasión, deseando sorprender al general adversario, vistió a todas sus tropas con uniformes enemigos; además, conocedor del valor de la discreción, guardó impenetrable secreto sobre el particular. Nadie se enteró. Sobre todo la artillería mexicana que sometió a las tropas disfrazadas a un implacable bombardeo. El caos fue indescriptible y el plan un fracaso total.

En el curso de unas escaramuzas con los tejanos, en 1832, fue hecho prisionero, pero éstos, en una brillante inspiración táctica, le soltaron. Algún tiempo, después, exhibiendo la calma de un gran caudillo militar, acampó junto al río San Jacinto, junto a un bosquecillo en el que todos sus guías le habían dicho que acampaban los tejanos. Luego, magnánimo, ordenó a sus tropas que echaran una siesta. A media tarde, todo su ejército fué barrido en dieciocho minutos. El mismo Santa Ana estaba disfrutando de un profundo y reparador sueño cuando fue despertado por el ruido de los tejanos que habían atacado en masa y por sorpresa. Dándose cuenta de que todo su ejército estaba siendo diezmado, Santa Ana pronunció la sorprendente frase El enemigo nos ataca y huyó a galope tendido. Pero fracasó en su huida, pues fué alcanzado y capturado. En la guerra contra los norteamericanos perdió las quince batallas en que participó. En el sitio de El Alamo, luchando contra un adversario veinticinco veces inferior en número, tuvo unas bajas tremendas y perdió un tiempo precioso, que luego habría de resultar decisivo para la resolución final de esa guerra. (16)

Algunos generales, en el curso de la Historia, han conseguido transformar una

probable derrota en una brillante victoria. El general norteamericano Ambrose Everett Burnside, por regla general, progresaba en la dirección diametralmente opuesta. No había ventaja, numérica o táctica, que Burnside no desperdiciara en escaso tiempo.

Durante la Guerra de Secesión, Burnside tenía 12.000 soldados a su disposición. En la batalla de Antietam perdió esta ventaja al ordenar a sus tropas que avanzaran en fila india a través de un estrecho puente colgante sometido al fuego de los fusilemos sudistas. Sólo después de su derrota se enteró de que el río tenía una profundidad máxima de un metro y de que podía haberlo cruzado, con sus tropas, sin peligro alguno, por cualquier punto.

Dos años más tarde, en el sitio de Petersburg, concibió la idea de excavar una mina bajo las trincheras enemigas y luego ordenó dinamitarla. Se produjo un enorme cráter, por el que hizo avanzar a sus tropas, las cuales, al cabo de unos minutos, se encontraron en un pozo de unos tres metros de profundidad, detrás de las líneas enemigas, y fueron tiroteadas a mansalva por el enemigo. Al oír hablar de esta sorprendente maniobra, parece ser que el Presidente Lincoln no pudo contenerse y tuvo un pequeño ataque de nervios y, al calmarse, exclamó Sólo Burnside era capaz de transformar una victoria cierta en una derrota espectacular. (17).

Pero si Santa Ana y Burnside descendieron a gatas la fosa de Babel y sus nombres quedaron registrados para siempre en la antología de los guerreros tragicómicos, el nombre del jefe militar supremo que mandaba las tropas de Lampedusa, Pantellaria y Linosa ha quedado en un inmerecido anonimato. Todas nuestras pesquisas para enterarnos de su identidad han resultado vanas.

En la imposibilidad de referirnos al héroe, nos referiremos a su gesta. Según el Duce, Pantellaria era el rompeolas de Sicilia y el portaaviones de Italia. No se trataba, pues, de una improvisada fortaleza, sino de un jalón defensivo perfectamente preparado como elemento integrante del gran sistema aeronaval italiano Cerdeña, Sicilia, Pantellaria, Brindisi, Corfú y el Dodecaneso (18). Quince mil soldados italianos, armados hasta los dientes, esperaban el intento de desembarco angloamericano, precursor del ataque a Sicilia y al Continente. El ataque a Pantellaria se produjo el 1 de junio de 1944. El diario italiano *Il Tevere* reprodujo el texto de la declaración hecha por la radio británica sobre la batalla. La ocupación de Pantellaria ha sido, desde el punto de vista militar, una opereta. La fortaleza, con quince mil hombres, que tenían sobre sus cabezas enormes moles de rocas, se rindió sin disparar un sólo tiro. La única herida que sufrieron los aliados la propinó la boca de un asno que mordió a un soldado inglés. La capitulación de Lampedusa ha sido, también, muy divertida la guarnición se rindió a un sargento británico que se vió obligado a aterrizar sobre la isla a consecuencia de una avería en el motor. Linosa capituló, sin haber sido bombardeada, a un cazatorpedero británico que pasaba por allí y que fué atraído a la isla por las vehementes señales que se le hicieron para mostrarle la bandera blanca de la capitulación. Así cayeron en manos aliadas las tres islas superfortificadas del estrecho de Sicilia (19).

Si, repetimos, no hemos podido saber el nombre del jefe militar supremo que mandaba las tropas italianas en las islas del Estrecho, sí, en cambio, hemos logrado hacer salir de su recatada modestia al almirante Pavezzi, que mandaba las tropas navales de Pantellaria. Pavezzi, anciano caballero de setenta años cumplidos, acababa de contraer matrimonio con una joven de apenas veinticinco. La luna de miel de la feliz pareja coincidió con el ataque anglosajón a la isla. Pavezzi prefirió rendirse que interrumpir su felicidad con los cuidados de la guerra (21).

Debemos dar un salto atrás, en el tiempo, y remontarnos a la Primera Guerra Mundial, para referirnos al fiasco de Gallípoli, y a su nada brillante (en la ocasión) ingeniero el entonces Primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill. A pesar de la oposición de todo el Gabinete de Guerra británico, Churchill, hombre tan terco como influyente logró llevar adelante su proyecto de ataque a los Dardanelos, en abril de 1915, con objeto de capturar Constantinopla y asestar, así, un golpe mortal al Imperio Otomano, aliado de Alemania y Austria-Hungría. El Almirante Sir Barry Domvile auguró que el plan sería un fracaso total, pues no se podía meter a buques de gran calado, necesarios para tal operación, en el angosto estrecho de los Dardanelos, exponiéndolos al fuego de la artillería costera turca. La respuesta de Churchill, futuro campeón de los demócratas británicos, no se hizo esperar el Almirante Domvile fue arrestado (21).

Luego, naturalmente, el resultado superó las previsiones de los más pesimistas. Los soldados ingleses y franceses que fueron desembarcados en la península de Gallípoli, nunca pudieron adelantar más allá de la playa y, a pesar de los constante refuerzos incansablemente suministrados por la flota británica, debieron reembarcar nueve meses después, en enero de 1916. Las bajas sufridas en esa campaña por los Aliados fueron 250.000, y las pérdidas en buques y en material, cuantiosas.

En el Parlamento inglés se criticó durísimamente a Churchill. Pero el futuro Primer Ministro se quitó las pulgas de encima, echándole toda la culpa al General Sir Ian Hamilton, que a su vez se defendió diciendo que él se había limitado a cumplir las órdenes recibidas del Almirantazgo y que el plan era impracticable. A consecuencia del fiasco de Gallípoli Churchill atravesó una época de merecido ostracismo político, del que ciertos poderes fácticos le sacarían años más tarde, para utilizarle en la Segunda Guerra Mundial. Pero esto, podríamos decir, parodiando a Kipling, es otra historia.

Dejemos, pues, a Kipling, y ocupémonos del tema de otro famoso poeta inglés, Lord Alfred Tennyson, que inmortalizó La carga de la Brigada Ligera. En 1854, con ocasión de la guerra de Crimea, los rusos atacaron el puerto de Balaklava, por donde recibían suministros y armamento los aliados anglo-franco-turcos. Al principio del combate, los rusos, cogiendo desprevenidos a los turcos, obtuvieron

una ligera ventaja, pero pronto el contraataque de los fusileros de Lord Campbell les hizo retroceder con grandes pérdidas. Parecía que la acción había concluido con una derrota parcial rusa y una consolidación de las posiciones aliadas, cuando se produjo el increíble desastre. Lord Raglan, jefe supremo del mando interaliado, parece que ordenó que la Brigada de Caballería Ligera, al mando de Lord Cardigan, persiguiera a los rusos que se retiraban derrotados. Luego dijo Es decir, que carguen en dirección Este, cuando los rusos se retiraban hacia el Norte. Nunca se podrá saber si el ayudante que recogió la orden de Lord Raglan era algo sordo, como dijeron algunos a posteriori, o bien que el general hablaba con un tono de voz muy bajo, como en un susurro. En todo caso, lo que sí parece evidente es que la orden era, en realidad, una doble orden, es decir un contrasentido.

El caso es que Lord Cardigan cumplió, al pie de la letra, la orden recibida, y cargó, con su brigada ligera de caballería, hacia el Este, donde se encontraban las más poderosas baterías rusas, que hicieron trizas a los ingleses. Si los británicos no fueron totalmente aniquilados se lo debieron a los chasseursd' Afrique del general francés Canrobert, que efectuaron un movimiento de diversión, de resultados del cual los ingleses sólo perdieron la mitad de sus efectivos.

La acción ha pasado a la historia militar como un ejemplo de coraje y, a la vez, de estupidez, inspirando el conocido comentario del General francés Bosquet, que asistió a la acción desde una colina, al lado de Lord Raglan C' est magnifique, mais ce n' est pas la guerre (Es magnífico, pero no es la guerra). (22).

Luego en Inglaterra, hubo una investigación de una comisión parlamentaria. Lord Raglan ,, según el dictamen final de esa comisión, no tuvo la culpa de nada. Lord Cardigan no le interpretó bien. La cuerda siempre se rompe por el sitio más flojo. Humano; demasiado humano.

VUELVEN LOS POLDEVOS

Dejemos, por un momento, a las guerras y, a los guerreros, y volvamos, para desengrasarnos un poco, a los asuntos frívolos. Aunque, después de todo, la frivolidad de unos sea la fúnebre seriedad de otros.

Sabido es que el éxito de un timo, una estafa, un engaño, radica, muchas veces, no sólo en la astucia del agente activo y en la candidez o ignorancia del pasivo, o víctima, sino también en la mala fé de ésta. Constantemente leemos en la prensa que el secular timo del toco-mocho, la estampita, el billete de lotería premiado, etc., se lleva a cabo, con éxito. Parece imposible. A cualquier otra especie animal sería imposible engañarla con la misma treta repetidamente. Las víctimas pasarían el mensaje a sus descendientes, y éste quedaría registrado en su

memoria genética. Pero los hombres no tienen, al parecer, memoria genética. O no hacen caso de ella, que para el caso es igual. Ni genética ni de la otra. Y eso que, aunque sólo fuera por la ley de las compensaciones, al ser tres las facultades del alma, a saber, memoria, inteligencia y voluntad, la escasez de estas dos últimas en el homo sapiens debiera convertirlo en poseedor de una memoria privilegiada, comparándolo con los demás mamíferos. Pues no.

Y la prueba la tenemos en que los pobres poldevos volvieron a la palestra, tres meses después de que hicieran reír a toda Francia. La vuelta de ese pueblo mártir fue hecha posible por Robert Brasillach, conocido poeta y periodista francés (23). Brasillach tenía como condiscípulo en la Escuela Normal Superior de París a un albanés, hijo de un ministro del Rey Zogú, que se honraba con el poético nombre de Peppo. Este Peppo, que estaba llamado a suceder a su papá en el Ministerio, siguiendo inveterada costumbre de su país, exasperaba a sus compañeros con su prosa salpicada de citas de los grandes antepasados de la Revolución Francesa y de topicazos. Pronunciados con la solemnidad que confiese el saberse en posesión de la verdad. De manera que Brasillach y sus amigos decidieron neutralizarle con una broma práctica. Y se les ocurrió persuadirle de que los poldevos habían realmente existido. Que los reaccionarios de la Action Française que habían montado el truco de los poldevos, lo habían hecho de tan maquiavélico manera que habían logrado convencer de su inexistencia a una mayoría de ignorantes. Para ridiculizar a un pueblo, pequeño, ciertamente, pero bien real, precisamente para castigarle por su adhesión a los principios democráticos. Pero escuchemos a Brasillach

Recortamos, en los periódicos, todo lo que se refería a los poldevos, y entregamos el dossier a Peppo. ¡Como! ¿No conocía él a ese pueblo? ¿No eran los poldevos vecinos de los albaneses, sus amigos seculares? Nuestra víctima no osó negar nada. Justamente, debía celebrar una conferencia en La Joven República, sobre los Balcanes. Le suplicamos que pusiera sobre el tapete la cuestión poldeva. Pero Peppo dudaba. Fuimos a la Universidad y reclutamos a dos alumnos que llevaban el pelo corto casi afeitado. Uno de nosotros había conseguido, no recuerdo cómo, hacerse con un impreso de control de extranjeros ese impreso serviría de documento de identidad a uno de los dos personajes. De manera que citamos a Peppo para mostrarle los poldevos.

La cita tuvo lugar en un bar de la ribera izquierda del Sena. Los dos cómplices se presentaron, saludando al estilo alemán. Uno de ellos hacía un papel totalmente pasivo, como si ignorara el francés. El otro lo hablaba con una dificultad extrema. Levantaba los brazos hacia mí y hacia Peppo, diciendo gravemente Francia generosa. Peppo contemplaba boquiabierto a sus vecinos fronterizos. Al cabo de cinco minutos se abrió la puerta del reservado y entró Georges Blond, de la redacción de Je Suis Partout (14), gravemente, con un portafolios bajo el brazo. Se presentó como secretario de Paul-Boncour (25) y afirmó que su patrón concedía una gran importancia a la conferencia de Peppo. Se agitó el papel del comisariado. Los poldevos, con la mirada triste, embrutecidos por las persecuciones, cuando el camarero les preguntó qué deseaban contestaron heroicamente

Vodka.

Paul-Boncour. El vodka. Los papeles oficiales con membrete del Comisariado de policía... Dos poldevos de carne y hueso. Peppo ya no podía dudar. Incluso, en un gramófono, se le puso el disco del himno nacional poldevo (que era, en realidad, el himno lituano que se encontró por verdadera casualidad). Luego, se anunció la conferencia en el tablón de anuncios de la Sorbona. Y, para colmo de osadía, se invitó a la misma al Presidente del Consejo Municipal de París, Garnier, vieja barba radical-socialista y al rector de la Universidad. Al cursar las invitaciones a los padres de los alumnos, nos apercibimos de que tres de ellos eran diputados al Parlamento. Todos prometieron su asistencia y, efectivamente, asistieron.

Aconsejamos a Peppo que hablara de los poldevos al final de la conferencia. Para entrar en materia debía iniciar el tema con un chiste bretón. Así lo hizo Peppo. El chiste, antiquísimo, no hizo ninguna gracia, pero al empezar a hablar de los poldevos estalló una algarabía indescriptible. Peppo lo atribuyó al efecto retardado de los chistes bretones y atacó su tema con auténtico fervor. Lo desarrolló en medio de un formidable tumulto, con el selecto público llorando de risa, mientras el pobre muchacho juraba por sus dioses que él había visto, con sus propios ojos, a unos poldevos, que estaban allí delante, en primera fila, y que no hay nada que oponer a un testigo ocular. Esta farsa representó el triunfo del documento vivo. Añadiremos que Peppo logró sacar un buen partido de su desventura y que incluso los periódicos albaneses mencionaron su éxito en la Sorbona (26).

Pero, por otra parte, ¿es que podemos estar de tal manera ciertos de que Peppo no haya tenido razón ¿Puede, realmente, afirmarse que los poldevos no existen Si su realidad material es, tal vez, discutible, su realidad simbólica no es dudosa. En los veintiún años transcurridos entre ambas guerras mundiales, los demócratas puros, cuyo ideal progresista no se acomodaba de una paz divisible, estaban, en Occidente, y sobre todo en Francia e Inglaterra, obsesionados por el temor de que estallara, en algún lugar de las llanuras del Este una guerra a la que Francia o Inglaterra no se mezclaran de un modo u otro. ¡Horrible perspectiva! Y así, ¡con qué ardor se precipitaron a garantizar las movedizas fronteras de pueblos a penas más reales que los poldevos ,de nombres mucho más difíciles de pronunciar y cuya suerte no les importaba más que la de los compatriotas de Lyneczy Stantoff y de Amidaeff. Y cuando, en 1939, las hojas de conscripción invitaban a los jóvenes franceses a ir a acampar gloriosamente junto a la Línea Maginot, creemos que habría sido más poético -y también más honrado- no invocar el intocable Dantzic y decirles, con toda simplicidad, con toda franqueza, que iban a morir por los pobres poldevos.

EL MAL FARIO DEL CONDE CIANO

Hay una Metafísica de la Historia. Hay situaciones, resultados, consecuencias, que se hallan por encima de toda explicación racional. Existe la fé. La fé en algo; en lo que sea. La fé, descrita por Nietzsche, como el deseo de ignorar lo que es verdad. La fé profunda, visceral, anterior a todas las religiones positivas la superstición. Un ejemplo histórico, aunque poco conocido, nos lo da, sin haberlo él sabido, el Conde Ciano.

Era, el Conde, marido de Edda Mussolini, la hija del Duce, y éste le había nombrado Ministro de Asuntos Exteriores. Su carrera fué fulgurante, y su caída, espectacular. Era, lo que los italianos llaman un jettatore. Tenía mal fario.

Ocurrió que, en 1938, poco tiempo después de los Acuerdos de Munich, los italianos adoptaron, súbitamente, la detestable costumbre de atacar a Francia, por que sí. No por ningún motivo racional válido. Simplemente, por que sí. Eran las directrices políticas dictadas por el Conde Ciano. Por un quítame allá esas pajas, por una mala digestión o una subida de la bilis, y sin que la actitud oficial de Francia -entonces, gobernada por un gobierno derechista- justificara para nada esos arranques epilépticos, los tribunos luciendo camisa negra se convulsionaban con las pestañas y la espuma en los labios y lanzaban anatemas contra su hermana latina.

Luego, venían las reclamaciones. Siempre adoptaban la misma forma. Una pregunta y una respuesta. Hechas por los mismos. A chi la Corsica - A noi (¿Para quién Córcega ¡Para nosotros!).

-- A chi la Corsica

-- A noi!

-- A chi la Savoia

-- A noi!

-- A chi Nizza

-- A noi!

-- A chi la Tunisia

-- A noi!

Etcétera, etcétera, etcétera.

Al principio, nadie en Francia tomó la cosa demasiado en serio. Luego, la reiteración de las peticiones y, sobre todo, de la forma de las mismas alegraron, en el fondo de su corazón, a las gentes de los partidos auténticamente belicistas en la época en cuestión. No les disgustaba, muy al contrario, que las vaticinaciones transalpinas justificasen sus exclusivas (27) y echasen definitivamente a los italianos en brazos de los odiados alemanes. Para los puros de la Gran Cruzada de las Democracias que se avecinaba, el Huno sólo nos bastaba; también era preciso tener por enemigo al italiano, querían estar bien seguros de que en la próxima guerra tendrían en frente suyo a todos los países totalitarios sin excepción y, por lo menos en lo que se refiere al frente de los Alpes, las reivindicaciones salivares de los irredentistas con camisas negras les quitaban

toda inquietud.

En cambio, los partidarios de la paz, los que no deseaban una confrontación armada con los regímenes autoritarios, estaban menos contentos. Eran unas fuerzas políticas que hoy serían denominadas de extrema derecha, para entendernos, aunque el término sea rigurosamente inexacto. En efecto, ellos no habían cesado de elogiar al régimen fascista, al que consideraban único valladar contra el bolchevismo y de preconizar una política de amistad con él. Habían saludado alborozados la expansión italiana en Etiopía y combatido las sanciones de la Sociedad de Naciones contra Italia. ¡Y así se agradecía en Roma su buena voluntad! La actitud de la mayoría de los ministros del Duce y, sobre todo, las imprecaciones de su yerno, arruinaban el resultado de años de penosos esfuerzos y la consideraban como una injuria personal. Por tal motivo, organizaron algunas manifestaciones callejeras reivindicando, a su vez, las tierras indiscutiblemente borgoñas de Nápoles y Venecia. En cuanto al Presidente Daladier, por su parte, sin que se hubiera presentado, ni mucho menos, una reclamación oficial. proclamó, en la Cámara, con ademán fiero y los Brazos en jarras, que él no cedería ni un centímetro de territorio.

El asunto, ciertamente, era trivial. Pero era enervante. Y, sobre todo, era absurdo. Toda esa agitación hacía admirablemente el juego de los belicistas franceses. Turbaba a los mejores espíritus, incluyendo a los que habían comprendido, o creído comprender, que era importante para Francia salvaguardar la amistad italiana. Además, aun no se habían disipado las esperanzas que había suscitado la paz de Munich. Francia y Alemania, junto con Inglaterra, habían iniciado una especie de flirt que, si se iba consolidando, podría, aún, salvar la paz, y, con ella, salvar a Europa de una autodestrucción cierta. Y he aquí que el brillante segundo del Eje ponía sobre el tapete una serie de reivindicaciones que amenazaban esa frágil armonía occidental.

Los que podrían ser definidos como fascistas franceses, se encontraban divididos a este respecto. Brasillach era partidario de conservar la calma y no responder a las provocaciones italianas. Rebatet, Cousteau, Drieu La Rochelle y el propio Céline deseaban atacar, periodísticamente, a los políticos de Roma que dirigían, con tan escasa sutileza, esa campaña. Pero fueran cuales fueren sus divergencias en cuanto a la táctica a seguir, estaban totalmente de acuerdo en proclamar que todo el mal procedía del Conde Ciano (28). Creemos que esa apreciación era fundamentalmente injusta. Después de todo, por lo menos por aquél entonces, el 'Yernísimo no hacía más que ejecutar las órdenes de su suegro. Pero tal vez fuera cierto que el Conde Ciano siguiera esas órdenes con excesiva diligencia. O, simplemente, que las sobrepasara. Después de todo, él era el responsable oficial de la política exterior italiana.

Cuenta Pierre-Antoine Cousteau que nos parecía encontrar en el Conde Ciano

una triste cara de bellaco calamitoso, el aspecto irritante de un hijo de papá abusivo, y era reconfortante para el espíritu hacer de un personaje tan antipático el blanco único de nuestro resentimiento. ¿Acaso el lamentable malentendido franco-italiano no se disiparía de inmediato si el esposo de la ex-señorita Mussolini desapareciera de la escena política (29).

Pero esos votos platónicos no tomaban una forma concreta, porque los fascistas franceses no disponían, como los papas del Renacimiento, o el Intelligence Service, o el K.G.B. (entonces G.P.U.) de asesinos a sueldo que ejecutaran discretamente el trabajito y, por otra parte, tampoco ninguno de ellos sentía la vocación de convertirse en un Bruto (¡con perdón!). Pero, prescindiendo de la espada y del veneno, no les estaba vedado considerar la adopción de alguna estratagema menos ruda y más sutil, que hiciera caer al incordiante ministro de su pedestal.

En tal disposición de espíritu, la idea de esa estratagema se le ocurrió a Cousteau de la manera más fortuita. Una noche, hablando con los corresponsales en París de la Gazzetta del Popolo pronunció ante ellos, incidentalmente, el nombre de Salandra, un político que jugó en 1915 un papel capital para arrastrar a Italia a la guerra mundial, al lado de los Aliados, cuando justamente tenía un tratado de alianza vigente con las potencias Centrales. Al oír el nombre de Salandra, Cousteau vió a sus tres colegas hacer el mismo gesto desconcertante llevar a toda prisa la mano izquierda a sus testículos. Y cada vez que Cousteau reintroducía el nombre de Salandra en la conversación, los italianos repetían el gesto extraño.

Hasta que terminaran por explicarle que Salandra era un jettatore; es decir, que tenía mal occhio, o mal fario como dirían en el Sur de España. O, por lo menos, el pueblo italiano estaba convencido de ello. Y para conjurar los maleficios inherentes a la evocación de un personaje tan temible, era indispensable realizar esa pequeña e intrigante gimnasia manual. Hubo que repetirlo varias veces a Cousteau que creía que sus colegas italianos le querían tomar el pelo. Y es que, así como hay personas que creen ciegamente en los pobres poldevos, hay otras que ante cualquier manifestación de credulidad metafísica -ya se trate de los trances de los grandes místicos o del tercer cigarrillo que no se quiere encender con la misma cerilla- creen, inmediatamente, en una tomadura de pelo.

Pero no era ese el caso. Los redactores de la Gazzetta del Popolo no bromeaban. El nombre de Salandra les espantaba genuinamente. Al conjurar, con la mano sobre sus testículos, el mal ojo del difunto Salandra, actuaban con la mayor seriedad. Y cuando los colegas de Cousteau, en Je Suis Partout empezaron a pincharles evocando sistemáticamente el fantasma de Salandra las cosas tomaron un mal aspecto. Los italianos se volvían literalmente locos; se escondían; dudaban en contestar al teléfono, palidecían de angustia. Hasta que, finalmente, su jefe de redacción hizo una gestión casi oficial para que los franceses cesaran de hacerles rabiar mencionando constantemente a Salandra. Cousteau y sus amigos, naturalmente, dejaron de molestar a sus colegas transalpinos, pero el episodio les

hizo reflexionar. Habían encontrado un medio cómodo de poner fuera de combate a un estadista italiano...

¿Porqué no iba a tener mal occhio el Conde Ciano O bien, si no lo tenía realmente, bastaría con persuadir de ello a sus compatriotas -lo que, después de todo, en materias de fé significa lo mismo- para que le fuera imposible mantenerse al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. En ese caso, además, el régimen importaba poco. Que Italia sea democrática o dictatorial, la carrera de un político queda destrozada desde el momento en que se le empieza a atribuir el mal occhio, desde que se empieza a conjurar, testículos en mano, las influencias nefastas del jettatore.

La empresa no era imposible. Bastaba con insinuar obstinadamente, sistemáticamente, en un número suficiente de gacetillas y artículos astutamente repartidos en el conjunto de la prensa, que el esposo de Edda Mussolini traía la negra a todos los que se le acercaban. Poco a poco, la idea se iría instalando en la mente de los franceses. Y los italianos residentes en Francia, empezando por los agregados de prensa, serían fatalmente afectados por esa propaganda y no dejarían de comunicar discretamente su certeza a sus parientes y amigos del Este de los Alpes. Entonces, Ciano no tendría más remedio que renunciar a la popularidad, a sus pompas y a sus obras, hacer la maleta y volverse a casa.

Tal fue el plan de acción que adoptaron los fascistas franceses de Je Suis Partout. Para que los escritos revelando los maleficios del ministro fascista tuvieran más verosimilitud, era preciso, de entrada que parecieran ser el reflejo de lo que se decía en la misma Italia. Se murmura en Roma que... Además, también era necesario que dichos escritos no fueran solamente el eco de un rumor, más o menos fastidioso; era imprescindible que ese rumor fuera corroborado por hechos concretos, precisos; que fuera, en cierto modo, un encadenamiento riguroso de la lógica cartesiana. Ningún creador de mitos puede dispensarse de los milagros controlados. Esto parece difícil, cuando es la cosa más sencilla del mundo. Pues está demostrado que, dentro de la heteróclita disparidad de las actividades humanas, catástrofes y efemérides coinciden, casi, en el espacio y en el tiempo. Cada vez que un alcalde, o tercer subsecretario de Ministerio, inaugura una pasarela, pone la primera piedra de un hospital o visita una exposición de crisantemos, siempre pasa algo desagradable, cerca de allí, o relativamente cerca, en todo caso. Es algo relacionado con el simple cálculo de probabilidades. Se hunde una vieja casa, o hay una epidemia de tosferina, o se atraca un banco, o el factor de la estación de ferrocarril le fractura el trigémino al barbero, en el bar del pueblo, como consecuencia de una divergencia de opiniones futbolísticas. Y todos estos acontecimientos serán reproducidos, puntualmente, por algún periódico local, relegándolo a la página de hechos diversos, sin que el vulgum pecus caiga en la tentación de sospechar que esto podría ser consecuencia de aquello, es decir, del mal fario. En cambio, si queda bien claro que el hombre político trae mala suerte, todo se explica, todo resulta. límpido. Y el hecho diverso se eleva a la categoría de dogma y, constituye la base de una apologética.

De manera que Pierre-Antoine Cousteau, lanzó, desde Je Suis Partout, la primera andanada.

Desde la conquista de Etiopía, que fue un gran éxito, es evidente que hay en Roma algo que no funciona; algo que no marcha. Italia ha perdido los Balcanes, ha perdido su influencia en Austria; está perdiendo posiciones, a causa de su nerviosismo, en España; en su campaña antifrancesa no recolecta más que fracasos. El Papa desaparece en vísperas del día en que debía celebrarse el aniversario de la firma del Tratado de Letran y, en consecuencia, felicitar al régimen. ¿Acaso es verdad, como se rumorea en los medios fascistas, que el Conde Ciano tiene el mal fario, que es un jettatore

El resultado no se hizo esperar. Je Suis Partout fue inmediatamente secuestrado en Italia. Unos días más tarde, era prohibido. Aquí, un inciso. Unos días después, el mismo periódico fascista francés era igualmente secuestrado en Alemania, a consecuencia de una gestión, personal de Laval que se sentía injuriado por una alusión de P.A. Cousteau en un artículo del periódico. Pocos fascistas franceses, considerados, por definición, traidores, culpables de inteligencia con el enemigo, y demás horrendos delitos pueden vanagloriarse de haber sido puestos, también, en el Índice por los dos grandes países totalitarios a los que se le acusó de servir.

En todo caso, el secuestro de Je Suis Partout por la policía italiana demostraba que Cousteau y sus amigos habían dado en el blanco. De manera que Georges Blond, que también escribía en Le Journal, tomó el relevo de Je Suis Partout y remachó el clavo

Los últimos acontecimientos de España contribuyen a reforzar la opinión de los que creen y son particularmente numerosos en Italia- que el Conde Ciano tiene mal fario. Y recuerdan

La invasión de China empezó justamente después de que el yerno del Duce, entonces cónsul en Shanghai, hizo un gran elogio de Chiang-Kai-Chek en un discurso.

Que las desgracias del Rey Zogú de Albania empezaron después de que tuviera como testigo de boda al Conde Ciano.

Que se descubrió que el Presidente del Consejo de Hungría tenía una abuela judía, justo el día después de haber sido visitado por el Conde Ciano.

Que el Señor Stojadinovitch fue brutalmente obligado a dimitir después de haberse abrazado espectacularmente con el Conde Ciano.

Que Polonia ha roto con el Eje en el mismo momento en que el Conde Ciano ponía los pies en Varsovia.

Y ahora, las dificultades de Franco con Queipo de Llano coinciden, de manera sorprendente, con el viaje de amistad del ministro italiano que debutó espectacularmente en España con la explosión de un polvorín.

Unos días después, unos textos reproduciendo parcialmente esta prosa aparecieron en media docena de periódicos franceses. La redacción de Je Suis Partout mandó docenas de cartas de fieles lectores a los principales periódicos de

París, epilogando sobre el mismo tema.

Se produjo lo que se ha dado, en llamar una corriente de opinión. Y entonces, el Pontífice de la prensa francesa, que ya era, entonces, el ilustrado ParisMatch, publicaba un artículo que reproducía, una por una, las coincidencias evocadas por Georges Blond, y concluía a la existencia del mal occhio. ParisMatch era, ya, en cierto modo, el conservatorio de los comadros de la democracia. El mal fario adoptaba, así, una prestancia oficial, histórica, indiscutible. Sólo quedaba por esperar que esa convicción se extendiera por ósmosis en Italia.

El mismo Cousteau cuenta (31) que pronto tuvo la certeza de que su estratagema había dado sus frutos . O, por lo recios, los estaba empezando a dar. En la Primavera de 1939, encontró por azar a un amigo de infancia, que vivía en Florencia que le informó que en toda Italia se decía que el Conde Ciano tenía el india occhio, y que la policía tenía órdenes de reprimir severamente esa calumnia. Un personaje importante de Florencia que hablaba del yerno jettatore ingresó en las mazmorras del régimen.

Pero fue solamente una vez finalizada la guerra cuando se tuvo la confirmación definitiva del éxito de la campaña de Je Suis Partout. En sus Memorias, el Conde Ciano escribe Un pequeño episodio de carácter personal. Stareca ha sorprendido a Martire , antiguo miembro del Partido Popular, y fascista desde 1932 cuando en los pasillo de la Cámara , decía que soy un jettatore. Consecuencias Martire ha ingresado inmediatamente en la prisión , ha donde ha sido conducido esposado , mientras que Ferretti , que asistía a la escena y reaccionó débilmente sin informar de ello al Partido, ha sido privado de su carta de miembro (32). Pequeño acontecimiento insignificante en sí, pero del que puede extraerse un balance activo y pasivo. Pasivo la miseria moral de algunos elementos que hemos acogido en nuestras filas y que, a la sombra del Lictor, continúan su vergonzosa acción denigrante. Activo la prueba de la actitud psicológica del Duce con respecto a mí, puesto que ha reaccionado y actuado con una violencia sin precedentes... Por la noche, Gran Consejo Fascista. El Duce me habla del incidente Martire y expresa su dolor por no poderle romper él mismo las costillas a puñetazos (33).

Ciano y su suegro, como se ve, no tomaban el mal fario a la ligera. El Duce había reaccionado con una violencia sin precedentes y no había dudado en cubrir de grilletes a un viejo fascista, y en excluir del Partido al lector del Presupuesto de Aeronáutica. Pero, ¿qué podía él contra un rumor que las persecuciones policíacas no habrían hecho más que confirmar Sólo la guerra, que impuso a los italianos otras preocupaciones, impidió que el Conde Ciano acabara provocando una tocadura testicular general en toda Italia.

Pero, nos preguntamos ¿no tendría, realmente, el Conde Ciano, un mal fario Si juzgamos a tenor de las desgracias que cayeron sobre su patria, estamos tentados a creerlo. Y más aún, -si nos acordamos de las balas fraticidas del pelotón de ejecución de Verona.. Como decía Marcel Proust El tiempo pasa y poco a poco todas las mentiras que se han ido diciendo se van convirtiendo en verdad.

EL ALCOHOL Y LA POLÍTICA

Es evidente, y creemos que lo estamos demostrando, que las locuras de los hombres tienen una gran incidencia en la Historia. Nos referimos a las locuras naturales, espontáneas. Pero existe otro tipo de locuras las provocadas por los vicios de los hombres. En este capítulo, ocupa un lugar preeminente la embriaguez.

El alcohol, en efecto, ha tenido una influencia determinante en la vida de los pueblos. Y, tal vez, el caso más significativo de todos es el del famoso Boston Tea Party, de 1773. Tea Party, significa, en una traducción literal, reunión para tomar el té. Esa traducción será muy literal, pero no demasiado correcta. En realidad lo que se hizo en Boston, el 16 de diciembre de 1773, no fué, precisamente, tomar el té, sino más bien un brebaje alcohólico a base de ron.

Cincuenta colonos, miembros del Comité de Correspondencia, es decir, de la elite que se suponía adicta a la Madre Patria, o sea a Inglaterra, se reunieron para celebrar una fiesta en casa de un impresor llamado Benjamín Edes. Como casi todos los reunidos eran comerciantes, se habló de comercio. Lógico. Y se habló de impuestos. De los impuestos excesivos, y, sobre todo, del impuesto sobre el té que les acababa de anunciar el gobernador de la colonia, de orden de Su Majestad, Jorge III. Sabido es que, a menudo, una discusión es una válvula de escape a tensiones y malos humores. Pero cuando no hay discusión, cuando todos los reunidos están de acuerdo contra algo o alguien, entonces se impone buscar -y encontrar- un chivo expiatorio. Algo o alguien sobre quien descargar el mal humor colectivo. Esto les sucedió a los contertulios de Benjamin Edes, quienes, hallándose en diversos estados de ebriedad, se dirigieron al Muelle de Griffin, donde estaban anclados los barcos cargados con el té -impuesto en especies- destinado a Inglaterra. Durante tres horas se arrojaron las cajas de té al agua..

El gobernador se lo tomó muy mal, y exigió que volviesen a llenarse los barcos con té y que los beodos se excusaran. Al negarse estos a lo uno y a lo otro, les impuso una multa. Se negaron a pagarla. Al resistirse a la autoridad que iba a detenerles por rebeldes, se dispararon los primeros tiros. La Guerra de la Independencia Norteamericana había empezado (34).

También en la gran democracia francesa, y concretamente, en la efemérides que se conmemora el 14 de julio, juega un papel preponderante el alcohol.

El 14 de Julio se celebra, en Francia la Fiesta Nacional. La Toma de la Bastilla. Se pretende que en tal fecha, en 1779, el pueblo se levantó contra la opresión y tomo , tras ardua lucha, la fortaleza de la Bastilla, donde el régimen monárquico mantenía arbitrariamente detenidos a sus enemigos políticos. Pero no fue el pueblo de París quien se levanto ese día. Todos los documentos históricos y todos los historiadores dignos de ese nombre, sin excepción, demuestran que los revoltosos eran la hez del populacho parisino, entre la que agentes provocadores

a sueldo, unos de Inglaterra y otros de los clubs y logias habían hecho correr el alcohol. Una turba de borrachos que se presentaron, instigados por sus mentores, ante los muros de la Bastilla y exigieron al gobernador de la misma, De Launay, que se rindiera y libertara a los presos cuya custodia le había sido encomendada. De Launay se negó y el populacho intentó un desorganizado ataque que fué fácilmente rechazado por el batallón de Inválidos que guardaba la fortaleza (35). Esto hizo reflexionar, o intentarlo, entre las brumas del alcohol- a los asaltantes. Se dirigieron nuevamente al comandante de la fortaleza, para proponerle que les entregara a los presos. A cambio, le prometían respetar su vida y la de sus hombres, que se podrían marchar tranquilamente a casa. Así se evitaría un inútil derramamiento de sangre. De Launay cedió, y lo pagó muy caro. Todos los Inválidos fueron degollados, cortados a trozos y los restos paseados triunfalmente por las turbas, por las calles de París. La cabeza de De Launay, pinchada en una pica, fue llevada a Versalles y exhibida ante las ventanas de la Reina María Antonieta.

Los franceses airean sus banderas el 14 de julio. También lo hacen los militares y los funcionarios de la administración penitenciaria, sin duda para celebrar la masacre de De Launay y sus Inválidos. Pero esas banderas al viento no significan el fin de las detenciones arbitrarias. Tras la llamada Liberación, en 1944-45, hubo en Francia más de medio millón de detenciones arbitrarias, puesto que se basaban en decretos ex-post-facto. No significaban que los franceses sean libres de vivir fuera de la ortodoxia. El sentido de esa fiesta nacional, ha dicho Cousteau, es el símbolo de una opción, de una preferencia. No es por azar que el régimen republicano ha decidido reconocerse en esa efemérides cuyas circunstancias concuerdan, todas maravillosamente, con su estilo de vida. El 14 de julio es el triunfo oficial de la impostura, de la mentira y de la ferocidad (36).

Pretende hoy, la Historia oficial, que los vencedores de la Bastilla fueron unos héroes. En realidad la ciudadela capituló sin combate (De Launay había perdido la cabeza antes de que se la cortaran escribió Rivarol) y la gloria de los vencedores es tan ficticia como la de los sublevados parisinos de 1944 (cuando los alemanes ya se habían retirado). Se pretende que la caída de la Bastilla significó el fin de las detenciones arbitrarias. Pues bien había en la Bastilla, el 14 de julio de 1789, ocho detenidos. Dos locos en espera de ser transferidos al manicomio de Charenton. Dos falsificadores de moneda. Tres ladrones. Y un sádico Donatien Alphonse François de Sade. Y la Revolución, inaugurada el 14 de julio fue causa de matanzas sin precedentes e hizo aherrojar en prisión a centenares de miles de inocentes. Y no fue el pueblo en cuyo nombre tantos desmanes se cometen, quién se levantó, sino la chusma borracha, según unanimidad de los historiadores imparciales. Aunque luego, el día siguiente, el 15 de julio, los ex-combatientes de la Bastilla fueran diez veces más numerosos que los que habían estado, en realidad, bajo los muros de la fortaleza. Este fenómeno de multiplicación de los Liberadores debería repetirse en 1944. Y en esto están de acuerdo todos los historiadores no franceses y unos cuantos franceses honestos.

El uso y abuso del alcohol no se circunscribe, solamente, a los acontecimientos en cuyo recuerdo se han querido instituir las dos fiestas máximas, oficiales, de las grandes democracias francesa y norteamericana. En la Historia de los pueblos, la plaga alcohólica ha dado pábulo y motivo a un sin fin de episodios jocosos y dramáticos a la vez. Entresacaremos unos ejemplos que nos han parecido significativos.

Andrew Johnson se presentó a las elecciones presidenciales norteamericanas en 1865, como compañero de candidatura de Abraham Lincoln. Este optaba a la presidencia, Johnson, naturalmente, a la Vice-Presidencia. Johnson llevó a cabo una campaña electoral tremendamente activa. Quedó totalmente exhausto y contraído, incluso, la malaria. Cuando el 4 de Marzo de 1865 se levantó de la cama, apenas podía tenerse en pie. Ese día era, oficialmente, nombrado Vice-Presidente de los Estados Unidos. Para fortificarse, tomó, a guisa de medicina, un vaso de whisky, que le sentó pésimamente, debido a su débil condición. Llegó al Congreso con más de media hora de retraso. Antes de subir al estrado resbaló dos veces y fue prácticamente puesto en pie por dos preocupados ayudantes. Una vez instalado, se le cayeron las cuartillas en las que llevaba escrito el discurso que pensaba endilgarles a los padres de la patria. Sus ayudantes las recogieron y se las dieron, y pudo empezar el discurso. Johnson empezó a leer con voz pastosa y se interrumpió para limpiarse las gafas. Se las caló sobre su nariz y volvió a empezar de nuevo. Pero, aparentemente continuaba sin ver bien el texto. De manera que dos funcionarios rápidamente le arrebataron las cuartillas y pusieron en sus manos un papel con el texto del juramento al cargo. Como Johnson farfullaba y se comía sílabas y palabras enteras, y repetía líneas que ya había leído, la ceremonia del juramento, que normalmente se desarrolla en unos cincuenta segundos, tardó algo más de seis minutos. Tras lo cual, el nuevo Vice-Presidente se embarcó en otro no-programado turno de embriagada oratoria, hasta que el juez que le tomó el juramento, caritativamente, le interrumpió iniciando una salva de aplausos que fueron arrolladoramente secundados por los miembros del divertido Congreso (37).

Este tragicómico episodio no dañó, en absoluto, la carrera de Andrew Johnson que, a la muerte de Lincoln, se convirtió en el decimoséptimo Presidente de los Estados Unidos. Ni el espectáculo de su juramento como Vice-Presidente, ni el hecho de dejar en la estacada a sus compatriotas sudistas (Johnson era partidario del mantenimiento de la esclavitud y bajo ese lema logró los decisivos votos del Sur) y actuar, una vez elegido, de una forma totalmente diferente a lo que había prometido a sus electores, impidieron que siguiera gozando de la confianza de sus conciudadanos, y escalara la magistratura del Estado.

Bien es verdad que el asesinato de Lincoln, al que debió su anticipado ascenso a la Presidencia está, por así decirlo, todo él impregnado en alcohol.

Ya hemos escrito, en otro lugar (38) que el asesinato de Abraham Lincoln fue

cuidadosamente programado por poderes fácticos a quienes estorbaban los planes monetarios del Presidente. Pero, tras una planificación técnicamente perfecta, los errores humanos debidos al alcoholismo, no sólo estuvieron a punto de malograr la trama, sino que permitieron que trascendieran las motivaciones de la misma.

El 14 de abril de 1865, el actor John Wilkes Booth empezó a tomar unas copas de whisky, a las tres de la tarde, en el bar de la Kirkwood House, de Washington. A las cuatro, llegó al salón de Deery y pidió una botella de brandy. Dos horas más tarde se le pudo ver bebiendo whisky en el salón Taltavul, junto al Teatro Ford. Habiendo puesto al punto los últimos detalles para la ejecución del crimen que planeaba, Booth volvió, hacia las nueve y media, al Taltavul, donde se puso a beber cerveza junto con los empleados del Presidente Lincoln Charles Forb, mayordomo, Francis Burns, cochero y John Parker, guardaespaldas. Este Parker había sido expulsado de la policía regular por alcohólico. Que un hombre de tales antecedentes llegara a ser guardaespaldas del propio Presidente es uno de tantos detalles incomprensibles de este caso singular. A las diez y cuarto, mientras Parker continuaba bebiendo, dejando, así, al Presidente sin protección, Booth pasó al Teatro Ford y disparó mortalmente contra Lincoln. Mientras tanto, George Atzerodt (39) compañero de Booth en la conspiración, que se suponía debía asesinar al Vice-Presidente Andrew Johnson, había bebido tanto whisky para darse ánimos e infundiese valor que, borracho como una cuba, debió abandonar el plan.

Unos años más tarde, de nuevo el alcohol estuvo presente en un episodio importante de la historia de los Estados Unidos. El 27 de Marzo de 1886, en el Cañón de los Embudos, Estado de Sonora, México, el general norteamericano George Crook y el jefe apache chiricahua Gerónimo negociaron un tratado de paz, según el cual Gerónimo y su tribu se rendirían y se dejarían conducir a la Reserva de San Carlos, en Arizona. Para celebrar la conclusión del tratado, los apaches se bebieron enormes cantidades de whisky que les había vendido un traficante llamado Wertheimer (40). A medida que se iban emborrachando los guerreros indios se lo pensaban mejor. A medianoche, un Gerónimo totalmente embriagado y que apenas podía sostenerse en pie declaraba que nunca se rendiría a los blancos y repudiaba el tratado que acababa de firmar. Acompañado por sus guerreros Gerónimo se fue y continuó la guerra, hasta ser vencido cinco meses después.

En la Historia Contemporánea encontramos una figura señera que rendía auténtico culto al alcohol. Nos referimos al que fue Primer ministro británico, Sir Winston Churchill. Su afición a la bebida, a todas horas del día y de la noche, era tan proverbial que su propio médico, Lord Moran, tenía a veces dificultades en determinar si su paciente estaba relativamente sobrio, o bien en un estado de embriaguez inicial (41). Consta que ciertas decisiones políticas de importancia las tomó hallándose en ese segundo estado.

EL SEXO Y LA HISTORIA

El abuso, o uso indebido, del sexo, ha jugado, también, un papel importante en la historia de los pueblos. Es conocido el caso de Atila, que murió en acción (en acción sexual, se entiende) con una de sus esclavas. Igual le sucedió al Pontífice León VIII, que reinó desde 963 al 965, al padecer un mortal ataque de corazón mientras yacía con una mujer casada. Y, más modernamente, tenemos el caso de Felix Faure, que feneció en 1899, a los 58 años de edad. Felix Faure era Presidente de la III República Francesa y, anteriormente, había sido Ministro durante casi veinte años. Este gran patriota, este demócrata de pura cepa, tenía, entre otras, una gran debilidad por el sexo opuesto. El 16 de Febrero de 1899, murió súbitamente en su estudio del Palacio del Elíseo en brazos (digámoslo así) de su amante, Madame Steinheil (42). En el momento de su muerte de un ataque al corazón, se hallaba sentado en una silla especialmente concebida para tales menesteres. No se pudo ocultar la circunstancia en que se produjo el óbito del personaje, y el escándalo en Francia fue mayúsculo, con secuelas políticas notables.

Los tres casos precedentes pueden catalogarse como abusos. Pero los casos de aberración, numerosos también en la Historia han jugado igualmente su papel en la vida de hombres decisivos. Calígula, por ejemplo. Calígula, Emperador romano, que reinó desde el año 12 hasta el año 41 d.C., violó a una hermana suya y convirtió a las otras en prostitutas. Después de cometer adulterio con quien le plugiera prohibía a sus amantes tener relaciones con sus maridos e iniciaba los procedimientos legales de divorcio en nombre de éstos. Incidentalmente , este siniestro personaje , obviamente loco , nombró cónsul romano a su caballo.

El Papa Alejandro VI (1431-1503) era un entusiasta de las orgías. Una vez utilizó como camareras de uno de sus banquetes a cincuenta prostitutas, que servían desnudas, la mesa, y ofreció un premio en metálico al invitado que pudiera copular más veces (43).

Sir Francis Dashwood, fue, a finales del siglo XVIII, uno de los políticos más, avanzados de su época. Hoy lo llamaríamos un radical. Fundador del Hell Fire Club, abogaba por la implantación del Sufragio Universal. Recordemos que en Inglaterra, entonces, sólo votaban los miembros del llamado caucus, es decir, los notables. Sir Francis, además de ser adelantado (para su época) en Política, lo era también en cuestiones relacionadas con el sexo. El y sus amigos aseguraban que llegó a seducir a la Emperatriz Ana de Rusia, al disfrazarse como Rey Carlos XII de Suecia. Se convirtió al Satanismo después de oír al Diablo (de hecho, era el ruido hecho por dos gatos copulando en la noche). Organizó elaboradas orgías con participantes disfrazados de curas y monjas. Uno de los padres de la gran democracia americana, Benjamin Franklin, fue miembro de su iglesia. Su templo, donde organizaba sus reuniones particulares, estaba adornado con pinturas y esculturas obscenas (44).

El Rey Carol II de Rumania fue otro atleta sexual. En 1925 fue obligado a abdicar y marcharse al exilio a causa de un escándalo originado por su unión extramarital, pública y notoria, con su amante Magda Lupescu (45). Carol volvió a ocupar el trono en 1930 y gobernó con el apoyo de todas las fuerzas liberales y democráticas de su país pero de nuevo forzado a la abdicación, esta vez definitiva, por las circunstancias políticas de su país y por los ataques que su conducta personal motivó desde las filas de la Guardia de Hierro de Codreanu. Su más escandalosa vida particular no fue el motivo único ni siquiera el principal de tales ataques, pero tampoco debe negligirse la importancia de la misma a la lhora de valorar los mismos. Carol II murió en el exilio en 1953 (46).

A principios de este siglo, Antonin Dubost, Presidente del Senado de Francia, trató de huir de una casa de mala nota en la que pretendía entrar la Policía para hacer un registro. Despavorido ante la perspectiva de ser sorprendido en un lugar en el que ciertos jovencitos de ambos sexos se libraban a diversas fantasías sexuales, huyó tan de prisa que le dió un síncope y falleció poco rato después (47). En cuanto a Louis Barthou, veintitrés veces Ministro e incluso Presidente del Gobierno fue igualmente sorprendido por la Policía en otra casa muy particular' de la calle Furstenberg, en París. Cuentan las crónicas que el pobre Barthou (48) lo pasó muy mal mientras declaraba, en calzoncillos largos, ante un gendarme que se negaba a creer que estaba hablando con el entonces Ministro de Justicia.

Más modernamente, a finales de la década de los cincuenta, estalló en Francia el caso llamado de los ballets roses, en el que resultó involucrado, aparte unos cuantos magnates de la finanza y el gran mundo, nada menos que André Le Trocquer, Presidente del Senado y tal vez el principal personaje político que se oponía al General De Gaulle. En dichos ballets roses se practicaban toda clase de aberraciones, aunque la denuncia puesta por los padres de las jovencitas, cuyas edades oscilaban entre los doce y los catorce años fue por flagelación. El incidente, naturalmente, significó el ostracismo político de Le Trocquer, cuya edad era, cuando le cogieron in fraganti, de setenta y cuatro años.

Y ya más cerca de nuestros días, en la célebre revuelta anarco-comunista de la Sorbona parisién de Mayo del 1968, todos los excesos de las turbas descontroladas salieron a plena luz, y entre tales excesos no podían faltar los sexuales. Para muestra un botón El Comité de Homosexuales Revolucionarios decidió, solemnemente, acortar su nombre y dejarlo en Comité de Homosexuales, por constituir una redundancia la apelación inicial, ya que, según los dignos asambleístas ser homosexual es lo máximo que un ser humano puede llegar a hacer por la Revolución. Naturalmente, dejamos a los miembros de dicho comité la absoluta responsabilidad por tal declaración.

Pero sería un error creer que Francia detenta una especie de exclusiva en ese resbaladizo terreno. Baste recordar el célebre caso Profumo, acaecido en Inglaterra a principios de la década de los sesenta. John Profumo (49), Ministro del

Interior, fue obviamente sometido a chantaje por los servicios secretos soviéticos, al dejarse enredar en un nido de prostitución de alto lujo. Aunque la Justicia oficial inglesa se ensañó con la prostituta Christine Keeler y su compañera Mandy Rice-Davies pronto resultó evidente que quien movía los hilos era un sionista húngaro, apellidado Rajman, muy oportunamente suicidado, aunque luego apareciera sorprendentemente vivo en Tánger (50).

El uso del sexo para someter a chantaje a altos personajes políticos es típico de los servicios secretos de las grandes potencias, aunque el K.G.B. soviético sea el imbatible maestro en tal tipo de menesteres (51). Naturalmente, es prácticamente imposible demostrar tal aserto, por cuanto las víctimas tienen el mayor interés en cooperar con sus victimarios para no ser descubiertas, y expuestas a la deshonra pública. Pero cuando, de vez en cuando, se desmantela una de las innumerables redes de espionaje de los soviéticos en Occidente, es casi excepcional que no aparezca un chantaje sexual y, a menudo, sodomítico.

En la high politics americana los escándalos sexuales son numerosos, y más o menos pudibundamente velados. El asesinato de Mary Jo Kopechne, una joven secretaria del Senador Edward Kennedy es el más reciente y escandaloso de todos. Edward Kennedy, que gustaba dar una imagen de honesto y católico padre de familia, salió a altas horas de la noche con la joven. Conduciendo en demostrado estado de embriaguez su coche volcó y cayó a un río. Temiendo las consecuencias del escándalo Kennedy huyó y dejó que pereciera ahogada su compañera. Esto es, a grandes rasgos, lo sucedido. Un asesinato por omisión. Las consecuencias políticas para Kennedy fueron importantes, pero no irreparables. El dinero, a la larga, lo puedo todo. La familia de Mary Jo Kopechne retiró la denuncia. Inmediatamente, se mudó de su modesta casita para ir a vivir a una lujosa mansión. A Mary Jo no se le hizo la autopsia, como era preceptivo, y el sheriff del Condado de Chappaquiddick también se mudó, con ventaja. Se rumoreaba que la joven estaba encinta, y era el flirt de Edward Kennedy por aquél entonces. Todo se hizo para enterrar el asunto. Naturalmente, mucha gente se acuerda. Pero ya ni se le da importancia.

Si en el caso de Mary Jo Kopechne puede hablarse, rotundamente, de asesinato por omisión, con la agravante embriaguez y ultrajes a magistrado (Edward Kennedy se hartó de mentir al juez cuando se realizó la encuesta), en el de Marylyn Monroe ya hay más dudas, aunque su muerte fuera, también, rarísima. Y oportunísima. Oportunísima para otro Kennedy. O, más exactamente, otros Kennedy. La actriz cinematográfica había sido amante del Presidente John Fitzgerald Kennedy, y de su hermano Robert, Ministro de Justicia. Amenazó con hablar de ello. Y, con gran sentido de la oportunidad, se suicidó. O fue suicidada. Tampoco en su caso se produjo la preceptiva autopsia (52).

Sobre este tema podría escribirse un grueso volumen. Y hablar de la muerte, cuatro años ha, del Cardenal Daniélou, en una casa de mala nota. Este cardenal de apellido bíblico estaba allí para convertir a una mujer de vida alegre, afirmó el Obispado de París. Como era mujer de dura cerviz, Su Eminencia debió insistir para lograr la conversión. Admitamos que es posible. Pero la prensa francesa aumentó sus tirajes con succulentos reportajes sobre las actividades misioneras de aquél hijo de la Iglesia. O de la muy pudibunda Reina Victoria de Inglaterra, legalizadora del Lesbianismo en su país. Has leído bien, lector amigo. El hecho de que fuera una legalización por omisión no disminuye en nada su vigencia legislativa. En efecto la Reina Victoria no tenía ni la más remota idea de que el Lesbianismo existiera hasta que su Primer Ministro, Gladstone, le presentó para su firma un decreto-ley para la represión del Homosexualismo. Le pareció tan increíble que existiera un homosexualismo femenino que rehusó creerlo de manera que, de su puño y letra, tachó todas las referencias a las mujeres, con lo que la homosexualidad masculina pasó desde entonces a ser ilegal, pero la femenina, o Lesbianismo, legal.

O de Luis IX de Francia, canonizado por la Santa Madre Iglesia como San Luis, patrón de la Fille Ainée de l'Eglise, organizador de la Séptima Cruzada y muerto en combate contra el Infiel en la Octava, y organizador de la prostitución en su patria. El motivo aducido por aquel santo varón, vástago de la piadosa Blanca de Castilla era que, ya que la prostitución era una horrible lacra que no se podía extirpar, lo mejor era reunir a aquellas desgraciadas pecadoras en barrios determinados... y que pagaran sus impuestos como los demás mortales. O de Karl Marx, que objetaba contra el hecho de que Engels tuviese una amante, no porque tal costumbre fuese burguesa según frase anterior del barbudo fundador del Marxismo, sino porque era de clase baja...

Es cierto que en la historia de los hombres (y de las mujeres) el Sexo juega un papel importante, especialmente en determinadas circunstancias. Un papel importante, repetimos; no determinante, como pretendía aquel humorista involuntario que era el obseso Freud. Y ya en la Biblia, ese best-seller que en los años cuarenta y cincuenta sólo se podía leer en España con licencia eclesiástica, aparecen frecuentísimas referencias al mismo. Y referencias poco recomendables, además. Ahí está el caso de Lot, fornicando con sus hijas (Génesis 1930-38). O de Abraham, casándose con su hermana Sara, aunque luego la prostituyera dos veces, convirtiéndose de tal guisa en el primer proxeneta que menciona la Historia. O de Nahor, hermano de Abraham, que se casó con su sobrina, la hermana de Lot (Génesis 1127-29). O de Isaac, repitiendo la hazaña de marido complaciente, explotando a Rebeca del mismo modo como su padre había explotado a su madre, Sara. O de Amram, que se casó con Jochebed, hermana de su padre, y la tía Jochebed le dio dos retoños, que serían los famosos Moisés y Aarón (Exodo, 6-20). O de Amón, que violó a su media hermana Tamar y luego fue asesinado en venganza por Absalón, el hermano, al cien por cien, de Tamar (II Samuel 132, 14, 28-29). O de Judá que violó a su nuera, otra Tamar. Por no mencionar los casos conocidísimos de Sodoma y Gomorra, que desataron la justa

cólera del Todopoderoso. Etcétera, Etcétera, Etcétera.

Y si pasamos a examinar el matrimonio, como regulador legal y moral de las relaciones sexuales entre humanos, hallaremos que, ahí también, a través de la Historia, los absurdos, las mentecateces, los abusos, las tragicomedias de siempre, aparecen con profusión. Para empezar, otra vez en la Biblia, encontramos la figura señera de Salomón que, según nos informa el Libro de los Reyes, tenía setecientas esposas y trescientas concubinas a su disposición (Reyes, 11 33). Y la del Rey David, cuyas ansias belicosas sólo admitían parangón con las sexuales. Conocido es el episodio de Betseba, la esposa de Urías, el general al servicio de David, al que era extremadamente leal. Pero David se prendó de Betseba, la preñó y luego, para solucionar el problema, hizo que Urías combatiese constantemente en primera línea, hasta que halló la muerte, que era de lo que se trataba. Por cierto que David tuvo varias esposas, según nos cuentan las Sagradas Escrituras.

Posteriormente, la institución matrimonial serviría para llevar a cabo mil y un cambalaches políticos, con los famosos matrimonios de estado en los que muy a menudo arzobispos, legados pontificios e incluso Vicarios de Cristo en este Valle de Lágrimas se prestaban a. hacer de celestinas con aplicación digna de mejor causa. No es de extrañar que con tal bagage muchos de esos matrimonios fueran meras fachadas tras las que los reales cónyugues vivían su vida, por decirlo utilizando una frase consagrada por el uso.

Un caso típico de ello es el de Federico Augusto, Elector de Sajonia y, más tarde, Rey de Polonia. Federico Augusto es el esposo menos fiel que registra la Historia. Cuando murió, en 1699, sólo tuvo un heredero, llamado Mauricio. No obstante, quedaron documentos que demostraron que la devoción marital de Federico Augusto, en ocasiones, había dejado algo que desear, aunque debe decirse, en descargo suyo, que siempre asumió las consecuencias de sus actos, al reconocer a sus ... ¡ 345! hijos ilegítimos.

En cambio, el Rey Sobhuza II, de Swazilandia, recientemente fallecido (octubre de 1982) no puede ser acusado de infidelidad conyugal, precisamente. Si traemos su caso a estas páginas es por lo que el de pintoresco tiene en nuestros tiempos. El finado Sobhuza II empezó su, reinado en Diciembre de 1899, a la edad de cinco meses. En 1910 , al cumplir los 10 años, prescindió de los servicios de su Regente, y reinó él sólo, bajo protectorado británico hasta su muerte, a los ochenta y tres años de edad. Este monarca, el que más tiempo reinó en toda la historia universal, quiso batir también otro "récord, el de la fecundidad. Para ello contó con la indispensable ayuda de sus esposas que, según el censo de 1972, ascendían a la respetable cifra de 112. Sus 112 abnegadas compañeras le dieron según unas fuentes, 345 hijos, y, según otras,, más conservadoras, sólo 327. Cifras que si bien valen a Su Majestad Sobhuza II el récord mundial de los tiempos modernos, en cambio no le permiten batir el récord absoluto de 420 atribuidos al santo y juicioso Rey Salomón (53).

Por cierto que el Rey Sobhuza II protagonizó, unas días antes de su muerte, un divertido incidente que fue muy comentado por toda la prensa mundial. Sabido es que la Princesa Ana de Inglaterra patrocina una institución que se ocupa de la infancia hambrienta. En su viaje alrededor del mundo para recaudar fondos para tal empresa filantrópica, la Princesa estuvo en Mbabane, la capital de la antigua Swazilandia, cuyo nombre fue cambiado por Sobhuza en 1967, al obtener la independencia, por el de Ngwane. Leyó unas cuartillas ante el monarca y el séquito que escuchaban atentamente. La Princesa, tras recabar respetuosamente el apoyo de Su Majestad, terminó su lectura con esta frase definitiva No dudo de que Vuestra Majestad Sobhuza II, Rey de todos los Swazis, apoyará mi idea en favor de los niños hambrientos de todo el mundo. Y no lo dudo por que sé, por que me consta, de muy buenas fuentes, que Vuestra Majestad es un gran amante de los niños, por saber por experiencia lo que es la paternidad (54). .
Aparentemente, el poco inspirado redactor de las cuartillas de la Princesa Ana había oído que el Rey Sobhuza tenía hijos, pero no había ni podido sospechar que tuviera casi tres centenares y medio.

Después del caso de Su Majestad Sobhuza, permítasenos mencionar un caso que contempla el problema desde el reverso, si se nos permite la expresión. Reproducimos de la revista El Vigía de Barcelona de 21 de marzo de 1983. La Coordinadora de Trabajadores de Embajadas ha manifestado su indignación por el despido de cinco trabajadores por no ceder a los deseos sexuales del embajador de los Emiratos Arabes según un comunicado de CC.OO. La nota de CC.OO. dice que al margen de la gravedad innegable de los hechos protagonizados por el embajador, la situación es un exponente de la absoluta indefensión legal en que se encuentran los trabajadores españoles en cuerpos diplomáticos.

Antes de cerrar este epígrafe, pensamos que no podemos, no debemos olvidarnos de dos casos conocidísimos. El de Benito Mussolini y el de Adolf Hitler. Benito Mussolini tuvo una amante, Clara Petacci, que por cierto murió junto a él. Es así y hay que decirlo.

En cuanto a Adolf Hitler, debemos decir que su tardío matrimonio en el bunker de la Cancillería de Berlín no pudo borrar varios años de concubinato, discreto, ciertamente, pero no por ello menos horripilante a los ojos de los modernos y virtuosos censores de la Democracia, que luego guardarían distraído silencio sobre casos como los que hemos citado y muchísimos más que omitimos por no hacer este epígrafe interminable. Y es que en el Reino de la Virtud inaugurado en el Mundo en 1945, una paja es más importante que todo un andamiaje de vigas.

INTERMEZZO DE ABERRACIONES

El largo vía crucis de los errores y las tragicomedias humanas no siempre está provocado por vicios, embriagueces y excesos sexuales. Muy a menudo, los lapsus están simplemente motivados por la inatención, la pereza mental y el inagotable caudal de la estupidez de los hombres. He aquí, escogiendo sin solución de continuidad en el espacio y en el tiempo, un muestrario que nos ha parecido significativo y que ilustra el aserto precedente.

En la Revolución Irlandesa contra el dominio inglés, en la Primavera de 1916 puede afirmarse que todo salió al revés de lo previsto por los revolucionarios. Se suponía que 12.000 miembros de las Fuerzas Voluntarias Irlandesas llegarían a Dublin el domingo, 23 de abril. Pero sólo 1.500 llegaron en la fecha prevista. Los otros 10.500 revolucionarios se armaron un lío tan tremendo con la increíble plétora de órdenes cambiantes que no llegaron hasta el lunes o el martes. En todo caso, al dirigirse a los que efectivamente llegaron el domingo, el líder Patrick Pearse, leyó la proclamación de la República Irlandesa pero, convaleciente de un reciente resfriado, tenía la voz tan afónica que sólo los que se hallaban a su lado se enteraron de lo que decía. Entonces, Pearse ordenó que se pegaran pasquines por todo Dublin, con el texto de la declaración que acababa de leer. En aquél momento cayeron en la cuenta de que el propio Consejo Militar de la Revolución, por motivos que nadie ha conseguido explicarse jamás, había prohibido que se comprara cola. De manera que, como consecuencia de ello, se produjo el primer robo de los revolucionarios. Un saco de harina fue incautado en una tienda de ultramarinos para confeccionar a toda prisa, una pasta adhesiva. Así se hizo, pero la pasta estaba mal hecha y los pasquines no aguantaban en las paredes y caían al suelo. En cambio, por algún motivo que permanecerá inexplicable hasta la perpetuación de los siglos, sí se adherían a las suelas de los transeúntes. Finalmente, convencidos de que preciso lograr cuanto antes un éxito espectacular, los sublevados atacaron la Oficina de Correos de Dublin y quemaron unas cuantas sacas conteniendo cartas. La lucha por la liberación de Irlanda había comenzado (55).

En 1948, el Coronel de Estado Mayor del Ejército Norteamericano, David Marcus, dimitió de su cargo en el Pentágono y se alistó en el recién formado Ejército de Israel. Al abandonar su patria de nacimiento, el bizarro Coronel dijo que su vocación era morir por su patria. Se refería, obvio es, no a los Estados Unidos, sino a su patria racial, Israel, entonces de muy reciente creación. Decir que un judío es, antes que nada, judío, independientemente del lugar en donde haya nacido, puede costar condenas de varios años de cárcel tanto en las democracias occidentales, como en las orientales, llamadas populares (56). Parece que si quien lo dice, o mejor aún, lo hace es un judío entonces no pasa nada. Por eso no le pasó nada al Coronel David Marcus. Mejor dicho, sí le pasó, pero no en Norteamérica, sino en Israel, al poco tiempo de llegar. David había expresado

fervientes deseos de morir por su patria.

No obstante, no eligió primera línea, que era el lugar dónde lógicamente sus deseos podrían verse colmados con más facilidad. Marcus organizaba la Intendencia, digamos en segunda o tercera fila. Una noche salió de su tienda de campaña para orinar. Como hacía un poco de fresco se cubrió con una sábana. Como sus movimientos llamaran la atención a un guardián israelí éste le dio el alto, e inmediatamente disparó al tomarlo por un árabe, aspecto que le daba precisamente su sábana blanca. Así murió el primer judeo-americano en Palestina (57).

Traduttore Tradittore, traductor traidor. Que la traición se produzca al traducir una novelucha de tres al cuarto tiene una trascendencia relativa, pero que quien se equivoque sea nada menos que el intérprete del Presidente de los Estados Unidos puede conllevar implicaciones muy graves. Un tal Seymour era el encargado de traducir del inglés al polaco los discursos del Presidente Carter en el transcurso del viaje que éste hizo a Polonia en 1977. Su inspirada traducción del discurso del Aeropuerto de Varsovia estaba tocada con la gracia del genio. Cuando el Presidente Carter habló de sus deseos para el futuro, Seymour lo vertió al polaco como lujurias para el futuro. Y cuando el primer mandatario americano aseguró a los miembros del gobierno polaco, que le habían ido a recibir en pleno, que si alguien cree que detrás de las ofertas de ayuda americana hay el deseo de que se nos pague más adelante, se equivoca', el intérprete les dijo a los anfitriones, en polaco con acento alemán, que si alguien cree que detrás de las ofertas de ayuda americana hay el deseo de que se nos pague más adelante, NO se equivoca, con un énfasis muy sostenido en el adverbio negativo que cambiaba radicalmente todo el sentido de la frase. Pero cuando Seymour alcanzó sin duda, las cumbres de la maestría, fue al traducir un inocente comentario del Presidente Carter sobre el vuelo desde Washington a Varsovia. En vez de los habituales tópicos generalmente proferidos en tales casos, los asombrados polacos debieron oír que Carter había huído de América para no regresar nunca más (58).

Edvard Gierak, el líder polaco dijo, más tarde Debí hacer poderosos esfuerzos para contenerme. Pero no se puede ser rudo con las señoras y los intérpretes.

El General De Gaulle era un gran hombre. En eso han estado de acuerdo tantos sus apólogos como sus detractores. Aunque las motivaciones que han encontrado unos y otros para su grandeza difieran notablemente. Pero coincidían en que le convenía el calificativo de grande, opuesto conceptualmente al de pequeño. Y no puede ser llamado pequeño quien, como el difunto general, necesitaba que le preparasen camas especiales cuando se desplazaba fuera de su domicilio. Sus dos metros y siete centímetros le quitan toda la razón a sus mezquinos detractores que osan discutirle su grandeza.

No obstante, ya se sabe, la perfección no es de este mundo. Y el mismo De Gaulle, en ocasión de su viaje oficial por diversas capitales sudamericanas en 1968, pagó el tributo que incluso los grandes hombres que han sobrepasado la barrera de los dos metros deben pagar a las miserias de la condición humana. Al

levantarse a hablar en Lima (Perú), tras el banquete oficial que le había sido ofrecido por el gobierno peruano, y en presencia de todo el cuerpo diplomático, el Genera-Presidente francés se embarcó en un torrente de oratoria, poniendo por las nubes al Perú, a sus realizaciones y a su cultura. Terminó, cual es clásico en estos casos, alzando su copa y anunciando un brindis por sus anfitriones, el Presidente peruano y su esposa, que materializó con un estentóreo y sorprendente Vive l'Espagne!.

Este monumental gaffe debió impresionar de tal modo al protocolario y detallista político galo, que su subconsciente, sin duda, le martilleó la mente con la idea Debías decir Vive le Pérou; debías decir Vive le Pérou. De manera que, unos días más tarde, al repetirse la escena en Caracas, capital de Venezuela, tras hacer el obligado ditirambo de ese país, coronó su brindis ante el presidente venezolano con la frase Vive le Pérou!.

Algo parecido le sucedió al Presidente Carter cuando acudió a recibir al egipcio Sadat que se había trasladado a América para asistir a las conferencias de Camp David. En la recepción protocolaria dada en el aeropuerto de Nueva York, el presidente americano terminó su alocución soltándole a un asombrado Sadat ¡Viva Israel!. No cabe duda alguna el subconsciente le jugó una mala pasada al pobre Jimmy Carter.

Pero no todo son lapsus linguae en los errores verbales de los grandes hombres. A veces su natural talento les deja en la estacada, cuando más lo necesitan, por, alguna razón desconocida, inmersa en el océano de las imperfecciones humanas. Edmé Marie Patrice Maurice de Mac Mahon, Mariscal de Francia, acababa de ser nombrado presidente de la III República Francesa, en substitución de Thiers. Se consideraba que los políticos habían fracasado ante los prusianos, y se llamaba a un militar. Mac Mahon, antes de ser nombrado Presidente de la República, había sido Ministro de la Guerra. En una ocasión, en la Cámara de Diputados, Tailhandier, un diputado bonapartista, le dijo, con la mejor de sus sonrisas Tras reconocer la gran calidad humana y militar de Su Señoría, espero que no se molestará Su Señoría si proclamo ante esta Cámara que el nivel mental de Su Señoría está netamente por debajo de lo que consideraría un promedio normal, entre sus alumnos, un profesor rural de segunda enseñanza. Los amigos del aguerrido militar se enfadaron. Los amigos de Tailhandier aplaudieron y los demás se rieron o siguieron durmiendo si no se habían despertado con el tumulto. Todo lógico y dentro de los usos de todas las instituciones parlamentarias que el mundo ha visto hasta la fecha. Pues bien, el General Presidente Mac Mahon debía asistir a una inauguración de un nuevo puente sobre el Sena, en París. Era su primera aparición en público. Las masas, ya se sabe, aman las frases. Los notables se agolpaban junto a Mac Mahon y su séquito para oír su primera frase como Presidente de la República Mac Mahon, algo sordo, se dirige a uno de sus adláteres ¿Qué pasa ¿Qué quiere la gente...Mi general, una frase. Diga usted

algo, le contestan. ¿Algo ¿Cómo algo, inquiera de nuevo el fastidiado militar. Una frase. Una frase aguda, mi general. Entonces Mac Mahon se yergue, espléndido en su rutilante uniforme y pronuncia una frase grande, pero lacónica Qué d'eau! (¡Cuánta agua!).

Pero la más desdichada intervención de un hombre político en un acto público la protagonizó, a nuestro entender, el primer ministro británico, el laborista James Callaghan, con ocasión de la recepción dada con motivo de la apertura de las nuevas oficinas de la Sociedad Anglo-Americana, en Queen Anne's Gate, Londres, en 1978.

Callaghan debía proceder al descubrimiento de una placa conmemorativa, tras los discursos de rigor. ¿Porqué no me dicen Vdes. cuando debo tirar de la cinta, preguntó el Primer Ministro a los numerosos fotógrafos arremolinados a su alrededor. Voy a decirles lo que voy a hacer, añadió displicentemente, voy a contar hasta cinco y luego tiraré de la cinta. De manera que Callaghan, entre cuyas cualidades no figuraba precisamente la modestia, según reconocían sus mejores amigos, contó majestuosamente hasta cinco, y sonaron los clics de las cámaras, cuyos fogonazos iluminaron la escena, mientras de un tremendo tirón arrancó la placa de la pared y la precipitó contra la cabeza del agregado cultural de Austria (59).

DIOS Y LA HISTORIA

Que la Divina Providencia rige los destinos de los hombres es algo tan innegable que ni los más descreídos se atreven a ponerlo en duda. Los políticos, especialmente, son quienes más aluden, hoy día, al Sumo Hacedor. Cierto que no todos son tan propensos a las invocaciones al Altísimo como el ex-líder del Partido Comunista de España, Don Santiago Carrillo, pero es evidente que todos, o la inmensa mayoría, poseen una fé que tal vez no mueva montañas, pero que, pese a todo, les ayuda a combatir la ingratitud de los hombres, olvidadizos de los sacrificios de los integrantes de lo que se ha dado en llamar la clase política.

Esta predilección de los políticos por Dios no es moderna. Y no es que nos remontemos a la famosa pieza oratoria de Don Emilio Castelar, cuarto presidente de la Primera República Española, cuando ante un boquiabierto auditorio, clamó ¡Grande es Dios en el Sinaí! (frase que sólo Dios y el finado Don Emilio sabrán qué tenía que ver con el discurso de éste), sino que podemos y debemos remontarnos a la Antigüedad, en los albores de la Historia, para encontrar ya a Dios haciendo pactos con los judíos, tal como nos lo relata la Biblia (que es

Palabra de Dios, según nos aseguran los pastores de la cristiana grey). Siendo Abram de edad de noventa y nueve años, se le apareció Jehová y le dijo Yo soy el Dios Todopoderoso. Anda delante de mí y sé perfecto (60).

Y ¿qué nos cuenta este capítulo Pues que Dios ha decidido cambiarle el nombre de Abram por el de Abraham. ¿Por qué Pues porque va a hacer de él padre de muchedumbres de gentes... y reyes saldrán de tí. El libro santo no explica por qué Dios, para hacer a Abraham padre de muchedumbres de gentes, etcétera, debe intercalar una h y una a en el nombre de Abram, de manera que debemos, nosotros, abstenernos de profundizar en el tema, pues hay otras cosas más importantes. Pues Dios le dice a Abram Abraham Y estableceré un pacto entre tu y Yo y tu simiente después de tí en sus generaciones por alianza perpetua, para serte a tí Dios y a tu simiente después de tí.

¿En qué consiste ese pacto entre Dios y Abram-Abraham Pues bien, Dios, o, más exactamente Jehová, que es el nombre que se le da en el Antiguo Testamento, dará a Abraham y su simiente, es decir, sus descendientes toda la tierra de Canaán en heredad perpetua. Palabras mayores, parece. Pues no. En realidad no son nada comparadas con otras promesas que hace el Altísimo a los hebreos ¡... Y tú poseerás naciones más grandes y más fuertes que tú mismo (61). Haré que los Gentiles se sometan a Mi pueblo, y traerán a sus hijos en sus brazos y a sus hijas sobre sus hombros. Los Reyes ¡Oh Israel! serán tus padres nutricios, y las reinas serán las madres que te amamantarán; todos se postrarán ante tí con el rostro hacia el suelo y lamerán el polvo de tus piés (62). A veces Jehová transmite más promesas a Su pueblo Elegido,, a través de sus profetas ... Y la Nación y el Reino que no se sometan a tí perecerán... Y tú, Israel, chuparás la leche de los Gentiles y los pechos de los Reyes (63).

Bien, pero, a cambio de tan inmensos favores, ¿qué pide Jehová

Este será Mi pacto, que guardarais entre Mí y vosotros, y tu simiente después de tí será circuncidado todo varón de entre vosotros. Circuncidareis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será señal del pacto entre Mí y vosotros (64).

Asombroso. Si no lo dijera el Antiguo Testamento -palabra de Dios, repetimos- ¿quién lo creyera Todos aquellos dones, todos aquellos regalos, toda aquella protección perpetua para Abram - Abraham y su simiente, Jehová lo dá a cambio de unos prepucios.

Y El -Jehová- cumple a rajatabla su parte del pacto con el pueblo de Israel. Separa las aguas del Mar Rojo para que pasen los judíos, y luego las vuelve a juntar, sepultando a los egipcios que perseguían a su pueblo elegido. Destruye al ejército de los Amorreos con una granizada de piedras, fenómeno atmosférico único en la Historia del mundo. Detiene el Sol, a petición de Josué para que éste y sus tropas tengan tiempo, antes de la llegada de la noche, para disponer de tiempo necesario para matar a todos sus enemigos (65). A veces, la contribución de Jehová al Pacto con Su pueblo reviste caracteres filarmónicos, como cuando el célebre episodio de

las trompetas que derriban con sus sonos estridentes las murallas de Jericó. Otras veces, Jehová manda a sus ángeles en ayuda de su socio israelita. Esa ayuda angélica reviste las más variadas facetas. Desde la asistencia gastronómica, en el caso del ángel que da de comer al profeta Elías, hasta la bélica, en el del ángel que destruyó, él sólo, a todo el ejército de Senaquerib. Sin olvidar el caso por demás curioso, de los ángeles exterminadores mandados por Jehová a los egipcios, al infringirles la décima plaga (66).

Los ángeles, a veces, asumen el papel de mensajeros, cuando visitan a Lot y le avisan de que Jehová se propone castigar las depravaciones de los habitantes de Sodoma y Gomorra (67). En otras ocasiones ya no son los ángeles quienes intervienen por procuración, sino santos y santas. Ahí está el caso de Santa Cecilia y Santa Margarita, cuyas voces aconsejan sobre tácticas militares a la Doncella Santa Juana de Arco, en su lucha contra los ingleses. O del ínclito patrón de España, Santiago, popularmente apodado Santiago Matamoros, cuya intervención en favor de las tropas castellanas tan decisiva debía resultar en la batalla de Clavijo contra los moros.

En otras ocasiones, la voluntad del Altísimo se manifiesta a través de mortales individuales, por El también elegidos como el pueblo de Israel. Tal es el caso del Emperador Constantino, que, en el año 325 de nuestra era, convocó el primer Concilio Ecuménico de Nicea. Allí, a su demanda, se reunieron 318 obispos, que le aceptaron como Obispo Universal. Constantino, que comprendió el interés político de la religión, abandonó el culto solar de Mitras por el Cristianismo, cuando antes de la batalla vió en el cielo una cruz con la inscripción In Hoc Signo Vincas (con este signo vencerás). Pero se olvidó por completo de la humildad cristiana cuando cambió el nombre de Bizancio por el Constantinopla y en ella hizo erigir una enorme columna en su propia memoria. Hasta Nicea, la doctrina de Arrio de Alejandría, según la cual Jesucristo y Dios no eran idénticos, sino sólo similares, era la oficial. Constantino presionó al Concilio en el sentido de que proclamara que Dios Padre y Jesús era la misma esencia esta vital modificación se convirtió en dogma de la Iglesia por decreto imperial. Sobre esta base, los obispos, unánimemente, redactaron el Credo de Nicea. Pero Constantino, también por inspiración divina, debía rendir otro señalado servicio a la Iglesia. Hasta entonces, el lugar donde Jesucristo había sido enterrado permanecía ignorado.

Entonces, en el año 326, el Emperador Constantino, guiado por la mencionada inspiración, descubrió la tumba de Jesús, cuya consubstancialidad con Dios acababa de proclamarse oficialmente en Nicea. Y, en el año 330, mandó construir la Iglesia del Santo Sepulcro. Pero este magnífico descubrimiento no impidió a Constantino asesinar a algunos de sus más próximos familiares en ese mismo año su hijo Crispo, su esposa Faustina, a la que sumergió en agua hirviente, y su suegro Maximiliano. Y es que, ya se sabe, la perfección no es de este mundo.

Las referencias a Dios, por otra parte, son tan numerosas, que con ellas se podría escribir un grueso volumen. Citemos, como una de las más conocidas, el célebre consejo dado por Simón Montfort, el caudillo militar de la cruzada papal contra los albigenses, a sus tropas, en el momento de ocupar la ciudad de Béziers Tuezle touts, Dieu réconnaîtra les siens!. (Matadlos a todos, Dios ya reconocerá a los suyos). Esa frase tal vez no demuestra un estado de ánimo muy compasivo, pero sí evidencia, por lo menos, una gran dosis de fé. Otra referencia al Altísimo, aunque de otro bien distinto cariz la encontramos en el caso de los hermanos Carvajales, acusados, según parece injustamente, del asesinato de un favorito del rey, Fernando IV de Castilla, en 1310. A pesar de las protestas de inocencia de los Carvajales, el rey, sin formación de causa, los mando arrojar, dentro de una jaula de hierro, por un despeñadero que se conoce con el nombre de Peña de los Martos. Antes de ser tan bárbaramente ejecutados, emplazaron a Fernando IV, treinta días después, ante el tribunal de Dios, donde se vería quién era culpable. Por supuesto, a los treinta días justos, el 7 de septiembre de 1310, fallecía el rey, tras uno de sus atracones de carne, a los que tan aficionado era. La voz popular lo achacó a un castigo del Cielo, y por eso Fernando IV ha pasado a la Historia con el apodo de el emplazado (68).

Se argüirá que los episodios históricos mencionados pertenecen a épocas de un lejano pasado, épocas de fé. Esto sólo es verdad hasta un cierto punto. Los árabes convocaron la Djahir, o Guerra Santa, en Palestina, en 1917, contra los turcos y luego, tres años más tarde, contra los ingleses. En Siria, en 1926, contra los franceses, y de nuevo en Palestina en 1948 contra los judíos.

Menos conocido es el caso del llamado Juicio del Estado Soviético contra Dios, celebrado en Moscú en 1917, y presidido por el Comisario de Cultura Anatoli Lunacharsky. Dios fue hallado culpable por aquél tribunal revolucionario, condenado a muerte, y ejecutado de una salva dirigida al cielo. Esto será sacrílego, estúpido, manicomial y todo lo que se quiera, pero de lo que no cabe la menor duda es que patentiza una sólida fé. Sólo se ataca aquello en que se cree, o cuya existencia no ofrece margen a dudas.

La fé. Este es el problema. La fé en Dios ha movido a los hombres que son, al fin y al cabo, los que hacen la Historia. Dice Madariaga (69) que 'españoles e italianos, como seres más tallados y trabajados por las pasiones estéticas, junto a su fé, piden bulto y drama a sus blasfemias, y se mueven con entera libertad ética entre los seres divinos o celestiales, a los que obligan a hacer vida terrestre con ellos. Surgen, de este modo, relaciones familiares, más o menos sagradas, de comparación, de rivalidad hasta de clase. Por ejemplo

Bárbaros aragoneses
que habéis querido casar
al Santo Cristo de Burgos

con la Virgen del Pilar.

y también

La Virgen de la Fuenciscla
le dijo a la del Pilar
Si tú eres aragonesa
yo segoviana y con sal.

No faltando las incursiones al terreno de la milicia

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Aunque la más atinada observación en ese campo parece haberla hecho el Kaiser Guillermo II cuando afirmó que, en la guerra, Dios invariablemente, se pone del lado que posee más cañones. Y esperamos que, no se considerará chauvinismo si lo corroboramos, cerrando este epígrafe, con la conocida y antigua copla española

Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.

LOS PROFETAS

Dios se ha comunicado a menudo, con los hombres, generalmente a través de Su Pueblo Elegido, mediante los servicios de los profetas. Ya hemos aludido a ellos. Pero ahora queremos referirnos a los que, sin así llamarse, se han distinguido por sus vaticinios en el curso de la Historia.

Ya es sabido el papel desempeñado por sibilas, pitonisas y hechiceros en el curso de la historia antigua, y no tan antigua. La Pitonisa de Delfos -y la Sibila de Cumas no fueron más que modestas predecesoras de más modernos predicadores, y, probablemente, con mayores éxitos. Al fin y al cabo, aquellas pioneras basaban un porcentaje muy elevado de sus técnicas en la ubicación de las comas, traducidas en el lenguaje hablado por pausas. Así, por ejemplo, la muy conocida frase délfica Vencerás no morirás, cuyo significado varía fundamentalmente si la coma se coloca antes del adverbio o después. La prudencia, la astucia, la intuición, un cierto conocimiento de las cosas, un mucho

de psicología, el saber que los hombres creen, generalmente, lo que gustan creer, eran sus armas, o, si se prefiere, sus herramientas de trabajo. Pero sus continuadores, los profetas laicos de la Política, fiándose de su saber tan sólo y, además, dejándose llevar por sus querencias, no han podido emular a sus predecesores y predecesoras de la Antigüedad. Y no sólo no los han podido emular, sino que muy a menudo, se han cubierto de ridículo con vaticinios que luego la realidad se ha encargado cumplidamente de desmentir. Vamos a citar, rápidamente, unos cuantos ejemplos que ilustran con claridad este aserto. Los entresacamos, saltando en el tiempo y el espacio, para que quede bien patente que siempre, y en todas partes, los modernos profetas, han sido igual. Igual de qué, no lo decimos. Preferirnos reservar la adjudicación de calificativos al lector.

Para empezar, ahí va el texto de una entrevista concedida por el entonces Secretario General del Partido Comunista de España, Don Santiago Carrillo, a la periodista italiana Oriana Fallaci

¿Qué posibilidades tiene Juan Carlos Todo lo más ser rey por algunos meses. Si hubiese roto a tiempo con Franco, habría podido encontrar una base de apoyo. Ahora no tiene nada y le desprecian todos. Yo preferiría que hiciese las maletas y se fuese con su padre diciendo Devuelvo la monarquía al pueblo. Si no lo hace, terminará muy mal, muy mal. Incluso le pueden matar (70).

Como todos sabemos, Juan Carlos I no rompió con Franco, no se fué con su padre, no lo mataron, y es rey de España. En cambio, el profeta Santiago Carrillo ya no es Secretario General del Partido Comunista de España.

Otro ejemplo. El periodista alemán Leo Lania veía así a Hitler en ocasión del proceso por el putsch de Munich. En su vestimenta, en su oratoria, sus gustos, toda su apariencia ofrece una impresión de subalterno. El cuello es un poco demasiado alto, la chaqueta negra de talle demasiado ajustado, la solapa subida hasta la nuca, su posición un tanto rígida y, cuando habla, deja arrastrar la r, lo que por su acento suralemán llama la atención doblemente. ¿Es así un dictador Involuntariamente se piensa tener delante a un enérgico viajante, a un charlatán ofreciendo su mercancía (71). Es decir, para Leo Lania, Hitler era un pobre hombre y, además, duda de que sea un dictador. Este pobre hombre será abrumadoramente votado por la gran mayoría del pueblo alemán, y será calificado de dictador por toda la Humanidad...

Muchas profecías se hicieron con respecto a Hitler. Uno de los más tenaces profetas fue León Blum, el riquísimo buda del Socialismo francés. Así, este profeta, sucesor dignísimo de sus antepasados Isaías, Ezequiel y Daniel, afirmaba, en 1932 Suceda lo que suceda, el camino hacia el poder se ha cerrado ante Hitler (72). Y algo más tarde Hitler ya está excluido del poder; incluso está excluido, puedo afirmarlo, de la esperanza del poder (73). Dos meses más tarde, Hitler ganaba las elecciones y llegaba al poder. Pero esto no arredra a Blum A Hitler le echarán a la calle los generales alemanes antes de tres meses (74). A

Hitler, como sabemos, no le echaron a la calle los generales alemanes, precisamente; si acaso, acabaron con su poder los generales aliados, y no al cabo de tres meses, sino de doce años.

Blum no limitó sus facultades proféticas a la persona de Hitler. Cuando los socialistas llegaron al poder a través del llamado Frente Popular, en Francia, declaró Somos, resueltamente hostiles a la devaluación (75) y, unas semanas más tarde La devaluación es una solución desesperada e inmoral que sólo aprovecha a los especuladores y deudores deshonestos (76). Pues bien, al cabo de tres meses, el gobierno de Blum anunciaba una primera devaluación, a la que seguiría una segunda medio año después.

Otro profeta fue Paul Reynaud, a la vez Ministro de Asuntos Exteriores y Presidente del Consejo de Ministros de Francia cuando se produjo la derrota de ésta, en mayo de 1940. Reynaud afirmó, ante la Cámara Venceremos porque somos los más fuertes. Cuarenta días más tarde, Francia pedía el Armisticio, pero antes el impagable Reynaud ofrecía a la humanidad una perla literaria, también parida en plena Cámara de Diputados francesa Nuestros soldados irán a tender su ropa interior en la Línea Sigfrido.

Eduard Daladier, Presidente de la República, que afirmó que la ruta del hierro ha sido cortada, anunciando así que Noruega había sido ocupada por los anglo-franceses, cuando dos horas después se anunciaba que había sucedido todo lo contrario, sólo puede ser considerado un profeta menor. Más meritorio nos parece, como profeta, Jeroboam Rothschild, cuyo nombre de tijeritas (77) ya parece predestinado a ese oficio de vaticinador, aunque para los simples mortales apareciera como Georges Mandel, que era Ministro del Interior del gobierno francés que declaró la guerra a Alemania en 1939. Este Mandel, tras aconsejar al Primer Ministro checoslovaco Benes declare la guerra a Alemania y los cañones de Francia, Inglaterra y Rusia se dispararán solos contra las hordas hitlerianas, profetizó, magnífico Alemania será vencida en seis meses sin la ayuda de Mussolini, y en tres meses con la ayuda de éste... Aplastaremos al Nazismo. Como sabemos, Alemania no fue vencida ni en tres ni en seis meses, sino en seis años, y no precisamente por franceses y checoslovacos, sino por americanos y rusos.

No todos los profetas modernos son judíos. También los hay, y muy buenos, Gentiles. Ahí tenemos a Rydz-Smigly, el generalísimo del Ejército y Vice-Presidente del Gobierno Polaco que, cinco días antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, vaticinaba que la caballería polaca entrará en Berlín antes de tres semanas, suponiendo que los generales no hayan, ya, echado a Hitler del poder. Rydz-Smigly se refería a los generales alemanes, contrarios a Hitler, ni la caballería polaca entró en otro sitio que en sus corrales al fin de las breves hostilidades.

Churchill fue, tal vez, el más grande de los modernos profetas Gentiles. En el

discurso de toma de posesión de su cargo del Primer Ministro declaró que su misión primordial era salvar al Imperio Británico. En el curso de la guerra afirmó, varias veces, que salvaría al Imperio. Pero cuando la guerra terminó, el Imperio se perdió, hogaño es un recuerdo del Pasado, Inglaterra un satélite norteamericano, y Churchill, el Campeón de la Democracia, fue echado, democráticamente, por el culto pueblo británico, antes de presidir a la realización (negativa) de sus profecías.

En España hemos tenido pocos profetas. El General Franco dijo, en 1952 que Gibraltar es una fruta madura que pronto caerá en nuestras manos. Sin comentarios.

Y Don Adolfo Suarez, que fue, con el propio Franco, nada menos que Ministro Secretario General del Movimiento, es decir, el primer falangista del país, se permitiría también, sus pinitos proféticos, cuando afirmó que habría gobierno de Unión de Centro Democrático por ciento siete años. Luego, dicho gobierno, claro que sin el profeta Suárez, duraría algo menos que los susodichos ciento siete años. Duraría, aproximadamente, un año.

Pero un año no es nada comparado con la eternidad. Y así, el general Galtieri se permitió vaticinar, hace unos meses que haga lo que haga Inglaterra, las Malvinas serán argentinas por toda la Eternidad. Esa eternidad ya sabemos cuanto duró sanas seis semanas. Decididamente, no somos nadie.

Por último una profecía insólita. En este gremio ha habido de todo, como en las demás profesiones humanas. En el Antiguo Testamento hay profetas mayores. y profetas menores. Entre los profetas no homologados en el Buen Libro encontramos vaticinadores geniales, modestos y pintorescos. Herméticos, como Nostradamus, o diáfanos, como Suárez (que el Señor Duque de Idem. acertara o no es harina de otro costal). Ha habido incluso profetas del Pasado, es decir, quienes han vaticinado algo que ya se ha producido, como Víctor Hugo, previendo la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870, tres semanas después de haberse producido ésta, aunque luego él conocido escritor afirmará que su artículo había sido escrito varios meses antes. Es posible.

Pero nuestra España debía producir un profeta único. O, al menos, un espécimen único de profeta. El vaticinador del Pasado que se equivoca. Acaba de ocurrir. El día 4 de diciembre de 1982, el gobierno español decidía una devaluación de la peseta del orden del ocho por ciento. El día 8, el semanario Interviu publicaba un reportaje sobre una entrevista con el Ministro de Economía, Miguel Boyer, quien afirmaba Si trabajamos con rigor, sin prometer lo que no se puede hacer, al final de la legislatura el balance que los socialistas presentemos puede ser positivo. Excelente. Muy prudente. Pues si los socialistas están convencidos de la bondad de sus planteamientos, si trabajan con rigor etc., etc. el señor Boyer debiera suprimir el puede. Bien. Pero el señor Boyer, Ministro de Economía, dice más. Dice No hay razones para devaluar la peseta, crearía más complicaciones que ventajas. Esto se publica cuatro días después de haberse, efectivamente,

devaluado la peseta. Por supuesto que el señor Boyer, el día 8 de diciembre, ya tuvo tiempo de enterarse de que la peseta había sido devaluado el día 4 del mismo mes, lo que hace suponer que sus declaraciones fueron anteriores a la devaluación. Ahora bien; cavilamos Si un ministro que acaba de tomar posesión, el día 30 de noviembre, afirma que no va a haber devaluación, y lo declara a una publicación semanal, es decir, que sabe perfectamente que sus declaraciones aparecerán como mínimo al cabo de una semana, y teniendo en cuenta que es nada menos que el titular del ramo, es decir, el Ministro de Economía, y, como máximo, cuatro días después se produce la devaluación, el interrogante que se plantea es ¿quién gobierna

LA LITERATURA EN LA HISTORIA

El Diccionario de la Real Academia Española define la Literatura como el Arte Bello que emplea como instrumento la palabra. Comprende no solamente las producciones poéticas sino también todas aquellas obras en que caben elementos estéticos, como las oratorias, históricas y didácticas. La Literatura no podía faltar en la Historia y, por vía de consecuencia, en las tragicomedias de la misma.

El peor orador de toda la historia parlamentaria inglesa fue, según el historiador británico Jennings, Lord Castlereagh, que llegó a Primer Ministro a principios del siglo XIX. Alcanzó cimas de exaltada nulidad oratoria que muy pocos podían aspirar a emular. Su principal cualidad, ha dicho Jennings, consistía en que podía hablar claramente durante una hora sin que nadie entendiera nada (78). Era un orador tan increíblemente malo que sus colegas parlamentarios pasaban el tiempo coleccionando lo peor de su retórica. De este modo, la posteridad ha podido saborear la brillante magnificencia de frases tales como

Hombres que se vuelven de espaldas a sí mismos.

El principio constitucional está cosido en los intestinos del principio monárquico.

Opino que si el embajador de Francia nos dice algo, que no nos lo dirá, no debemos decirle nada, pero si algo le decimos, debemos hacerlo de manera que no le digamos nada, sin que él se dé cuenta.

Si Lord Castlereagh fue el peor orador, sin discusión posible, en cambio el peor autor de discursos parece haber sido Warren Gamaliel Harding, que fue Presidente de los Estados Unidos en los años veinte de este siglo.

Contrariamente a la tónica general, según la cual los discursos presidenciales son escritos por profesionales anónimos de acuerdo con indicaciones de los consejeros y, eventualmente, del propio presidente, Harding insistió siempre en redactar sus discursos, aunque sólo lo logró al principio de su mandato, debiendo luego resignarse a que se los hicieran. Refiriéndose al estilo presidencial, el

escritor norteamericano H.L. Mencken dijo Escribe el peor inglés con que me he encontrado en mí vida. Es tan malo que una especie de grandeza emana del mismo. Cuando Harding murió, otro escritor de su país, E. E. Cummings, afirmó que el difunto presidente era el único hombre, mujer o niño capaz de escribir una simple frase de cinco palabras con siete errores gramaticales. He aquí un ejemplo reconfortante del estilo de Warren Harding Me gustaría que el gobierno hacer todo lo que se puede para mitigar, entonces al comprender, en la mutualidad de intereses, en lo que se refiere al bien común, nuestros problemas estarían solucionados. (79).

Al Presidente Vitalicio Doctor Ngwazi Kamuzu Hastings Banda (que este es el título completo del presidente del estado africano de Malawi) le dirigió un discurso laudatorio su flamante Primer Ministro Chisiza en términos tan inauditos que creemos merece figurar en estas páginas

Señor Presidente de la Cámara, Señor... Hijos e Hijas de Malawi... El Ngwazi me ha dado permiso para dirigirme a él, y, a través de él, a vosotros. ¿Estáis conmigo Vamos, pues. Aleluya. Amen. Lo habéis hecho. Lo habéis conseguido. Es real. Es verdad. La Federación de Nyassaland ha muerto. ¡Kwacha! ¡Kwacha! ¡¡¡Kwachaaaa!!! Marchemos hacia adelante, precedidos por una larga tradición de hechos heroicos, hermanados por un patriotismo sin tacha y terrícola, dirigidos por el dinámico Ngwazi Kamuzu Banda, el León de Malawi, Padre y Fundador de la nación de los Pueblos Malawi, Arquitecto y Constructor del Estado... el Doctor Kamuzu Banda. ¡¡¡ Kwachaaaa!!! Inspirado por las hazañas y los sacrificios de nuestros héroes, decididos a luchar por la libertad de la Madre Patria, nos dedicamos todos al Ngwazi y a que nuestros esfuerzos sirvan para que Malawi, la patria, resurja, a pesar de las heridas infringidas por el Monstruo Cocodrilo, la Federación de Nyassaland, alias Imperialismo, alias Colonialismo. ¡Oh, vosotros, dioses de Africa! ¡Escuchadme! Traigo un mensaje del Ngawazi Kamuzu Banda. ¡Óidme! 1963 se va a los anales de la Historia con el alma, el espíritu y los huesos del Monstruo Cocodrilo, la Federación de Nyassaland y sus arquitectos. ¡Oh , vosotros, dioses de Africa, esta vez traigo un mensaje de la Madre Africa para vosotros, y este es que las almas de esos diablos, el Mónstruo Cocodrilo y sus arquitectos, que se vayan al infierno. Ngwazi Kamuzu Banda, susúrreme al oído, Señor, hágame ese favor, se lo ruego. ¿Ha dicho usted que la independendia está a la vuelta de la esquina ¿,Cómo ¿Que ya la tenemos ¿QUE YA LA TENEMOS !!!! KWACHA!!!! Sí, Señor, Gracias, Señor. ¿Puedo transmitir ese mensaje a los dioses de Africa Muy bien, Señor. ¡Oh, vosotros, dioses de Africa, traigo un mensaje para vosotros del Ngwazi Kamuzu Banda. Dice que ya tenemos la independendia. ¿Cómo ¿Que ya lo sabíais Señor, los dioses de Africa me dicen que ellos ya sabían que teníamos la independendia, y que os mandarán las almas de todos vuestros hijos e hijas que murieron en el servicio de la Patria Malawi (80).

Creemos que todo comentario sería supérfluo. Mencionaremos, simplemente que el inspirado orador, Chisiza, tuvo que huir de su Patria Malawi porque el Ngwazi Kamuzu etcétera pretendía mandarle anticipadamente a hacer compañía a los

dioses de Africa, por haber conspirado contra él.

Se ha dicho que el plagio es el mejor homenaje que el plagiario podía ofrecer al plagiado. Es la confesión fáctica de que se es incapaz de superarle. Winston Churchill, que llegó al alcanzar el Premio Nobel de Literatura cuando ya este galardón se había devaluado totalmente, por sus abigarradas Memorias llenas de detalles nimios y faltas de lo esencial que, obviamente, no se puede revelar al público, es un ejemplar nada común de plagiario inveterado. Más de la mitad de las frases célebres de Churchill son plagios flagrantes. Por ejemplo, su conocida tirade de mucha sangre, sudor y lágrimas está entresacada del Canto IV de La Edad de Bronce, de Lord Byron. Nunca tantos debieron a tan pocos, que Churchill tomó prestada a Baudelaire. Y la expresión Telón de Acero, que se le atribuyó al gordo Premier inglés, cuando su autor fue el Doctor Goebbels (Discurso del 30 de marzo de 1945).

La viruela plagiario es común entre los políticos profesionales. Los pobres, deben hablar tanto, que agotan pronto su repertorio de frases ingeniosas. Así, no les queda más remedio que robarse ideas los unos a los otros. En España, José Antonio se aficionó tanto a la lectura del poeta fascista francés Robert Brasillach, que se adueñó de dos expresiones muy conocidas de éste. Amamos a Francia porque no nos gusta y Nos duele Francia. Claro que, se argüirá, el plagio no es tal, pues lo que José Antonio dijo fué Amamos a España porque no nos gusta y Nos duele España.

La Literatura, o, si se prefiere, el arte de escribir, ha intervenido forzosamente en la Historia. No podía ser de otra manera, dado que las situaciones de hecho deben ser patentizadas mediante documentos escritos. Que tales documentos merezcan, luego, o no, el calificativo de literarios es materia opinable. Puramente subjetiva. Para unos, los documentos han sido sagrados, para otros, papel mojado. Pero para otros, insólitamente, ha sido alimento.

Conocida es la popular frase le hicieron comerse sus propias palabras. Esto puede aplicarse al historiador y político alemán Philip Andreas Oldenburg quien, a mediados del siglo XVII escribió un panfleto que molestó a las autoridades. Fue detenido y sentenciado a comerse sus propios escritos. Para empeorar las cosas fue también apaleado durante la comida, de manera que los palos no cesaron hasta que se hubo tragado el último pedazo de papel (81).

Fue también en Alemania donde el escritor Isaac Volmar escribió varios libros en los que satirizó la vida y actividades de Bernardo, Duque de Sajonia-Meiningen. El duque invitó a Volmar a cenar. Una vez sentado en la mesa, Volmar fue obligado a tragarse, cruda, su producción literaria (82).

En 1370, el Soberano Pontífice mandó a dos de sus delegados al Conde Bemabó Visconti, para que le entregaran un pergamino enrollado, lacrado y atado con una cinta de seda, informándole de que había sido excomulgado. Bemabó Visconti, famoso por las tremendas cóleras que agarraba, echó personalmente a los dos

delegados papales, a puntapiés en la parte del cuerpo tradicionalmente asignada a esa función, y los mandó encerrar en una mazmorra, y sólo les soltó cuando los subdelegados de Dios se hubieron comido en su presencia, el pergamino de excomunión, lacre incluido, y la cinta de seda.

A quien también se afirma que le hicieron comerse, si no la totalidad, sí al menos una parte substancial de su producción literaria, fue al autor judeo-alemán Ernst Toller, que acusó a sus carceleros nazis de haberle obligado a tragarse su obra Yo fui un alemán, en la que criticaba acerbamente a su patria de nacimiento.

Pero no siempre la deglución literaria ha sido impuesta a sus consumidores. Ha habido quien la ha practicado a efectos terapéuticos. El Emperador Menelik II de Etiopía, en 1913, tuvo un ataque cardíaco. Mientras se reponía del mismo, Menelik, hombre de fé acendrada, mandó que le trajeran una edición egipcia de la Biblia, que poseía en Palacio, arrancó de la misma todo el Libro de los Reyes, se comió cada página del mismo... y se murió. Con lo que quedó demostrado que todas las exageraciones son malas. Demasiada cantidad del Buen Libro fue demasiado para el Emperador etíope.

LA SANTIDAD DE LOS TRATADOS

Existe una creencia general sobre la santidad de los tratados internacionales. Son intangibles. Emanación de la Justicia Inmanente. Deben cumplirse a rajatabla. Más que un Fiat justicia et pereat mundus, debiera decirse que se cumplan los tratados aunque reviente el mundo. Sin embargo, esto no es así. Los hechos -que son tozudos- no son así. Los tratados, en Derecho Internacional, por mucho que se revuelvan en su tumba el Padre Suarez y el Padre Vitoria, sólo se cumplen cuando así conviene a los militarmente fuertes, y dejan de cumplirse cuando la situación bélica se ha alterado en sentido contrario. Pretender otra cosa es puro cinismo, o apabullante ignorancia. Que debiera o no debiera ser es otra cosa. Es así.

No obstante, cada vez vuelve a insistirse más sobre la intangibilidad de los tratados, posiblemente porque los poderes fácticos que gobiernan el mundo sin otros frenos que sus propias contradicciones y las tragicomedias provocadas por la densa estupidez humana, estén interesados en mantener el status quo, plasmado en unos papeles firmados por dos partes, de las cuales una está encima y la otra, lógicamente, debajo.

De todos los Tratados de que nos habla la Historia, el más famoso sin ningún

género de dudas, el que más ríos de tinta ha hecho correr en escritos en su favor y en su contra -más de lo segundo que de los primero- es el Tratado de Versalles. Ese Tratado -al que los alemanes siempre calificaron de Diktat (Dictado)- debía alumbrar la Justicia Perpetua en la tierra; debía marcar el fin de todas las injusticias e inaugurar el reino de la paz eterna, bajo la égida de la Democracia. Así se proclamaba, no sabemos si cándida o cínicamente en su Preámbulo, en el que explícitamente se afirmaba que los célebres 14 puntos de paz del Presidente norteamericano Woodrow Wilson, servirían de base para la redacción del susodicho Tratado. Dichos puntos aseguraban que la guerra no se terminaría con un acto de venganza; ninguna nación, ningún pueblo, deben ser robados ni castigados. No se llevarán a cabo anexiones territoriales, ni se exigirán indemnizaciones ni contribuciones. Pues bien, el Tratado de Versalles fue firmado mientras una de las partes -la parte vencida, naturalmente- sufría un bloqueo por hambre, impuesto por la flota inglesa y americana. El bloqueo sólo se levantó cuando los vencidos pusieron su firma al pié del Tratado. Por otra parte, aunque la guerra no debía terminar con ningún acto de venganza, se obligó al vencido a reconocer su exclusiva culpabilidad en el desencadenamiento de la guerra. Pese a que ningún pueblo debía ser robado ni castigado, Alemania debió ceder a Francia Alsacia y Lorena; a Bélgica, Eupen, Moresnet, Malmedy y St. Vith; a Lituania. Memel; a Dinamarca, Schleswig del Norte; a Polonia, Sudaneu, Posen, la Alta Silesia, Soldau, Pomerelia y la zona de Dantzig; a Checoslovaquia, el territorio de los Sudetes; el Saar fue colocado durante quince años bajo administración francesa, e incluso la Renania a parte de ser desmilitarizada, fue dos veces unilateralmente ocupada por tropas francesas, en tiempos de paz. Los Imperios Austro-Húngaro y Otomano fueron descuartizados. Todo eso a pesar de que no se llevarán a cabo anexiones.

Se dijo que ningún territorio será separado de otro si no es con la expresa aquiescencia y voluntad de sus habitantes, pero a Alemania se le arrebató todo su imperio colonial, no para darles la independencia a los pueblos colonizados, sino para ser repartidos entre Inglaterra, Francia, Bélgica, los Estados Unidos y el Japón.

La paz sin contribuciones ni indemnizaciones consistió en hacerle pagar a Alemania la astronómico cifra de 137.600 millones de marcos oro. Para dar una idea de lo que tal cantidad representaba, basta decir que equivalía, entonces, al cuádruplo de las reservas de oro mundiales. Esa cantidad era treinta y cuatro veces superior a la indemnización que Bismark exigió a Francia en la guerra de 1870, y eso que el Canciller de Hierro nunca pretendió hacer una Guerra por la Democracia y el Derecho ni en el tratado de paz que siguió a su victoria habló de paz sin contribuciones ni indemnizaciones. Además, fueron incautados haberes particulares alemanes en el extranjero por valor de 11.000 millones de marcos-oro, más las flotas mercante y de guerra del Reich y de Austria-Hungría.

Otro de los puntos de Wilson se refería al desarme general. No obstante, en la

práctica los vencidos fueron desarmados, pero los vencedores continuaron armándose y y gurreando alegremente allí donde les convino. Finalmente, los cruzados del Derecho , que decían luchar por la libertad, impusieron el control de las vías fluviales internas de Alemania.

Pero cuando Hitler, empezó a trabajar en pro de la revisión de diversas cláusulas del Tratado de Versalles, fue acusado de poner en peligro la paz. En cierto modo, era verdad. Un señor que lucha por recuperar lo que se le ha arrebatado, puede poner en peligro la paz general. Sólo si se conforma con el expolio continuará habiendo paz, a menos que los virtuosos defensores del Derecho no decidan imponer otro Tratado a un tercero, para despojarle, invocando a continuación, para legalizar el despojo, la santidad de los tratados.

Los vencidos se ampararon repetidamente en el Artículo 19 del Tratado de Versalles, que reconocía que se puede proceder, aun nuevo examen de los acuerdos que, con el tiempo, se hayan convertido en inaplicables, así como en aquellas situaciones internacionales cuyo mantenimiento podría poner en peligro la paz del mundo. Ese artículo consagraba el viejo aforismo jurídico *Pacta sunt servanda...* sic rebus stantibus los pactos deben cumplirse mientras las circunstancias permanezcan estables.

No obstante, y ya que los vencedores asían tan desafortunadamente por las hojas el rábano de la estricta legalidad, los vencidos podían haber dicho -si alguien les hubiera escuchado, por supuesto- que, precisamente, el Tratado de Versalles era nulo por vicio de forma. En efecto, dieciséis años después de que se firmara el Armisticio, el hombre que lo mecanografió admitió que una gran parte del texto del mismo era ilegible por su culpa, pero que ninguna de las personalidades que lo firmó se dio cuenta. El mecanógrafo en cuestión era un tal Henri Deledicq, un funcionario adjunto al Cuartel General francés. El 7 de Noviembre de 1918 fue enviado al vagón de ferrocarril de Rhétondes en que debía firmarse el Armisticio. Mientras dictaba el General Foch, Monsieur Deledicq tomaba sus notas taquigráficamente. A continuación, para hacer cinco copias, colocó cuatro trozos de papel carbón, poniéndolos al revés, error que repitió en varias otras páginas, de manera que no sólo muchos pasajes eran completamente ilegibles, sino que varias páginas quedaron en blanco. Dejó las páginas en blanco a parte, y continuó escribiendo, poniendo el papel carbón al revés muchas otras veces. Estaba demasiado cansado para darme cuenta, dijo Deledicq. Cinco minutos después, el Armisticio era firmado por los estadistas, al pié de la última página, sin que ninguno se diera cuenta de que estaban firmando un ilegible galimatías.

Luego, el texto facilitado a la prensa se sacó de las notas taquigráficas de Deledicq, que se dio cuenta de su error unos días después al poner en orden sus papeles. Al cabo de un año se lo dijo al Mariscal Foch, que aún no se había dado cuenta. Deledicq no pudo ser sancionado por haberse dado de baja de los servicios del Ejército y regentar, entonces, una taberna. Por cierto que vivió más que todos los firmantes del Armisticio, que debía servir, más tarde, como Preludio del Tratado de Versalles (83).

Ese infausto Tratado, calificado por una comisión de juristas internacionales como el peor libro del año 1919, que obligaba a Alemania a entregar territorios metropolitanos y todas sus colonias, a pagar reparaciones militares y a entregar su flota, la obligaba, además, a entregar... UNA CALAVERA. En la Parte VIII, Sección 2 del Artículo 246, aparecía la cláusula más extraña que se ha visto nunca en un tratado internacional. Alemania entregará al Gobierno de Su Majestad Británica la calavera del Sultán Mkwawa que fue llevada desde el Protectorado del Africa Oriental Alemana hasta Alemania.

El Sultán Mkwawa había sido el jefe de la tribu Wahhehe en Tanganyka, entonces colonia alemana. El Sultán capitaneó una revuelta, que los alemanes aplastaron. El Sultán murió en la batalla, y su cráneo mandado, al parecer, a Alemania, como souvenir. Pero, la tribu de los Wahhehe, que tenía una gran fé en los poderes mágicos de la calavera de Mkwawa, quería que se la devolvieran. De manera que amenazaron a los ingleses -que habían ocupado militarmente su territorio en el transcurso de la contienda- con una revuelta si no les devolvían aquél cráneo. De manera que los ingleses incluyeron esa demanda en el Tratado de Versalles. Los alemanes arguyeron que no tenían esa calavera, la cual, en todo caso, nunca apareció (84).

En la santidad de los tratados no creen más que los que están interesados en creer en ellos. Y en su eternidad no cree nadie, aunque algunos lo finjan. Si los tratados internacionales fueran de vigencia eterna, como pretendían, por ejemplo, los apólogos de Versalles y pretenden ahora los de la O.N.U., entonces habría que validar ciertos tratados anteriores, nunca explícitamente derogados, que producirían muy pintorescas situaciones. Así, por ejemplo, según el Tratado de Troyes, firmado en 1420, los reyes de Inglaterra tienen pleno derecho a la corona y a la soberanía de y sobre Francia; según el Tratado de Madrid, firmado por Francisco I de Francia y Carlos V de España-Alemania, Francia hubiera debido ceder la Borgoña a España. Según el propio Tratado de Versalles, los Aliados hubieran debido proceder al desarme, tal como hizo Alemania. Según el Decreto de Nueva Planta, nunca explícitamente derogado, los catalanes deben tener los cuchillos de uso doméstico sujetos a las patas de la mesa del comedor. Ridiculeces como esa se encuentran en los famosos tratados a docenas.

Como ejemplo más reciente, contemporáneo, tenemos el caso del articulado y las decisiones de la O.N.U., con rango de tratado internacional, que obliga a todos los miembros de ese club radicado en la isla de Manhattan. Por el mismo se pontificio que no se realizarán anexiones territoriales que no hayan sido democráticamente refrendadas por los pueblos implicados. Pero el Estado de Israel, inventado por la propia O.N.U. en 1948, con una extensión de 10.000 kilómetros cuadrados, tiene en la actualidad cien mil, y dicho estado continúa como miembro de la O.N.U. y no pasa nada. Y la URSS penetra a sangre y fuego en Hungría, Checoslovaquia y el Afghanistan y tampoco pasa nada.

LAS DELICIAS DE LA DEMOCRACIA

La Democracia, ya lo sabemos, es el mejor de los sistemas políticos que se han inventado. O, por lo menos, como diría Mister Churchill, orfebre en la materia, el menos malo de todos. Suscribimos totalmente esa afirmación, pues, de no hacerlo, infringiríamos la Constitución y ello está penado por la Ley. No importa que el hundimiento de todo gran imperio, según nos explica la Historia, coincida con el glorioso advenimiento de la Democracia. Debe tratarse de fatales coincidencia, o, más probablemente, de complots desestabilizadores urdidos por la extrema derecha. Pero, no obstante...

No obstante, nadie es perfecto. Nadie ni nada. Errare humanun est. A veces, incluso la Democracia da lugar a situaciones chuscas.

En 1928, Charles King fué elegido Presidente de la República de Liberia por una mayoría de 600.000 votos. Esto ya sería digno de alabanza en cualquier elección democrática, pero como dice el escritor inglés Graham Greene (85) en Liberia habían entonces sólo 15.000 electores censados. Como sea que Greene tratara de obtener alguna aclaración sobre el milagroso fenómeno en la Embajada Liberiana en Londres, un alto funcionario expresó en términos muy poco diplomáticos una extrema sorpresa de que hubiera alguien que imaginara que las elecciones en Liberia podían ser diferentes a las celebradas en cualquier otro país.

Las elecciones que han provocado menos interés en toda la gloriosa historia de la Democracia fueron, según nuestras noticias, las celebradas en la comunidad de Machars, distrito de Aberdeen, en Escocia. Se trataba de unos comicios municipales, en 1973. El candidato George Kindness (86) resultó vencedor merced al único voto emitido. Al ser solemnemente proclamados los resultados, el nuevo Alcalde Kindness aseguró a los reporteros que él no había votado por sí mismo. Mi esposa sí quiso ir a votar, y a ella debo mi victoria. Es muy buena. Pero yo no fui. No me molesté, manifesté mientras posaba para la posteridad ante los fotógrafos. Sus rivales no exigieron un recuento de votos (87).

Inglaterra, como sabemos, es la Madre de la Democracia. Por lo menos así lo afirman los ingleses, en general, y no vamos a discutirles ese mérito insigne. En Inglaterra hay dos Cámaras legislativas la de los Comunes y la de los Lores, o Cámara Alta. La familia Coke durante cinco generaciones, ha estado representada en la segunda. Richard Coke, quinto conde de Leicester fue miembro de la Cámara durante 22 años antes de que pronunciara su único discurso, rompiendo un ilustre récord familiar de silencio. Su padre no habló en la Cámara durante sus 32 años de mandato, ni tampoco su abuelo en 67 (debutó a los treinta años y terminó casi centenario). Es decir, que ningún Coke habló durante 121 años. El tercer conde dijo una vez Muy bien, al final del discurso de un colega, pero pronto se formó la corriente de opinión que sostenía que esas dos palabras no fueron dichas por el señor conde, sino por su vecino de escaño. En todo caso, hubo que

esperar hasta 1962 para oír la voz de la familia Coke, cuando el quinto Conde anunció gravemente que iba a hablar de la pena capital, se levantó de su escaño, dió unos pasos, pero luego agitó un brazo en señal de haber cambiado de idea, volvió a su lugar y se sentó, permaneciendo silencioso. Hasta que, en Enero de 1972, el quinto conde decidió que iba, a lanzarse -tal como lo expresó luego a sus amigos privadamente- y habló durante casi tres minutos, ante una Cámara boquiabierta, para anunciar que la polución era una cosa mala y que los fertilizantes artificiales estropeaban el paisaje. El quinto conde de Leicester fué atronadoramente aplaudido por sus colegas. No quería hablar pero al final pensé que debía hacerlo; era mi deber dijo el noble Lord, cuya divisa familiar es Sólo es prudente el que es paciente (88).

Siempre hay gentes mezquinas dispuestas a enturbiar la justa gloria de los demás, y no faltó periodista que dividiera el salario cobrado del país por las cinco generaciones de Cokes, Condes de Leicester, por los tres minutos escasos de trabajos realizados, sacando conclusiones peregrinas y antidemocráticas, probablemente sin darse cuenta siquiera, de tal operación aritmética.

Precisamente la aritmética es esencial en la Democracia, que alguien ha definido como el recuento de cabezas, independientemente del contenido de las mismas. La mayoría tiene razón. La mayoría de demócratas, se entiende, es decir, de los que participan en el juego. En los Estados Unidos, por ejemplo, sólo seis de sus cuarenta presidentes fueron elegidos por la mayoría de electores. Dieciocho lo fueron por la mayoría de votantes. Y trece por menos del cincuenta por ciento de los votos emitidos. Fueron éstos John Quincy Adams, con un 30'5 por ciento de los votos; James K. Polk, 49'6 por ciento; Zachary Taylor, 47'4 por ciento- James Buchanan, 45'3 por ciento; Abraham Lincoln, 39'8 por ciento; Rutherford B. Hayes, 48 por ciento; James A. Garfield, 48'5 por ciento; Grover Cleveland, 48'5 por ciento; Benjamin Harrison, 47'9 por ciento; Grover Cleveland (segundo mandato) 46'1 por ciento; Woodrow Wilson, 41'9 por ciento; Woodrow Wilson (segundo mandato) 49'4 por ciento; Harry Truman, 49'5 por ciento; John F. Kennedy, 49'9 por ciento; Richard Nixon, 43'4 por ciento (89).

Jimmy Carter alcanzó un 50'06, lo que representó algo más de un veintinueve por ciento del total del electorado. El voto de los negros, que tradicionalmente se vuelca en el Partido Demócrata, ha ayudado a subir el promedio en los últimos veinte años. Y es curioso que Abraham Lincoln, llamado el Emancipador, logró algo más de un diecisiete por ciento de los votos del electorado. Sin los votos de los negros en los estados nordistas, se calcula que su promedio hubiera llegado apenas a un trece o un catorce por ciento, como máximo. Hubo finalmente tres presidentes que alcanzaron la máxima magistratura del Estado sin haber sido votados, al suceder automáticamente, a los Presidentes fallecidos durante su mandato. Fueron aquellos Chester Arthur, Harry Truman (primer mandato) y Gerald Ford.

Si la Democracia es la apoteosis de la Aritmética, como alguien ha pretendido,

creemos que las cifras que acabamos de dar son lo suficientemente autoexplicativas como para dispensarnos de más comentarios.

En Inglaterra la Democracia ha funcionado siempre con diversas cortapisas, encaminadas, de manera más o menos disimulada, a limitar la participación, o la importancia de la participación, del llamado hombre de la calle, o hombre-voto. No ya sólo por la intervención no por simbólica menos efectiva del poder de la realiza y de la Cámara de los Lores, nombrados parcialmente en forma digital, sino también y sobre todo por los poderes del llamado caucus o grupo de notables que, en el seno de cada uno de los tres grandes partidos, promociona a unos hombres, posterga a otros, y en definitiva coloca en el poder a quien conviene en cada momento. No es posible minimizar la importancia del caucus en Inglaterra. A principios de mayo de 1940, Sir Neville Chamberlain, que había sido democráticamente elegido por el pueblo británico, fue prácticamente depuesto por una maniobra de pasillos en la Cámara de los Comunes; en dicha maniobra, propiciada exclusivamente por miembros del su propio Partido Conservador, los partidarios de Chamberlain, que fue llevado, según su propia confesión, a rastras a la guerra y que acariciaba la idea de llegar a una paz negociada con Alemania, fueron arrollados por el clan belicista, que impuso a Winston Churchill. Y no deja de ser curioso que este hombre, tan popular en Inglaterra como Lincoln en los Estados Unidos, nunca ganó una elección cuando se presentó solo. El símbolo de la V -la Victoria de las democracias en la última guerra mundial-, fue sucesivamente derrotado en las urnas cuando se presentó como candidato liberal, independiente, conservador, otra vez liberal, laborista independiente y nuevamente conservador (ala radical). No sabemos si hubiera tenido más éxito como fascista de haberlo admitido Sir Oswald Mosley en la British Union of Fascists cuando Churchill se lo pidió en 1929 (90). En todo caso, Sir Winston Churchill nunca llegó a obtener más de un 40 por ciento de votos ni de una cuarta parte del electorado. Cuando en 1951 el Partido Conservador obtuvo la victoria, Churchill, entonces con 77 años a cuestas, se presentó flanqueado por Anthony Eden, que representaba, en tal binomio, la eficacia y aquél el símbolo. A los ochenta años se retiró de la política. Una bombástica propaganda le ha convertido en un mito, pero mito o no, sus compatriotas le rehusaron sus votos constantemente, y sólo al final, al verlo acompañado de alguien más, le votaron. Pero hay mitos tenaces y Churchill que no ganó prácticamente nunca es el símbolo de los demócratas, y Hitler, que ganó siempre, el de los dictadores. Es así.

Es una regla de oro de las democracias que, en más del ochenta por ciento de casos, vence un partido que es el único común en todas ellas. Un partido que no dispone de medios propagandísticos, ni de poderes fácticos que lo respalden, bien al contrario, un partido cuyos adherentes son generalmente denostados y puestos en la picota como malos ciudadanos. Es el partido abstencionista. Este partido ha vencido en el 85 por ciento de las elecciones generales presidenciales de los Estados Unidos. Ha vencido en todas las elecciones generales celebradas en

Francia durante la III y IV Repúblicas, y si en los inicios de la V República el Général-Presidente De Gaulle obtuvo mayoría absoluta de electores se debió a que tales comicios tuvieron un carácter plebiscitario. En Bélgica, por ejemplo, el porcentaje de abstencionistas llegó a ser tan grande que el gobierno amenazó con rehusar el pasaporte a los ciudadanos que no presentaran un certificado de haber cumplido su deber electoral.

Por cierto que en Bélgica se dió uno de los casos más chuscos de antidemocracia perpetrado por los demócratas. Se puso a votación si Leopoldo III, al que se reprochaba haber ofrecido una resistencia demasiado tibia al ocupante alemán, debía continuar o no siendo rey de los belgas. El 68 por ciento de los votantes votaron a favor de la continuidad del monarca en el trono. Los socialistas, que habían llegado al poder con un magro 52'5 por ciento de votos emitidos, consideraron que aquél 68 por ciento no era suficiente, pues sólo representaba un 43 por ciento del total del electorado, de manera que Leopoldo III, vencedor en las urnas, fue obligado a abdicar en su hijo Balduino. Los que le obligaron a abdicar no habían obtenido en las urnas más allá de una cuarta parte de los votos del electorado, es decir, casi tres veces menos que el rey. Y es que la Democracia será Aritmética, como se ha dicho, pero una Aritmética muy especial que se ha de interpretar. E interpretar bien; de acuerdo con los deseos de los demócratas.

En España, muy recientemente, las urnas han consagrado el triunfo del Partido Socialista Obrero Español. Un triunfo arrollador, se ha dicho. No lo vamos a discutir. Ha obtenido más votos que los demás. Los datos oficiales hablan de un 49 por ciento de los votos emitidos, con una participación electoral del 75 por ciento (por una vez, el partido abstencionista no ha resultado vencedor, quedando relegado a segundo lugar); es decir, que los socialistas han obtenido aproximadamente un 36 por ciento del total de los votos posibles. Y esto es una victoria arrolladora, como se producen muy pocas en Europa en los últimos decenios.

Y ya que, en este peregrinar democrático, nos hallamos en España, quisiéramos destacar un aspecto chusco que se produce en nuestro país. Según la Constitución todos los españoles somos iguales ante la Ley. El ciudadano con sentido común ya sabe que todos somos iguales, pero que hay algunos que son más iguales que otros, pues tal precepto igualitario se incumple clamorosamente con la actual legislación electoral. En efecto, en España estaban censados 26.499.933 electores, los cuales, para que les representaran () debían elegir a 350 diputados. Es decir, que corresponde un diputado por cada 75.714 electores. Nó obstante, en la práctica, las cosas no suceden así. Por ejemplo, en Barcelona expresándonos en miles y redondeando, tenemos que hacen falta, de acuerdo con la vigente ley electoral, 101 miles de votos para sacar un diputado; en Madrid 91.9; en Murcia 81.8; en Valencia 97.4; en Almería 55.3 en Avila 46.2- en Cuenca 40.6; en Teruel 40.2; en Segovia 37.3; en Guadalajara 36; y en Soria 26.3.

Moraleja un elector de Soria tiene 3.84 veces más poder democrático que un paria

de Barcelona y éste un diez por ciento menos poder que un elector de Madrid quien a su vez, tiene 3.49 veces menos poder que el privilegiado soriano y 2.26 veces menos que el conquense ¿Por qué ¿Por qué razón un almeriense ha de tener en el Congreso doble representación que un barcelonés y la mitad que un soriano Si esto no es antidemocrática discriminación cavilamos qué diablos puede ser.

Mucha se ha hablado de la famosa, y muy actual Regla D'Hont, para el reparto proporcional de los votos. Pues bien, esa Regla, impuesta en España por los grandes derrotados camaleónicos de U.C.D., aunque luego se volviera en su contra y beneficiara a los socialistas, no se impuso en lo esencial. O, al menos, en lo que se nos dice que es esencial en una democracia, es decir los votos. De haberse aplicado los votos conseguidos en las elecciones del 28 de octubre con la Regla D'Hont, a una distribución de escaños sobre la pase de un diputado cada 75.714 electores, el mapa parlamentario quedaría profundamente modificado y los socialistas no tendrían mayoría absoluta de puestos en el Congreso, como no la tuvieron en las urnas.

No quisiéramos dar la impresión de que esas anomalías aritméticas son insólitas en el Olimpo Democrático. No son insólitas. Son más que frecuentes. En las famosas elecciones de junio de 1936 que dieron, en España, el triunfo a la coalición de Izquierdas, las Derechas obtuvieron, oficialmente, un millón de votos más. La explicación radica en que la victoria dependía de los escaños obtenidos y no, directamente, del Pueblo Soberano, es decir, de la mitad más uno de los electores.

A veces no obstante, dada la infinita capacidad de los hombres para cometer errores, salen, muy democráticamente, de las urnas, unos resultados que no convienen. Unos resultados antidemocráticos, en suma. Y entonces, ¿qué sucede Pues entonces sucede que se anulan, y en paz. Ejemplos de anulación de resultados de elecciones los tenemos a montones, en la Historia de este martirizado Planeta. Ahí está el caso, ya relatado, de la forzada abdicación de Leopoldo III de Bélgica, pese a haber obtenido, en las urnas, una victoria como no la obtuvo ningún partido político en Europa en la Postguerra, si exceptuamos los dos primeros plebiscitos gaullistas (91). También son dignas de mención La invalidación de quince diputados poujadistas (92) quienes, pese a haber obtenido la victoria en las urnas en sus respectivos departamentos, en Francia, no fueron investidos de su poder de diputados por haber considerado, el Consejo Constitucional, que sus opciones políticas eran anticonstitucionales. La privación del derecho de voto a 1.300.000 64 pieds-nois (franceses blancos de Argelia), en 1962, por sospecharse, con fundados motivos, que iban a votar contra el General De Gaulle y a favor de partidos denominados de extrema derecha.

Por cierto que, por aquéllos tiempos, este autor vivía en Francia, y recuerda su sorpresa al constatar que ni el Partido Comunista, ni el Partido Socialista, ni la luminaria de la Izquierda, Monsieur Jean-Paul Sartre, ni los celosos escrutadores

de la virginidad del sistema democrático, capaces de organizar desde una huelga hasta una manifestación con pedradas contra los escaparates por que en Monomotapa o en Kamchatka no se celebraran elecciones democráticas, ninguno de esos partidos, ninguno de esos apóstoles laicos, protestó por esta flagrante violación de los derechos humanos.

Si nos remontamos un poco más en el tiempo recordaremos casos tragicómicos de elecciones invalidadas, no porque se hubieran cometido fraudes electorales, sino simplemente por que los resultados no fueron del agrado de los organizadores de los comicios. En 1919, por ejemplo, se celebraron plebiscitos en Schleswig-Holstein y en Silesia, para decidir si, según la voluntad de las poblaciones, democráticamente expresada en las urnas, dichos territorios continuaban formando parte del Reich o si preferían la unión con Dinamarca o Polonia. En ambos casos ganaron, ampliamente, los partidarios del statu quo, es decir, de continuar formando parte de Alemania. Los comicios fueron controlados por las tropas de ocupación. No hubo irregularidades ni desórdenes. No importa. Fueron anulados y ambas regiones partidas en dos, con un trocito, en cada caso, para Alemania, y otro para daneses y polacos.

Ha habido casos en que las elecciones, o los resultados de las mismas, no han sido anuladas, pero, en cambio, sí debieron haberlo sido. Nos referimos a los casos de fraude electoral. La Democracia, como todos tenemos la perentoria obligación de saber, es un sistema excelso, pero ya hemos tenido la precaución de recordar, oportunamente, que la perfección no es de este mundo. Vamos a citar a continuación unos cuantos ejemplos de imperfección mundana democrática. En las elecciones presidenciales estadounidenses de 1961, el candidato del Partido Demócrata, Kennedy, se impuso al del Partido Republicano, Richard Nixon, por una ventaja de unos 118.500 votos, es decir, un 0.3 por ciento de los votantes y algo más de un 0.1 por ciento de los electores. La víspera del día fijado para los comicios, el siempre infalible Instituto Gallup anunció una mínima victoria de Nixon. El insólito error del Gallup causó sensación. Ahora bien ¿se equivocó realmente Nixon pidió recuento de votos. El Consejo Constitucional tiene poderes para ordenar un tal recuento cuando existen fundadas dudas sobre el resultado final o cuando hay indicios de posibles fraudes electorales. Indicios, repetimos; no son imprescindibles las pruebas, por otra parte, difíciles de obtener, en tales casos.

El Comité electoral de Nixon pretendió haber aportado pruebas de flagrantes fraudes cometidos en favor de Kennedy, y posteriormente, casi medio año después, se demostró que en Chicago, la tradicional capital del hampa habían votado unos 75.000 muertos, y que muchos otros votos de cadáveres se habían producido en Florida y las dos Carolinas. En dos condados de Idaho se pudo demostrar -aunque también demasiado tarde- que los resultados, oficialmente favorables a Kennedy, habían sido intervenidos, pues el vencedor real había sido Nixon. Un fraude similar se constató en los condados de Kemper y Holmes,

Mississippi. Olvidándonos de los cadáveres votantes de Chicago, las Carolinas y Florida, el simple recuento en los cuatro condados incriminados de Mississippi e Idaho hubiera dado el triunfo a Nixon, al cambiar el signo del resultado en los dos Estados. Nixon, entonces, hubiera sido el trigésimo quinto presidente norteamericano, en vez de Kennedy, aún y cuando hubiera obtenido unas docenas de miles de votos menos que su rival. Por paradójico que parezca, esto es posible, por cuanto la presidencia se alcanza por mayoría de representantes en la Cámara (diputados) y no por mayoría de votantes. De hecho hubiera sido la cuarta vez que ello sucediera en la gran democracia americana. Las tres veces precedentes en que ocurrió tal aparente anomalía fueron en 1824, en que el 30.5 por ciento de votos emitidos le bastaron a John Quincy Adams para alcanzar la presidencia pese a los 43.1 por cien del derrotado Andrew Jackson. En 1876, en que Rutherford B. Hayes, Presidente, obtuvo un 48 por ciento contra el 51 por ciento de Samuel Tilden. En 1888, Benjamin Harrison, Presidente con un 47.9 frente a los 48.6 del vencido Grover Cleveland. En 1961, según todas las trazas, Nixon alcanzó la victoria tanto en votos como en representantes; pero según se demostró, por lo menos en representantes debió haber sido proclamado vencedor y ello bastaba. O hubiera debido bastar (93).

Otro caso de imperfección mundana lo constituyeron, también en los Estados Unidos, las elecciones municipales de Kansas City, en 1934. El dirigente del Partido Demócrata en esa ciudad, utilizó los servicios de veinte hampones para intimidar a los candidatos de los Partidos Republicano y Fusionista y a electores que se suponían adversos. Centenares de éstos fueron apaleados con bates de béisbol; cuatro personas murieron y otras once fueron hospitalizadas, incluyendo un periodista. En las elecciones en cuestión, obvio es, resultó vencedor el Partido Demócrata, que obtuvo ocho de los diez escaños en liza. Con tan amplia mayoría, el líder del Partido Demócrata en Kansas City, un tal Pendergast, que no pasará ciertamente a la Historia -y ello será injusto- pudo lograr que fuera elegido como Senador un oscuro vendedor de camisetas, llamado Harry Salomon Schippe Truman, sionista notorio, que llegaría a Presidente y se haría famoso por haber dado la orden que posibilitó que 135.000 personas fueran atomizadas en catorce segundos.

Otro caso irregular -para usar un eufemismo lo menos duro posible- y en el que también estuvo envuelto un futuro Presidente de los Estados Unidos, se produjo en las elecciones senatoriales primarias de 1948, en el Estado de Texas. Según los resultados oficiales, Lyndon B. Johnson resultó vencedor con una ventaja de 87 votos; ventaja realmente apretada si tenemos en cuenta que estaban censados más de nueve millones de electores y que cuatro millones de ellos acudieron a las urnas. No obstante, pudo demostrarse, a posteriori, que los partidarios de Johnson habían hecho trampa. Sólo seis días después de la proclamación oficial de los resultados, el colegio electoral núm. 13, en la ciudad fronteriza de Alice, mostró un resultado interesante. Exactamente 203 personas habían votado en el último minuto y, ¡oh, casualidad!, en el mismo orden en que esas personas estaban

inscritas en las listas de recaudación de impuestos. 202 de esas personas (todas, pues, menos un bromista infiltrado), votaron por Johnson. Como el candidato Republicano Stevenson protestara ante el Tribunal Supremo, el Juez Hugo Bláck dió el resultado por bueno alegando que la casualidad siempre es posible y que no habían pruebas de irregularidades favoreciendo a Johnson. Y éste llegó a Senador, y, desde ese trampolín, a la presidencia, al morir Kennedy. Hubo que esperar al 30 de julio de 1977 a que Luis Salas, un chicano que era juez electoral en Alice, admitiera que él y un conocido gangster de la política, George Parr, que se había suicidado en 1975, habían hecho trampa en favor, de Johnson mediante, una fuerte suma de dinero (94).

Y ahora, un caso en que el elemento cómico supera al trágico y al divertido. En las elecciones primarias para el Senado, en Florida, en 1950 George Smathers, del Partido Republicano, cuya fortuna era inversamente proporcional a su cultura, y tenía mucho dinero desató una campaña contra su oponente, del Partido Demócrata, Claude Pepper, exponiendo los vicios secretos de éste. Smathers descubrió a los electores que Pepper era un extravertido a quien siempre se veía acompañado de muchachos jóvenes, su hermana era una lesbiana y su hermano un homo sapiens practicante. Además, cuando Pepper fue al colegio, incluso llegó a matricularse. Y lo peor de todo era que Pepper practicó el celibato antes de casarse. Como es natural, los electores rurales quedaron horrorizados ante esta serie de vicios y Pepper fue ampliamente derrotado (95). Es reconfortante comprobar cómo la virtud vence al vicio.

Sería absurdo suponer que cosas como éstas -y muchas otras que no mencionamos, aparte de las que quedan en un piadoso camuflaje- suceden solamente en la gran democracia americana. En los varios años en que viví en Francia pude seguir de cerca las vicisitudes de diversas elecciones y referendums, y puedo atestiguar que la práctica de sacarse los trapos sucios al sol, unos candidatos a otros, es mucho más corriente que la exposición de un programa serio, realizable y coherente ante el electorado.

Y algo parecido, aunque tal vez en menor escala, puede decirse que sucede en Inglaterra y Alemania. En España la costumbre no ha llegado a la generalización de esas naciones, que tienen una mayor experiencia democrática. Tal vez otro motivo -aparte la falta de experiencia- sea el consenso a que parece haberse llegado, motivado por la innegable relación de la inmensa mayoría de, los miembros de la clase política con el aborrecido régimen anterior. Si tú te callas, yo me callo, diríase que es el pacto no escrito a que han llegado los padres de la patria en este viejo país.

Queremos cerrar este epígrafe con un par de constataciones que nos parecen antológicas. Según encuestas llevadas a cabo por el Instituto de la Opinión

Pública, en Francia, por el Gallup en los Estados Unidos y por el Daily. Express, en Inglaterra, los tres presidentes más populares de estos tres pilares de la Democracia fueron Abraham Lincoln, Charles De Gaulle y Winston Churchill. Naturalmente, cuando las encuestas fueron realizadas, los tres grandes hombres habían fallecido tiempo ya. Pues bien, Lincoln fue elegido solamente por el diecisiete por ciento de sus electores, mientras sus oponentes Stephen Douglas, John C. Breckenridge y John Bell obtenían el once, el siete y el cuatro por ciento y el sesenta y uno por ciento se abstendían. En cuanto a De Gaulle fue Presidente Provisional de la República, auto nombrándose él mismo mientras presidía la Resistencia desde la B.B.C. londinense y en cuanto hubieron elecciones libres (como las llaman), los electores le mandaron a su casa. Volvió al poder diez años después, aprovechándose de la revuelta de los militares de Argelia, el 13 de Mayo de 1958. Luego, consolidó su presidencia mediante un referéndum, sistema que los demócratas de toda la vida han aborrecido siempre como dictatorial. Con referendums prolongó su mandato (que los buenos républicains calificaron de reinado) hasta que un buen día cometió un error monumental, propiciado por su inmenso orgullo. Tanto le habían hablado de su grandeur que llegó a creer en ella ciegamente.

Un día, en pleno Consejo de Ministros, le largó a su Primer Ministro, Georges Pompidou, antiguo director general de la Banca Rothschild, la siguiente frase Aquí, yo soy las Tablas de la Ley. Pompidou le había reprochado su apoyo a los árabes contra el Estado de Israel. En el siguiente referéndum, De Gaulle (96) fue barrido por una poderosa campaña propagandística y derrotado. En todo caso, queremos insistir en el hecho de que De Gaulle nunca ganó unas elecciones. Las dos veces que llegó al poder fue detrás de los tanques; angloamericanos primero y de los generales sublevados de Argel, después. Y ya hemos mencionado más arriba que Churchill fue repetidamente rechazado por el electorado británico, que sólo le votó cuando se presentó flanqueado de otro político y cuando ya era un anciano con las facultades embotadas por el abuso del alcohol.

La segunda constatación se refiere a la Conferencia de Potsdam, celebrada tras el fin de la II Guerra Mundial en Europa. Allí habían cuatro estadistas y el representante de un quinto país. Truman, Churchill, Stalin, De Gaulle y un delegado chino, de apellido impronunciable. De hecho, festejaban la victoria sobre el dictador Hitler. La victoria de las democracias, se aseguró. Pues bien Truman no había sido votado por el pueblo americano; había alcanzado la presidencia a la muerte de Roosevelt, como Vice-Presidente que era, nombrado tal por el Senado, al que accedió, como hemos visto más arriba, merced a un fraude electoral. De Churchill ya hemos dicho que había llegado al cargo de Primer Ministro gracias a una maniobra de pasillos, pero que el pueblo británico no le había votado. Como tampoco habían sido votados ni Stalin ni De Gaulle. Ni tampoco Chiang-Kai-Chek, representado por un colega en Potsdam, y que debía su mandato a una revuelta militar que implantó la república en China. El único que debía su mandato a una victoria electoral era el ausente; el gran ausente Hitler. Este era el dictador. Los que pontificaban en Potsdam y arreglaban el mundo a su capricho, los

demócratas. Por lo menos, esto nos han asegurado a todos.

LOS CAMALEONES

Camaleón Reptil del orden de los saurios, cuyo cuerpo puede hincharse por dilatación del pulmón, hasta llegar a transparentarse y dejar ver los cambios de color que la respiración produce en la sangre. Figurado Persona que por carácter o a impulsos del favor o el interés muda con facilidad de pareceres o doctrinas (97).

Los camaleones abundan más en el género humano que entre los reptiles, aunque sean del orden de los saurios. Y, dentro del género humano, abundan tanto en la llamada clase política que las palabras camaleón y político han parecido experimentar una especie de simbiosis, hasta el punto de no poderse distinguir con excesiva claridad, por lo menos en la práctica. No obstante, el rasgo camaleónico de tantos y tantos esforzados paladines del pueblo no tiene por qué conllevar connotaciones peyorativas. El mudar de opinión no es de chaqueteros, ni de aprovechados, como pretende el vulgo, amante de las simplificaciones y poco dado a las sutilezas; puede ser signo de sabiduría, pues ya dice el adagio que rectificar es de sabios. En este sentido, la cantidad de sabios que encontramos a diario es espeluznante. Con tantos sabios como hay, por ejemplo, en los parlamentos occidentales, es increíble que el mundo atravesase la crisis que padece actualmente.

En España, por ejemplo, los políticos profesionales de este prestigioso país fueron unos auténticos camaleones desde el mismo momento en que murió Franco. Las excepciones se pueden contar con los dedos de una mano... y sobrarían dedos. Al decir que fueron unos camaleones queremos decir que fueron inteligentes. Inteligencia es palabra que procede del latín *Intelligere*, que significa comprender. Nuestros esforzados políticos comprendieron por dónde iba a soplar el viento; un inmundo facha seguramente saldría por la tangente murmurando que esa es la inteligencia del veleta. A lo que podríamos replicarle, serenamente ¿Y qué

Admirémonos, para empezar del sobrio rigor lógico de Don Adolfo Suárez que, en 1967 al llegar a Ministro Secretario General del Movimiento dijo Fundamentalmente, me considero hombre del Movimiento, ya que creo que la substancia ideológica del Movimiento está en aquella doctrina de José Antonio. que todavía tiene validez. (98) En 1976, mientras preparaba el cambio, Don Adolfo Suárez manifestó que no renegaba de nada, y que en la nueva situación política sólo se modificaría aquello que estuviera impuesto por el paso del tiempo.

Cambio sin ruptura. se llamó a esa figura. Luego resultó que sí, que hubo ruptura, y la patrocinó Don Adolfo Suárez, precisamente. Este hombre, en unos quince años de sacrificarse por España ha protagonizado el zizagueo más sorprendente de la historia política europea en muchos años. Nacido en la Falange de Fernando Herrero Tejedor, pasando por el integrismo ultraderechista y ultracatólico de Carrero Blanco, protagonizando el cambio-ruptura al frente de un partido -la U.C.D.- que se presentó al electorado como una continuación del franquismo, traicionando luego a U.C.D. Y creando un nuevo Partido fantasmal en vísperas de las elecciones, terminó por votar la investidura del líder socialista Felipe González haciendo de Capitán Araña ante todos los centristas a los que había embarcado en 1976. Hay razones para compadecer al gran patriota Suárez. Seguro que él lamentaba dejar en la estacada, sucesivamente, a sus seguidores, pero arrostraba sus invectivas y sarcasmos con la mirada fija en su obsesión de siempre el bien de España.

Otro gran hombre, injustamente criticado por los envidiosos, incapaces de comprender la grandeza de los que se sacrifican modificando ligeramente sus enfoques políticos, es Don José María de Areilza, Conde consorte de Motrico. Este ilustre prócer, en un discurso pronunciado en el Coliseo Aleia, de Bilbao, el 1 de Junio de 1937, en plena Guerra Civil (según unos) o Cruzada de Liberación (según otros) dijo España ha recobrado la plena independencia de su soberanía. En uso de ella, proclama bien alto su amistad hacia los grandes pueblos europeos que en estas horas trágicas de Cruzada Nacional están con nosotros la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y el Portugal de Oliveira Salazar. A los pueblos de Inglaterra y Francia se lo ha advertido ya, con toda lealtad el Caudillo Franco que no se sorprendan mañana si nuestra política exterior cierra sus puertas a quienes, en, días de prueba para nuestra patria, nos demuestran su enemistad. El ilustre señor Conde consorte, tras ser alcalde franquista de Bilbao, desempeñó las embajadas de Buenos Aires, Paris y Washington, donde fue adalid del anterior y aborrecido régimen. Pronto se hizo consejero de Don Juan de Borbón, para terminar siendo uno de los arquitectos del cambio político operado en España, llegando a ocupar la cartera de Asuntos Exteriores. La coronación de su brillante carrera fue la presidencia del Parlamento Europeo. Del ultranacionalismo de 1937 al europeísmo de 1982, pasando por el pro-falangismo, el juanismo y la democracia liberal. Si, como aseguran de sabios es mudar de opinión, el señor Conde-consorte ocupa un lugar de privilegio en el olimpo de los juiciosos y sesudos varones de la Política.

Pero España, no lo olvidemos, es un país de sabios. Sabios -es decir criterio-mudantes- son prácticamente todos los parlamentarios y ex-parlamentarios de U.C.D., de Alianza Popular e incluso numerosos marxistas de nuevo cuño. Pero ya se sabe que la política (que no la gran Política como arte de realidades) es cantera de sabios. También en la Literatura y en las Bellas Artes en general tenemos sabios insignes. Por cierto que nuestros escritores estuvieron lloriqueando (a escondidas hasta la muerte de Franco, y a cara descubierta en el período de la

llamada transición) para que se levantara la malhadado Censura, que les impedía la libre eclosión de sus talentos literarios. Llevamos ya siete años sin Censura (99) y todavía esperamos ansiosamente la aparición de los nuevos Cervantes, los nuevos Calderón, los nuevos Quevedo o, al menos, los nuevos Larra, que aquélla ahogaba en flor. Es curioso, pero uno de los que más despotricó siempre contra la Censura fue Don Camilo José Cela, lo que nos resulta perfectamente comprensible. Y lo decimos por la sencilla razón de que este gran escritor debe conocerla bien, pues en su día trabajó en el departamento de Censura de libros y publicaciones del Ministerio. Concretamente se encargaba de la censura de las publicaciones Boletín del Colegio de Huérfanos Ferroviarios, Farmacia Nueva y El Mensajero del Corazón de Jesús. También se le acusó, queremos suponer que sin fundamento, de haberse ofrecido a un alto mando del Ejército para ejercer una labor de delator de rojos. Por cierto que Don Camilo no se querelló, que sepamos, por difamación, cuando aquélla acusación se le hizo por escrito y en un semanario de difusión nacional. En cuanto a la actitud de muchos, muchísimos obispos y arzobispos españoles preferimos no alabar excesivamente su sabiduría para que no se nos acuse de adulación, pero hubo casos realmente espectaculares, como el del Doctor Don Casimiro Morcillo, que llegaría a Arzobispo-Obispo de Madrid, al que este Autor oyó rezar, en público, en el Colegio de la, Sagrada Familia, de la capital de España, en 1942 -cuando aun no había llegado a la terminal de su carrera eclesiástica- por el triunfo de la Cruzada Antibolchevique en Rusia. Resulta que dicha ' Cruzada la sostenía la Wehrmacht hitleriana. Don Casimiro, tras la derrota del monstruo nazi, cambió sabiamente de opinión. Mutatis mutandis.

Una de sus ovejas -con perdón- el Padre Llanos, artífice y ariete del Nacional-Catolicismo, compuso una canción cuya letra, que -con perdón, otra vez- nos parece cursi y ramplona hasta la abominación de la desolación, y que no resistimos a la tentación de transcribir

Prietas la filas, recias, marciales,
nuestras escuadras van,
cara al mañana que nos promete
patria, justicia y pan.
Mis camaradas fueron a luchar,
el gesto alegre y firme el ademán,
la vida a España dieron al morir,
que hoy grande y libre nace para mí,
Lánzate al cielo, flecha de España,
que un blanco has de encontrar,
busca el Imperio que ha de llegarte,
por cielo, tierra y mar.
Ya las banderas cantan victoria
al paso alegre de la paz,
ya han florecido, rojas y frescas,
las flechas en mi haz.

El ilustre prelado que perpetró esta chorrada filarmónica es, hoy, miembro del Partido Comunista de España. Los caminos de la Providencia son inescrutables.

Sic transit gloria mundi.

Crucemos los Pirineos, y abreviemos, porque la sabiduría abunda tanto que no queremos fatigar. Por algo al bípedo vertical, mamífero e implume, se le llama Homo Sapiens. El Parlamento de la III República en plena desbandada francesa, en Junio de 1940, votó los plenos poderes para el Mariscal Pétain, a sabiendas de que éste iba a pedir el Armisticio a Alemania. Así lo hizo cuatro años después, muchos de estos mismos parlamentarios subían al estrado de los testigos para declarar en contra del mismo hombre que ellos habían encumbrado, acusándole de haber hecho aquello por lo que ellos le habían votado y dado los plenos poderes. En cuanto a Pétain, que obtuvo de Hitler unas condiciones de armisticio ventajosísimas, según él mismo reconocería, aunque atribuyéndolas a la estupidez, no cesó de vulnerar el espíritu y letra de dicho Armisticio, lo cual no le impidió ser condenado por traición (y era verdad, pero en otro sentido) por los camaleones, izquierdistas y derechistas, de la III República. A Pétain le sucedió De Gaulle, que si todo se lo debió a los anglosajones, luego dedicó toda su vida política, más que a beneficiar a Francia, a incordiar a los que le habían encumbrado, culminando su actuación con un insólito Viva el Quebec Libre proferido en Montréal, menos para agradar a los separatistas franco-canadienses que para hacer la puñeta al gobernador general británico, que se hallaba a su lado. Y, cuando, tras trece años de forzada ausencia de la escena política, De Gaulle volvió al poder, aupado por los militares de Argel, y con el compromiso formal de conservar Argelia para Francia no cesó hasta entregar Argelia y toda el Africa Occidental Francesa.

Y ya que estamos en Francia, no podemos omitir el bandazo dado por los intelectuales de tan viejo y culto país. Ahí tenemos los casos antológicos del gran demócrata-cristiano de izquierdas François Mauriac, dedicando afectuosamente su libro La Farisea al Teniente Heller, de la Propaganda Staffel, y al inmarcesible buda de la Gauche Divine, Jean-Paul Sartre, estrenando Las Moscas y Huis-Clos ante sus amigos de la Wehrmacht y la Gestapo a los que había invitado personalmente; y el director de Le Figaro Pierre Brisson alabando al régimen de Vichy por su estatuto discriminatorio contra los judíos franceses y al escritor Francisque Gay escribiendo una carta a la Gestapo para afirmar su colaboracionismo y reprobar los excesos de la Résistance, para luego, los señores Mauriac, Sartre, Brisson y Gay convertirse en infatigables cazadores de franceses malos que habían, libremente, opinado que más valía una victoria alemana que una soviética. Pero creemos que el más fino de los camaleones galos fue el excelente escritor católico Paul Claudel, que escribió una Oda al Mariscal, en tiempos de Pétain, para luego transformarla, aprovechando el consonante, en Oda al General, cambiando sólo una palabra de tal composición poética. Rigurosamente histórico.

En Italia, en 1944, se produjo, con Badoglio, una verdadera explosión de sabiduría, pues el cambio de opinión de todos, políticos, militares, intelectuales, fue tan radical como súbito. Las excepciones pueden contarse con los dedos de una mano. El lugar de honor lo merece, por su rango, Su Majestad Víctor Manuel III, que traicionó a Mussolini al que debía haber salvaguardado su vacilante trono en 1923. Luego, los demócratas, echarían a Su Majestad como una criada sin sindicarse. Y ya que estamos en Italia no estaría de más mencionar el caso del escritor Curzio Malaparte, alias literario del hebreo Curzio Suckert que fue sucesivamente fascista, monárquico, republicano en sus dos vertientes derechista e izquierdista, y finalmente comunista de tendencia maoísta. ¡Admirable!

En toda la Europa ocupada, en la última guerra, hubo hombres sabios, que tuvieron el coraje de rectificar sus opiniones, en lugar de aferrarse estúpidamente a convicciones que la experiencia demostraba eran nefastas. Pues, ¿acaso se quiere mejor demostración de la maldad de unas convicciones que la derrota militar de los que las propugnaban? Ahí está el caso del conocidísimo político profesional belga Paul-Henri Spaak, ofreciéndose a Hitler para que le nombrara Primer Ministro de su país ocupado por los alemanes en 1940, y, al negarse aquél, darse cuenta de que la verdad se hallaba en Londres, donde resistió políticamente para llegar luego, tras la Liberación, nada menos que a Primer Ministro (¡para que se fastidiara Hitler en el Más Allá, él, que le negó ese cargo!), a Presidente de la Asamblea de la ONU y a Secretario General de la O.T.A.N.

Y ahora, una vueltecita por los países anglosajones. Ahí, también, nos encontramos con el embarras du croix. Sobran ejemplos. En Estados Unidos, sin ir más lejos, los candidatos a la presidencia, presentados por el Partido Demócrata, y ello desde los tiempos de Franklin Roosevelt, abogaban, en su programa, por medidas segregacionistas en los estados del Sur. Todos ellos, sin excepción alguna, cuando llegan a la presidencia, hacen exactamente lo contrario de lo prometido, es decir, promueven y aceleran la integración racial. Es un hecho Roosevelt, Truman, Kennedy, Johnson y Carter, mintieron, desafortunadamente, a sus electores, al menos en ese punto de su programa; punto capital en la política interior norteamericana. Woodrow Wilson, también del Partido Demócrata, se había comprometido a no mezclar a su país en ninguna conflagración europea. El pacifismo fue, por así decirlo, el motor de su campaña electoral. Hasta 1917, es decir, hasta entrado el tercer año de la Guerra Europea, Wilson mantuvo una 'relativa neutralidad; y decimos relativa porque sus simpatías y sus gestos benévolos, además de su apoyo diplomático en ocasiones, se decantaba más hacia Alemania y sus aliados que hacia los países de la Entente. No obstante, Wilson, muy imbuído de su papel de campeón de la Paz, multiplica las gestiones para obtener el alto el fuego en el Viejo Continente. Berlín se muestra dispuesto a la apertura de negociaciones, cuando iba venciendo militarmente, pero Londres y París ni siquiera se dignan contestar a sus propuestas y Wilson exclamará que ingleses y franceses hacen gala de una mala fé exasperante (100). En otro lugar hemos hablado de la génesis de la volte face de Wilson (101). Un giro copernicano

sin precedentes. Y Wilson, cediendo a presiones sionistas -lo que ha sido admitido por distinguidos jerifaltes de esa Fuerza Política- mete a los Estados Unidos en la guerra, al lado de los países de la Entente. El pretexto es super-risible el torpedeamiento, por submarinos alemanes, del Lusitania, buque americano cargado de municiones vendidas a Inglaterra, veintiséis meses ANTES de la declaración de guerra. Huelgan comentarios.

En la siguiente guerra mundial, Roosevelt, reelegido en 1941 gracias a su campaña pacifista, tras haber jurado a las madres y esposas americanas, que sus hijos y maridos no serían enviados a luchar en guerras extranjeras, incumplía clamorosamente su promesa interviniendo continuamente en la lucha con una guerra no declarada, hasta que provocó el soñado estallido en Pearl Harbour (102).

Y en Inglaterra, por fin, Churchill, el hombre que, como ya hemos dicho anteriormente, militó en todas las formaciones políticas de su país, desde los laboristas independientes (de extrema izquierda) hasta los ultraconservadores, pasando por los laboristas, los liberales y los llamados jóvenes conservadores, de tendencia que podríamos llamar centrista. No figuró en el Partido Comunista, es cierto, ni tampoco en la Unión Británica de Fascistas. En éste último, como ya hemos dicho, por que no le admitió su Presidente, Sir Oswald Mosley (103). ¿Quiere esto decir, acaso, que Sir Winston no tenía criterio ¿Podría insinuarse que, tal vez, Sir Winston iba de partido en partido y de tendencia en tendencia para ver si, de una vez, lograba ser elegido por el democrático pueblo británico, cubierto por la etiqueta política que fuera Creer esto sería faltar a la caridad. ¿Qué derecho tenemos para suponer esto de tan ilustre prócer ¿No es más sencillo y lógico suponer que los sucesivos cambios de parecer de Sir Winston obedecían a maduras reflexiones en busca de la perfección política y del servicio a su patria Bien cierto es que en 1935 aquél gran adalid de la Democracia escribió Los que se han encontrado con Herr Hitler cara a cara en asuntos públicos o en términos sociales les han podido apreciar que se trata de un político altamente competente, ponderado, bien informado, de modales agradables y una desarmante sonrisa (104). Y, dos años después, machacó Si nuestro país fuera derrotado, desearía que encontrásemos un campeón tan indomable como el señor Hitler para restaurar nuestro coraje y conducirnos otra vez al lugar que nos corresponde entre las naciones (105). Luego, en 1938, afirmó que sería capaz de aliarse con el Diablo, si preciso fuera, para derrotar al monstruo Hitler. Sir Winston, a base de profundas y abstrusas cogitaciones, sin duda, había llegado a la Verdad. Espíritus malévolos han osado pretender que, entre 1937 y 1938, es decir, cuando se gestó su radical cambio de modo de pensar acerca del Führer, Sir Winston se arruinó tras desgraciadas especulaciones bursátiles y que se rehizo financieramente gracias al apoyo del financiero judío Sir Ernest Cassel. De ahí a osar insinuar que Sir Ernest sobornó, manipuló, coaccionó a Sir Winston no hay más que un paso que los eternos mal pensados -entre los que no nos contamos, naturalmente- no dudaron en dar tranquilamente. ¿Cómo pensar mal de tan pulcro personaje

Hemos hablado, en este epígrafe, de camaleones, dignos representantes del Reino Animal. Personalmente, preferimos a los perros. Y estamos con el inglés Jerome K. Jerome cuando afirma que cuanto más conoce a los hombres, más quiere a los perros.

LOS PERROS

Se dice que son los mejores amigos del hombre. Para nosotros no cabe duda de que éste no les devuelve ni la milésima parte de amistad que aquellos que le brindan. Y aquí consideramos obligatorio afirmar la verdad de que el europeo, el hombre blanco, es el menos ingrato de todos los bípedos concebidos por el Todopoderoso, osos polares y simios incluidos. Es más, prácticamente la totalidad de nuestros grandes hombres, con Schopenhauer a la cabeza, han sido grandes amantes de los perros. Nuestros amantes y abnegados amigos han sido, muy a menudo, actores de episodios históricos, quedando, como expresión de su supremo sacrificio, en el anonimato.

Así, el perro que perteneció a María Estuardo, ilustrativo del cariño que puede ligar a canes y personas. Dice un párrafo de una carta escrita por Lord Burghley a Isabel de Inglaterra Los verdugos encontraron oculto entre las faldas de María al perrito, y de allí debieron de sacarle a la fuerza, pero el animal, sin querer separarse de su dueña, se colocó, entre la cabeza, ya separada del tronco, y el resto del cuerpo, de donde le retiraron, ensangrentado... (106).

Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, fue salvado en 1752 por su perrito faldero, durante el sitio de Mons. El general jefe de la plaza sitiada, aprovechando la oscuridad de la noche, inició una salida, acercándose con gran cautela a las tropas sitiadoras, al mando del príncipe. Únicamente el perro, con su maravilloso instinto, comprendió el peligro que corría su amo, y a manotazos y arañazos le despertó. Ante el peligro que le amenazaba el príncipe Guillermo pudo ponerse a salvo, montando en un caballo ensillado que siempre tenía junto a la tienda de campaña. Así se ha referido siempre esta anécdota, siendo de destacar la discreción del falderillo que al advertir la proximidad de gente extraña no comenzó a ladrar, como parecía lo más lógico, sino que se limitó a advertir silenciosamente a su amo. (107).

Cuando Juan Ponce de León, el conquistador y explorador español reprimió una revuelta de los nativos de Puerto Rico, el mejor, o al menos uno de los mejores soldados de su ejército fue un perro llamado Becerrillo. Entre los nativos, ese sabueso, según el cronista español Herrera reconocía a los que estaban en guerra

con los españoles y a los que se mantenían sumisos y por tal razón, los indios temían más a diez españoles con el perro que a cien sin él. Igual que su soldado, un infante, al perro se le concedía regularmente su parte del botín de guerra una parte y media de todo lo que se tomara, así como oro, esclavos y otras cosas . Más tarde, cuando Ponce de León se puso en marcha a la busca de la Fuente del Elixir de la Vida, en las islas Bimini (y en vez de ello, descubrió la Florida en 1513), se llevó consigo a Becerrillo, ordenando que se le concediera paga de soldado y ración diaria (108).

Estos episodios, y cien más que podríamos relatar, son demostrativos de una correlación de afecto hombre-perro o perro-hombre. Desgraciadamente, no siempre existe tal correlación, en la Historia de los hombres. Y aquí queremos referimos al invento del arma más inútil imaginado por los hombres, en el cual, para oprobio de éstos, se utilizaban perros. En 1941, en el frente del Este, los rusos inventaron la mina canina. El plan consistía en entrenar a los perros para crearles un reflejo condicionado en el sentido de que asociaran la idea de la comida con la parte inferior los tanques, convencidos de que irían a colocarse debajo de los panzers alemanes y estos serían destruidos al estallar las minas sujetas con una correa a la espalda de los perros. Pero, como sucede a menudo en la historia de los hombres, la malignidad se asocia con la estupidez, y los perros demostraron tener más instinto incluso que el que les atribuía el Doctor Levin (109) macabro inventor de la mina canina. En efecto, nuestros mejores amigos asociaron la idea de la comida con la parte inferior de los tanques... rusos y forzaron a retirarse, con grandes pérdidas, a toda una división de tanques soviéticos. El plan fue abandonado a los dos días (110).

ROSARIO DE INEPTITUDES

No hay duda. La ineptitud, la vocación para el error, son consustanciales con la naturaleza humana. Como decía Goethe la verdad, la eficiencia, repugnan a nuestra naturaleza; el error, no, y por una razón muy simple la verdad nos obliga a reconocer que somos unos seres muy limitados; el error, la ineficiencia, en cambio, nos halagan al hacernos creer que nuestras posibilidades son ilimitadas. Aunque nos estamos ocupando de las tragicomedias perpetradas por el que se supone el más inteligente de los primates, en sus diversas facetas, queremos entresacar, a vuelapluma, en este epígrafe, un rosario de ineptitudes y estupideces, que procuraremos abreviar pues tampoco es cuestión, a estas alturas, de tratar de derribar, a puntapiés, la puerta abierta de la demostración -ya hecha- de la imbecilidad humana.

1.- Hay seis naciones que reciben, real y oficialmente, ayuda militar, simultáneamente, de los Estados Unidos, la Unión Soviética, la Gran Bretaña y China. Son Irak, Sudán, Pakistán, Siria, Tanzania y Zambia (111).

2.- Cuando la Rhodesia de Ian Smith no pudo vender su cromo y su tabaco a los Estados Unidos por una orden del Presidente Carter, que deseaba boicotear a aquél país que se había atrevido a imitar a los propios Estados Unidos (112), el cromo y el tabaco rhodesianos continuaron afluyendo a Norteamérica, por comprarlos la URSS y revenderlos a los particulares estadounidenses y al propio gobierno de Washington. La única diferencia fue que el producto se encareció en un ochenta por ciento.

3.- Como el gobierno de Malawi no podía, en 1981, pagar los intereses de un préstamo hecho por el de los Estados Unidos, ni menos el principal, que debía devolverse entonces, pidió - ¡y recibió!- un crédito todavía mayor del Chase Manhattan Bank, de Nueva York, quien se hizo garantizar el pago de dicho crédito por el gobierno de los Estados Unidos.

4.- Pregunta del Rey Zogú, de Albania, al Conde Ciano, Ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, en 1938; y tras más de una hora de ardua discusión Pero, entonces, ¿Usted no es demócrata.

5.- Diálogo entre Philippe Berthelot, Ministro de Asuntos Exteriores francés y Raymond Poincaré, Presidente de la República; en un momento de descanso en las negociaciones por el Tratado de Versalles. Berthelot se refiere a las presiones de Lloyd George para obtener de Francia que no se oponga a la anexión por Inglaterra de la zona de Mosul, en Mesopotamia, hasta entonces parte integrante del vencido Imperio Otomano

B.- Estos jodidos ingleses pueden llegar a ser enervantes con sus malditas manías.

P.- (campechano) ¿Pues qué sucede, Berthelot

B.- El pesado de Lloyd George no para de importunarme para que no les pongamos obstáculos a su proyecto de anexión de Mosul. Dice que su cuñado no para de molestarle con el cuento.

P.- ¿Su cuñado...

B.- Dice que es un arqueólogo. Además, también está el deán de Canterbury con la misma historia.

P.- ¿El deán de Canterbury...

B.- Sí; es una especie de Papa anglicano. Parece que a ese personaje teológico le ha entrado una repentina manía de llevar la Buena Palabra a los salvajes de aquella zona.

P.- ¿La Buena Palabra... ¿De qué me estáis hablando, Berthelot

B.- Bueno; ya sabéis... La Buena Palabra... evangelizar y todo eso. Lloyd George dice que si les echamos ese hueso para roer a sus misioneros y a sus arqueólogos nos apoyará ante el Consejo para lo de la desmilitarización de la

Renania. Me parece que le voy a decir que sí, que bueno, que está bien. La Renania vale ese caprichito del viejo chiflado inglés

P.- Mosul... Mosul... Me parece que he oído ese nombre antes. Creo que Durand hablaba de ello hace unos días. Dice que por allí debe de haber petróleo. En fin, no estoy seguro...

B.- Pero, ¡en fin!, ¿es que un Durand cualquiera nos va a estropear lo de la Renania Si hay alguien que no sepa nada de nada en el mundo son los expertos, y menos los expertos económicos...

P.- No; este Durand... ja, ja, ja... (113) es un geólogo ¡Dios mio! ¡Sólo nos faltaban los geólogos!... ¡En fin! Haced lo que queráis, Berthelot... (114).

Y Berthelot regaló el decisivo apoyo francés a cambio de ceder Mosul para que lo royeran misioneros y arqueólogos británicos. Eventualmente también lo roerían, durante muchos años, los perforadoras petrolíferos de la Shell, pues allí se encontraban los mayores pozos petrolíferos del mundo.

6.- De la Enciclopedia Larousse De la culpabilidad del coronel Dreyfus hicieron bandera los antisemitas. De su inocencia, los defensores de la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Democracia. Muy bonito. Queda muy bien. No obstante, de ser inocente el coronel Dreyfus, el culpable era el capitán Esterhazy, y en eso estaban de acuerdo partidarios y detractores de Dreyfus. Y Esterhazy era tan judío como Dreyfus. ¿Qué tendría, pues, que ver el filosemitismo de unos y otros en este asunto Misterio.

7.- Y volvamos a la Asamblea de Versalles, mientras los amos del mundo deciden y peroran sobre trazados de fronteras, como un charcutero fabricando salchichas. Berthelot, que despreciaba a los geólogos, sabía, en cambio, más geografía que Wilson, Clemenceau y Lloyd George juntos. Como los tres grandes era incapaces de encontrar el río Vístula en un mapa de Europa, aquél debió aclararles que se encontraba, aproximadamente, entre Alemania y Polonia. Seguimos sin verlo, Berthelot, exclamaron los grandes a coro. Aquí está. Este es un mapa alemán, y en alemán Vístula se llama Wechsel..... Ah!. exclamaron, de nuevo, los amos del mundo (115). En la misma reunión, los mismos personajes confundieron Frankfurt del Main con Frankfurt del Oder.

8.- William Jennings Bryan, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, mandó una cordial invitación a la Flota de Guerra Suiza para que participara en los festivales celebrados con motivo de la apertura del Canal de Panamá.

9.- La muerte de Luis XVI, tras un proceso inicuo -en esto están de acuerdo todos los historiadores serios- fue votada por la Asamblea Nacional francesa. Se votó una primera vez y hubo empate entre los partidarios de la guillotina y los del destierro. Como no había acuerdo y se preveían nuevos empates en sucesivas votaciones, Felipe Igualdad, primo hermano del monarca y demócrata de recentísimo cuño, se aperció de que un diputado girondino, partidario de la

clemencia -es decir, del destierro- , salía corriendo precipitadamente hacia los retretes, e inmediatamente exigió una nueva votación. Ganaron los partidarios de la guillotina por un voto. No tardaría mucho en ir a la guillotina el propio Felipe Iguualdad y el principal acusador de Luis XVI, Robespierre, hombre de infatigable verborrea. Por cierto que, al intentar este resistirse a los gendarmes que iban a prenderle, recibió un tiro, precisamente en la boca. El gendarme atendía al poco común nombre de Merda.

10.- A las ocho y cinco de la noche del domingo 30 de Octubre de 1938, una voz excitada interrumpió un programa de radio para anunciar a los americanos Señoras y señores, tengo una grave noticia que comunicarles. El Ministerio del Interior nos informa que los marcianos están aterrizando en el Estado de Nueva Jersey. Seguía una pretendida relación de los hechos en un tono de voz alarmado. La voz era del actor Orson Welles. Cundió el pánico y pronto las carreteras quedaron atascadas por vehículos que huían de las ciudades, dirigiéndose al monte. Welles había querido anunciar, de un modo original La guerra de los mundos, de H.G. Wells. Al día siguiente la emisora de rancio CBS recibió centenares de demandas de indemnización por parte de sus oyentes.

EL ESTADO NIÑERA

Pese a la creencia general de que cada día hay más libertad, es un hecho histórico que cada día hay menos. Jaime II de Aragón tenía que luchar a brazo partido con su Parlamento para arrancarle los subsidios necesarios para las guerras de Cerdeña y Sicilia. Lo mismo le sucedía a Carlos V, pese a sus dos coronas, la española y la alemana, y no siempre lograba lo que se proponía. Conocida era la cicatería de los cuerpos orgánicos, Cortes y representaciones auténticamente populares de épocas pretendidamente oscurantistas, a la hora de discutir, de todo, y sobre todo, de dinero, con monarcas y jefes de Estado. Pero aquéllas, ya hemos dicho, eran épocas retrógradas y privadas de Libertad. Hemos escrito esta palabra con mayúscula, como abstracción que es. Ahora hay Libertad, en abstracto. Antes, sólo había libertades, con minúscula, pero muy concretas.

Incluso Luis XIV que soltó aquello tan soberbio de El Estado soy yo, debía pedir dinero a sus parlements y, en última instancia, a sus banqueros, y a veces se lo daban, o se lo prestaban, pero muchas veces se lo rehusaban. Y pedía soldados al Duque de Borgoña, vasallo y súbdito suyo, para que le ayudaran en la lucha contra Inglaterra, y aquél le decía que se lo pensaría, y tras pensárselo, le daba menos de la tercera parte de lo que le pedía el Monarca, y éste todavía le daba las gracias.

Los tiempos han cambiado. Hoy la Democracia -nos dicen- impera por doquier. Todos tenemos nuestros derechos, codificados en innumerables cuerpos legales y constituciones. La garantía de que tales derechos no queden en pura letra muerta la constituye nada más y nada menos que el Estado. El Estado moderno y democrático. Este último apelativo ya debiera sobrar, pues desde las viejas naciones de Europa hasta las nuevas naciones semiasiáticas, como la U.R.S.S. pasando por los nuevos estados más o menos independientes que emergen a diario en Africa y Asia, e incluso en Oceanía, todas ellas se autodenominan democráticas. Y cuando los nuevos políticos se quieren insultar los unos a los otros la suprema injuria consiste en poner en duda la legitimidad democrática del insultado. Hoy hay mucha democracia. Y todos -es decir, unos cuantos periodistas y las fuerzas fácticas que los inspiran- suspiran por más democracia. Y como ya hemos dicho que la salvaguardia de la Democracia es el Estado (naturalmente, democrático), resulta que a más democracia, más Estado. O sea, más poder del Estado.

El Estado, como Hacienda en España, somos todos. Todos los electores se entiende. Y si somos, en números redondos 26 millones de votantes potenciales, el poder individual de cada uno de nosotros nos da, sobre el control efectivo de las actividades del Estado, una veintiseismillonésima parte. O, si lo queremos en números, la fantástica cifra de 0,00000003. Que un luxemburgués tenga sesenta y ocho veces más poder democrático que un español debe llenarnos de envidia. De santa envidia, se entiende. De noble emulación, en una palabra.

Nietzsche, ese genio intercambiable, cuyas referencias sirven tanto a anarquistas, ultraizquierdistas, ultraizquierdistas menos ultras que los anteriores, ultraderechistas e incluso a modernos curas intelectualoides, ansiosos de épater a la clientela de sus púlpitos (116), Nietzsche el grande, el contradictorio, el siempre interesante Nietzsche dio una definición que se nos antoja muy correcta del Estado el más frío de los monstruos fríos apuntillando luego las mentiras fluyen constantemente de su boca y, la mayor de todas es yo soy el pueblo.

El Estado -cualquier Estado- lo forman dos capas muy diferenciadas, que acaban interpenetrándose en una especie de simbiosis impuesta por la realidad, por los imperativos de la vida tal cual es. Unos funcionarios profesionales, generalmente fijos, y unos políticos que van sucediéndose a si mismos, captando nuevos adeptos por cooptación, cuando no por imposición de los poderes fácticos ya aludidos. Por otra parte, para vivir hace falta dinero. No nos hace falta autocitarnos para demostrar la tesis, ya generalmente admitida, de que Dinero es Poder. Y que esas dos tremendas realidades que conviven, que deben convivir en el mundo tal cual es, o tal como nos lo han hecho (¡otra vez!) los poderes fácticos, terminan por realizar una necesaria, fatal, idéntica, periódica y constante simbiosis. El Estado, pues -sus funcionarios y sus políticos profesionales, pues- genera dinero y poder.

El Poder es una pasión. El Amor, el Odio, la Cólera, los Celos, la Envidia, pueden, individualmente, y en casos super-extremos, provocar homicidios, es decir, asesinatos con atenuantes y hasta eximentes. El Poder es una pasión que puede provocar, y provoca constantemente, asesinatos fríos, sin atenuantes. El Poder es el objetivo de la política, y ésta es total y -es un hecho- amoral. Por lo menos tal como se vive hoy. No hay obstáculos ni frenos para el Estado, por mucho que sus representantes pretendan hablar en nombre del Pueblo. También con mayúscula, que la Democracia moderna es la apoteosis de las mayúsculas. La pasión del Poder se ejerce sobre hombres. Esto será una perogrullada, pero conviene puntualizar, porque esta es la época del olvido de Perogrullo. Por la pequeña Silesia se sostuvieron siete guerras, por la inmensa Groenlandia, despoblada, ninguna. No vamos a mantener, neciamente, que todo lo que hagan los Estados, tiene por objeto hacer la puñeta a los administrados, también llamados súbditos, que viene del latín subditus y significa sujeto, maniatado. Lo que sí mantenemos es que, con las consabidas excepciones de unos cuantos santos varones, lo que hace el Estado, por su propia esencia, es protegerse a sí mismo, es realizarse, para utilizar la jerga actual. Y el Estado cuyo objeto son los súbditos (maniatados ante el monstruo frío) sólo puede realizarse a costa de estos. Es así. Es un hecho. Y cada día se quieren más derechos, es decir, más organismos que permitan descansar la iniciativa individual sobre los demás. Y eso hay que pagarlo. Y el Estado necesita dinero para pagarlo. Y el dinero sólo lo puede sacar de sus súbditos. Y el infernal ciclo se repite ad nauseam. Hasta que llega el momento en que el Estado es una especie de Papá Noel, pero un Papá Noel que trae juguetes malos y rotos. O una niñera, exigente, tiránica y bien pagada.

El Estado, tanto para hacer dinero como para aumentar su poder, se convierte, así, en un comerciante. Y esto, no sólo en países en que gobiernen los marxistas. También regímenes apodados -justa o injustamente- derechistas, padecen la plaga del Estado comerciante. Es una regla sin excepción empresas puestas en marcha por la iniciativa privada, que dan buenas mercancías y servicios al público, y además ganan dinero que les permite renovar sus máquinas e instalaciones, excitan la codicia del Estado, que se las queda, de distintas maneras, más o menos lícitas, aunque por supuesto, legales, pues al Estado esto de hacer leyes se le da como hongos y, además, si conviene, se les da a tales leyes un efecto retroactivo. Una vez en manos estatales, dichas empresas empiezan por subir sus precios y tarifas, empeoran en vertical su calidad y sus servicios y además, para que no falte nada, pierden dinero. Lo cual tiene una importancia muy relativa, porque el Estado., con aumentar los impuestos, o los precios y tarifas de sus servicios, ya ha solucionado su problema.

De memoria de hombre, no se conoce, en ninguna parte del mundo, no se ha conocido y, por las trazas, no lleva camino de conocerse, un sólo ejemplo de servicio o explotación estatal que funcione correctamente, y además gane dinero. Y, además, es natural. Un funcionario (politizado) o un político (funcionarizado), no tiene, no puede tenerla, a menos de ser una especie de santo laico, la iniciativa, la

necesidad agónica de rendir en su trabajo, como debe tenerla, por fuerza, un trabajador del sector no oficial, mal llamado libre (). Este, si es un patrón, experimentará tal necesidad ante la disyuntiva de sobrevivir o no sobrevivir en la lucha diaria por el mercado; si es un obrero, ante la posibilidad de quedarse sin trabajo si no rinde. El político, que ya hemos dicho que se funcionariza, como el funcionario se postiza en el sentido más peyorativo de la palabra política, sabe que, al fin de su mandato, y en el peor de los casos, es decir, de no salir reelegido, siempre le queda la posibilidad de reciclarse en el sector privado, donde hará valer sus influencias y amistades que obtuvo en el sector público, en espera de que, a la siguiente hornada, o a la siguiente crisis de gobierno, vuelvan a requerirse sus inapreciables servicios.

El Estado, pues, pierde siempre dinero. Es decir, se lo cuesta a la nación que, además, está mal servida. Es idiota negar una realidad diaria y palpable. Es un comerciante, hemos dicho, pero un mal comerciante, que es lo peor. Y cuando decimos mal comerciante no nos referimos al aspecto de su deficiencia, archidemostrado y super-admitido, sino al de su moralidad. No aludimos, ahora, a inmoralidades específicas, sino al propio planteamiento comercial que se hace el Estado. Cuando alguien se retrasa en el pago de sus impuestos, por ejemplo, en seguida le caen recargos del 10 o del 20 por ciento e incluso amenazas de embargos. Pero si el Estado debe devolver dinero a un particular, por ejemplo, a nadie parece sorprenderle que no se proceda, contra él de la misma guisa. Por que el Estado asegure, por ejemplo, la protección de la propiedad y la seguridad de sus súbditos (maniatados), se pagan impuestos. Pues bien, entendemos que de la misma manera que un comerciante que da un mal servicio le debe a su cliente como mínimo una nota de abono y, según las circunstancias, una indemnización, el ciudadano (maniatado) que ha sido robado o agredido por unos delincuentes, debiera desgravar, de su declaración de impuestos, el importe de lo que le ha sido robado más los gastos de clínica e indemnizaciones a que hubiera lugar. ¿No insiste el Estado en actuar como comerciante Pues que se atenga a los usos y costumbres de un comerciante honrado, ya que, por su propia esencia, le es físicamente imposible ser un comerciante eficiente.

Su ineficiencia se pone especialmente de manifiesto cuando, para cubrir aritméticamente, ya que no realmente, los malos resultados de su gestión económica, procede, periódicamente, a la devaluación de su moneda. Una devaluación es, ni más ni menos, que un robo colectivo a todos los ciudadanos de la nación, se aduzcan para ello los motivos que se aduzcan. Y cuando en la gestión estatal se mezclan las ideologías, entonces el monstruo frío llega al punto álgido de su incapacidad y de su nocividad para los maniatados. Se ayuda, se fomenta, se financia a tal o cual partido hermano en tal o cual país extranjero, y esto, les guste o no a los maniatados en cuestión, lo pagan ellos. Y a fondo perdido, además. Porque si un día el partido hermano devuelve la ayuda, ésta será para el partido indígena, no para el pueblo, que no tiene más papel, en esa comedia, que el de pagano.

El Estado, Moloch insaciable, tiene su biblia particular, llamada Constitución, pero tiene igualmente su doctrina de los Padres de la Iglesia democrática, que actualiza los casos prácticos de aquélla en un cuerpo legal que en España, por ejemplo, se llama Boletín Oficial del Estado, o Gaceta de Madrid, como concesión al centralismo, inventado por las Derechas pero llevado a un paroxismo demencial por las Izquierdas en todas partes, y especialmente en Francia, nuestro modelo permanente. Pues bien ese Boletín, esa Gaceta, desde el primero de Enero de 1982 ha publicado ya 40.000 páginas de disposiciones sobre los más variados temas y actividades humanas de los maniatados españoles, con unos 56.000.000 de palabras. Y ahora tengamos presente que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento. Confrontar esa frase con la realidad es una comedia, y es también una tragedia, para el pobre súbdito (maniatado). Porque ¿cómo va a saber el ciudadano de la calle, un comerciante, pongamos por ejemplo -pero, eso sí, un honrado comerciante- todo el Código Mercantil, más el Civil y el Penal, más los miles de palabras que le dedica a diario el Boletín Oficial del Estado, más los centenares o miles que le puede dedicar el estadito autónomo en que vive. Se argüirá que no le queda más remedio que recurrir a un abogado, pero, ¿de veras cree nadie que un abogado, que estudia unas diez o doce mil páginas de leyes y de casuística en el curso de toda la carrera que dura cinco años, va a aprenderse luego cuarenta mil en un año, más otras tantas que pueda parir en el mismo lapso de tiempo el estado autónomo de turro. Y ¿de veras cree alguien que tantas leyes, decretos, disposiciones no se entrecruzan, cuando no contradicen simplemente entre sí. Los modernos Estados, en su manía por invadir el ámbito de todas las actividades humanas, para dar trabajo a sus funcionarios porque algo tienen que hacer, ¡qué diantre!- terminan por reglamentarlo todo. Cada vez tenemos menos libertad real para hacer nada. Así como el Talmud prescribe a los judíos ortodoxos cómo tienen que llevar a cabo los actos más nimios de su vida, los modernos Estados, mientras nos hablan constantemente de Libertad, nos arrebatan todas las libertades y acaban reglamentando nuestra vida from womb to tomb (desde la vagina hasta el féretro), como dicen en Inglaterra. Acabarán reglamentando hasta el porcentaje de haches en la sopa de letras.

Y la verdad es que en España apenas estamos empezando. En Suecia es el Estado quien decide la educación que se va a dar a los hijos, no los padres. Es el Estado quien decide dónde van a ir de vacaciones los obreros de tal empresa, no los obreros. Es el Estado quien decide todo. Ciertamente, en Suecia, como en todas partes, tienen derecho a voto. Bien., ¿Y qué. La gente sólo puede votar a los partidos homologados por el Sistema, que se turnan en el poder.

Las gentes se llenan la boca con su derecho al voto. Ciertamente, tienen derecho a depositar un pedacito de papel, con un nombre, en una urna. Luego se procede a un recuento, y ya está. El poder del ciudadano se ha acabado ahí, tras durar los segundos necesarios en depositar el papelito en la urna. El ciudadano, o mejor el conjunto de ciudadanos, votará de acuerdo con lo que le diga la propaganda electoral, y nada más. Nada más porque la complejidad de la vida moderna, que el Estado le complica para que no tenga tiempo de pensar en nada más que en lo fisiológico, boulot, dodo, caca, boulot, dodo, caca, etc. (trabajo,

dormir, caca, en la versión española del dicho francés), no le permite dedicar apenas tiempo a informarse de lo que sucede a su alrededor. Y si arranca tiempo al tiempo y se informa, las fuentes informativas están emponzoñadas, porque la prensa independiente, auténticamente independiente, no existe.

Sí, es cierto, al hombre de la calle le pregunta el Estado un sinfín de cosas, Cosas de las que no tiene ni la más remota idea, o bien cosas triviales, sin importancia. Le pregunta si quiere que su país entre en la O.T.A.N. (cuando no hay ni tres ciudadanos en cada cien que sepan exactamente qué es esto) o si prefiere, como alcalde de una ciudad de tres millones de habitantes, a Gómez o a Pérez, que no tiene el gusto de conocer. Pero, en cambio, no le pregunta las cosas importantes, las que le conciernen a él, a su bolsillo y a su espíritu, a su cuerpo y a su alma. No le pregunta si está o no está de acuerdo en ir al servicio militar, en saltar en paracaídas o en servir de machacante a un ignorante chusquero; no le pregunta si está o no está de acuerdo en ir a la guerra, a morir por los poldevos, por los monomotapos o por los kamchatkianos, o para imponer el sufragio universal en Ruanda-Urundi. No le pregunta si quiere o no quiere pagar impuestos, y más impuestos y más impuestos. No le pregunta si está de acuerdo en que mientras se limita la subida de salarios a obreros y empleados en un quince por ciento como máximo -tras haberles aligerado de un ocho con una devaluación- en cambio los bonzos estatales, los diputados, se suben a sí mismos su salario en un cien por cien, y, para inri supremo, libre de impuestos, que son buenos para los demás, pero no para ellos, que se sacrifican bastante en aras del bien de la patria. ¡Jesucristo bendito! ¡Cuánta jeta!

Al pobre Juan Pueblo no se le pregunta nada. Sólo se le crea el reflejo condicionado, a base de la bien conocida técnica publicitaria de las repeticiones, de que él es el soberano. El hecho de que tal creencia le resulte agradable le ayuda a tragarse la descomunal trola. Y no se apercibe de que cuanto menos dinero tiene, cuanto más se lo quitan con impuestos, cuanto más se lo roban con devaluaciones, con altas desconsideradas de precios y, sobre todo, cuanto más se lo controlan, menos poder tiene. Por mucho que le hablen de Libertad, el que nada tiene, no es libre.

En todo caso, en España, concretamente, cada vez tiene menos El ex rector de la Universidad de Barcelona, D. Fabián Estapé ha dicho, recientemente una frase que, creemos, se pasa de comentarios

Si el Estado fuera una empresa como las demás, estaría absolutamente quebrada, Tal vez un buen abogado conseguiría hacerlo pasar por una suspensión de pagos. Hemos entrado en la categoría de insolvencia limitada. El endeudamiento de la cuenta del Tesoro con el Banco de España excede de dos billones de pesetas. Desde hace un tiempo se ha perdido todo el control del presupuesto público. Cuando entró Tejero en el Congreso, el Tesoro ya debía al Banco de España un billón de pesetas. Es admirable que Calvo Sotelo haya conseguido desde el día del tricordio doblar la deuda. Esto es meter la mano en el cajón del pan de todos.

ESOS PRÍNCIPES QUE NOS GOBIERNAN...

Hemos hablado, en epígrafes precedentes, de ciertas debilidades de los gobernantes de este pícaro mundo. Hemos aludido a ciertas minucias sexuales, sin importancia, excepciones que confirman la regla de honestidad de nuestros príncipes, con o sin corona. Hemos mencionado algunos fraudes electorales, unas cuantas payasadas, algún que otro cohecho. Hemos citado pruebas sobre la tendencia a la intoxicación ética de tal o cual gran hombre. O sobre su pederastia. O sobre su capacidad para la profecía, atinada o no, que eso es lo de menos. Hemos disertado sobre sus ineptitudes. Hemos alabado, cual era de justicia, su proclividad al camaleonismo. Excepciones, todo ello. Como máximo, un caso, o dos... Además, ya se sabe, nadie es perfecto.

Creemos que no sería injusto mencionar, muy por encima, una tendencia que ciertos personajes políticos tienen por la indelicadeza. Hemos debido detener la máquina de escribir unos instantes para encontrar la palabra exacta, le mot juste. Ahí van unos cuantos ejemplos, que limitaremos a personajes actuales, muy conocidos, o, al menos, muy recientes.

¿Quién no conocía, por ejemplo, a André Malraux, polifacético genio, aviador en la Guerra Civil Española, al lado del Ejército de la República, Premio Goncourt de Literatura, Ministro de Información con la IV República y de Asuntos Culturales, durante diez años, con De Gaulle Malraux, por sus escritos, era un filocomunista, lo cual tiene más mérito si se tiene en cuenta que era hijo de un banquero. El mérito es aún mayor si se considera que luego se casó con la hija del banquero sionista francés Goldsmitt, y luego convirtió esto en una tradición familiar al casarse sucesivamente con otras dos hijas de banqueros. Pues bien, ese insigne prócer cometió un desliz. No lo decimos en demérito suyo, sino más bien con objeto de resaltar su calidad humana; para dar ánimos a los demás mortales que, al contemplar la figura impoluta y ejemplar del antiguo dinamitero del Frente Popular y del Kuomintang -también estuvo en China con Chiang-Kai-Chek cuando éste era comunista- se desanimen y no traten de emular las virtudes de tan insigne paladín de la Cultura y del público bienestar. Nadie es perfecto, y ese pequeño desliz es, como diría Lord Byron, cual una pequeña imperfección física en la mujer amada, que provoca nuestra ternura y aguijonea nuestro deseo al comprobar que no es un ángel, sino una mujer

Sentencia del Tribunal.

La cámara correccional del Tribunal de Casación de Saigón ha celebrado esta mañana una audiencia ordinaria bajo la presidencia del Juez Gaudin, asistido por los letrados d'Hooghe y Léonardi.

El Tribunal, al dar su veredicto en el caso del robo de los bajorrelieves de Angkor, ha condenado al comisario del Gobierno, André Malraux, a un año de cárcel, dejando la sentencia en suspenso, y a una multa de 5.000 Francos, y a su cómplice, Jean Chévasson, a ocho meses de cárcel con suspensión de sentencia.

(117)

Un desliz, Los eternos criticones, que debían ser los desestabilizadores de la extrema derecha francesa de la época, pretendieron que la sentencia del tribunal había sido escandalosamente benigna. ¡Cuánta mezquindad! Al fin y al cabo, ¿qué había hecho Malraux Una pequeña tontería, motivada por su bien conocido amor al Arte. Como comisario del gobierno francés que se ocupaba de las investigaciones arqueológicas de Angkor, en Indochina, compró al arqueólogo Chévasson, unos bajorrelieves, y se los llevó a su casa. El hecho de que los comprara con dinero del gobierno y luego, ¡olvidadizos que son los sabios!, no se acordara de mencionarlo en sus cuentas oficiales y, para hacer que estas le cuadraran, cargara el importe de la compra a cuenta de un viaje a China, es algo que no tiene, evidentemente, nada de reprehensible. Por que él fue a China. Que los gastos de viaje se los pagara el Kuomintang comunista tampoco tiene nada de reprehensible. ¿Y por esto un año de prisión, aunque fuera con suspensión de la sentencia ¡Qué injusticia!

¿Y Mitterrand ¿Quién no conoce a François Mitterrand El Presidente de la República Francesa. El socialista de siempre. Bueno, de siempre, de siempre, lo que se dice de siempre, no. Un poco camaleoncillo sí ha sido, François. Y eso, como esperamos haber demostrado más arriba, añade un tinte más de gloria a su tersa imagen de estadista le da un toque de distinción inteligente, mundano y parisién.

Mitterrand, como hijo de una familia burguesa y adinerada, militó primero en partidos derechistas para pasar luego al Partido Radical, que estaba ubicado dentro del espectro político francés, como dirían los innovadores modernos del castellano, hacia el Centro-Derecha. Cuando se produjo la debacle francesa de Mayo de 1940, fue pétainista, como muchos franceses, la gran mayoría, entonces. Incluso fue fotografiado luciendo la francisque, escudo de los partidarios del Mariscal. Al llegar los primeros reveses alemanes, su inteligencia le aconsejó cambiar de campo e incluso dicen que participó en la Resistencia, como casi todos los franceses, según parece, aun cuando en la época los alemanes no se apercebieran de ello.

Tras la guerra, De Gaulle, del que luego sería gran enemigo personal y político, le nombró Secretario General de los Prisioneros de Guerra. Luego se hizo elegir alcalde, como independiente, pero con los votos de la Derecha. A continuación pasó al Partido Socialista, fue candidato presidencial, dos veces, ambas vencido, por la Federación de la Izquierda Democrática y Socialista y finalmente, candidato vencedor en 1981. Una brillante trayectoria, como se ve, Pero nadie lo hubiera dicho, en 1961, cuando se produjo el escandaloso caso del atentado de los Jardines del Observatorio, de París.

En efecto, un buen día, François Mitterrand, que fustigaba constantemente a los demagogos fascistas de la O.A.S. de Argel y a sus esbirros de Francia se presentó pálido y demacrado, y cubierto de fango, en un comisariado de policía de Paris, afirmando haber sido objeto de un atentado. Presentó querrela por atentado contra su vida; la querrela, naturalmente era contra desconocidos. Aquella misma

tarde, toda la prensa francesa y europea hablaba del atentado de la O.A.S. contra Mitterrand, el líder socialista de la Izquierda francesa Mitterrand habría sido, según su declaración jurada, atacado en el Jardín del Observatorio y, para poner a salvo su vida, abandonó el coche, que se le caló al chófer en aquel mismo momento, y huyó a través de los matorrales, arrastrándose por el césped, empapado por una reciente lluvia. Se organizó, a toda prisa, una manifestación antifascista y de apoyo al mártir potencial, Mitterrand, para el día siguiente. Pero el día siguiente, en vez de manifestación, lo que hubo fue una detención de François Mitterrand, acusado por el juez de ultrajes a magistrado, falsa denuncia y perjurio. ¡Sensación! ¿Qué había pasado

Según manifestó, con toda clase de pelos y detalles, toda la prensa francesa del día siguiente, un tal Robert Pesquet, ex-diputado derechista, fue abordado por el propio François Mitterrand, quien le propuso organizar un falso atentado del que luego se culparía a sus enemigos políticos de la O.A.S. Se convino que tendría lugar en sitio apartado y se concretó que sería en el Jardín del Observatorio. Mitterrand, al oír unos disparos que se harían por encima de su coche, saldría corriendo de éste, que se calaría en aquel preciso momento, se arrastraría por el césped y llegaría jadeante al comisariado de policía donde presentaría una denuncia.

Robert Pesquet mandó, desde Suiza, una carta al magistrado, matasellada dos días antes del atentado, adjuntando el cheque que había recibido en pago anticipado a sus servicios, dando pelos y señales del lugar del atentado, y afirmando que las salvas al cielo, por encima del coche de Mitterrand, las había de disparar un amigo suyo.

Mitterrand puso el grito en el cielo, afirmando ser víctima de una conjura, para desacreditarle. Las gentes ingratas y malpensantes no le hicieron caso. Los argumentos de los que no creían a Mitterrand eran pueriles. Preguntaban Si se trata de una conjura y Pesquet miente ¿cómo sabía éste que el coche de Mitterrand iba a calarse en ese preciso momento ¿Cómo podía saber Pesquet que Mitterrand iba a salir corriendo y arrastrarse por el césped ¿cómo pudo saber Pesquet que Mitterrand iba a presentarse en el comisariado de policía en que se presentó y no en cualquiera de los otros dos que se hallaban en aquella zona, y a una distancia pareja ¿cómo pudo tener Pesquet un cheque firmado por Mitterrand ¿cómo pudo saber Pesquet que Mitterrand iba a echarle las culpas a la O.A.S.

Como vemos, preguntas pueriles. Los malpensados de siempre afirmaron que el clan De Gaulle, entonces en el poder, mercadeó con Mitterrand la retirada de éste como candidato a la cabeza de la oposición al General-Presidente, a cambio de la retirada de la demanda judicial del magistrado que acusaba a Mitterrand de tres delitos contra la justicia francesa. Mitterrand se pasó casi cinco años en el ostracismo. Entretanto, sus enemigos todavía le llaman Saint Francois de Salves, o San Francisco de Salvass, ironizando con el parecido eufónico con San Francisco de Sales.

Otro gran hombre, injustamente criticado ha sido Willi Brandt. Sus enemigos pretenden que se llama, en realidad, Herbert Karl Frahme. Frahme era el apellido de su madre, por cierto judía. Le acusan de que, el 30 de enero de 1933,

precisamente el mismo día en que los nacionalsocialistas ganaban las elecciones en Alemania, asesino, en una reyerta electoral, a un marinero en la ciudad de Lubeck, poniéndose a salvo en un bote con el que llegó a la costa danesa. Esto lo publicó no hace mucho, en la Alemania Federal, una revista editada por un partido cristianodemócrata, el C.D.U. (118). De Dinamarca pasó Brandt a Suecia, donde estuvo todo el tiempo que duró la guerra, hablando por radio contra su patria y escribiendo un libro cuyo título De los alemanes y otros criminales es autoexplicativo. Si Alemania hubiera ganado la guerra, Willi Brandt hubiera sido considerado un traidor, a parte de la acusación de asesinato del marinero de Lubeck que contra él pesaba. Pero Alemania perdió la guerra y esto convirtió a Willi Brandt en el gran hombre que es hogaño. Desde burgomaestre de Berlín Occidental hasta Presidente del Gobierno de la República Federal Alemana, pasando por el Premio Nobel de la Paz.

Por cierto que este gran hombre ha protagonizado, según la prensa de diciembre de 1982, un episodio más bien chusco en la ciudad de Nürnberg. Recibido por el consistorio en pleno de dicha ciudad, Willi Brandt tuvo que escuchar la siguiente frase, pronunciado por el Alcalde Herr Brandt, hace unos años, cuando Vd. honró a esta ciudad con su visita, le regalamos esta reproducción única y extremadamente valiosa, de la famosa Biblia de Nürnberg. La hemos recuperado, comprándonosela al mercader de libros usados a quien Vd. se la vendió, y la guardaremos celosamente, dado su valor cultural que tan poco parece haber apreciado Usted. La escueta noticia de agencia no precisaba si Herr Willi, por su parte, apreció el cumplido.

Como dice el proverbio, vulgar y hortera, en todas partes cuecen habas. Hace unos meses, O'Leary, el Ministro del Interior de la República de Irlanda debía dimitir de su cargo por haberse descubierto que daba refugio en su propia casa, a un delincuente buscado por sus propios funcionarios. Dicho delincuente, por otra parte, resultó ser homosexual. Y hace apenas un año, hubo en Italia un escándalo mayúsculo, el mayor de su historia en términos puramente dinerarios, al comprobarse que era nada menos que un general, Director de las Aduanas de la República, el principal implicado en un asunto de contrabando de petróleo, importado de Libia, exento de derechos de aduanas y comprado a precio más bajo que el de su curso mundial por estar destinado al uso de orfanatos y escuelas... para resultar luego que dicho petróleo era vendido en el mercado negro. Y todavía colea el reciente caso del oportunísimo suicidio del financiero Calvi, que ha puesto de manifiesto una serie de irregularidades bancarias en conexión, según se asegura, con la Banca Vaticana. También fue en Italia donde el Presidente del Gobierno, Leone, debió dimitir hará unos tres años, por tráfico de influencia. Parece que nuestros pronombres, en Occidente, tienen un don especial para mezclarse en asuntos indelicados. Y si no, ¿qué decir del, en su día, famoso caso de los diamantes de Bokassa, que tanto salpicaron al propio Presidente de la República Francesa, Giscard d'Estaing. El asunto merece ser estudiado con cierto detenimiento.

Jean-Bedel Bokassa, presidente vitalicio, y luego Emperador, por su propia gracia, de la República Centroafricana, con el nombre de Bokassa I, reinaba como un verdadero tirano sanguinario en la antigua colonia francesa de Ubangui-Chari. Como sus brutalidades no molestaban a nadie importante, y sólo a pobres diablos compatriotas suyos, el Establishment no se preocupaba mucho de él. Pero un buen día el Emperador Bokassa I tuvo la veleidad de vender sus diamantes -de los que su país es uno de los principales productores del mundo- sin pasar por los circuitos establecidos por los poderes fácticos. Entonces se desató una campaña de prensa a escala mundial, y unidades de comandos del Ejército Francés dieron un golpe de estado, pretextando acudir en socorro de la oposición democrática del anterior presidente, David Dacko. Bokassa I fue depuesto y huyó a Adibjan, en la Costa del Marfil. En su domicilio se encontró un enorme refrigerador repleto de carne humana. Pero también se encontraron otras cosas. Por ejemplo, documentos altamente comprometedores que incriminaban a varios ministros franceses y al propio Presidente de la República, Valéry Giscard d'Estaing. Dichos documentos son unas órdenes firmadas por el Emperador Bokassa, para que se hicieran llegar a Giscard d'Estaing, diamantes valorados en un millón de francos franceses. Esto fue descubierto por varios periódicos galos, Le Canard Enchaîné, en primer lugar, y luego Le Monde. Además, se demostraba que habían habido otros beneficiarios de las larguezas del Emperador en primer lugar miembros de la familia del Presidente de la República, sus primos hermanos François y Jacques Giscard d'Estaing, su hermano Olivier y luego dos ministros, el de la Cooperación, Robert Galley, y el de la Defensa, Yvon Bourges, así como René Journiac, consejero técnico de la Presidencia para los Asuntos Africanos. El artículo de Le Monde es demoledor. Se evocan los intereses inmensos de los Giscard d'Estaing en el Continente Negro y sus inversiones en la República Centroafricana. Y se recuerda que Giscard d'Estaing ayudó constantemente a Bokassa y le hizo conceder unos empréstitos, sin precedentes, contrarios incluso al sentimiento de sus ministros. El día siguiente, Le Monde vuelve a la carga. Giscard d'Estaing recibió, por lo menos, otro principesco regalo en 1973, cuando todavía no era Presidente, pero sí Ministro de Finanzas con Pompidou. Como Ministro de Finanzas, era el patrón máximo de las Aduanas Francesas. A su regreso, tenía la obligación de declarar los diamantes, precisar su valor o hacerlos tasar por un experto, y pagar los derechos arancelarios. Como decía Le Canard Enchaîné Si el Señor Giscard d'Estaing omitió esas formalidades, Francia tiene hoy, como Presidente, un traficante de diamantes.

Pero parece que el asunto era mucho más grave que una simple omisión aduanera. El apoyo de Francia a la República Centroafricana fue, durante muchos años, tan decisivo como inexplicable. Sólo cuando Bokassa se tomó demasiado en serio a sí mismo e infringió la regla no escrita -pero inflexible- de los circuitos diamantíferos, debió Giscard d'Estaing mandar a sus comandos para liquidar el régimen de aquél. Bokassa debía ser capturado por los comandos, pero logró escapar, sorprendentemente, a Abidjan. Posteriormente saldrían a la luz muchos más regalos de Bokassa, elevándose, según expertos, a unos diez millones de francos.

En tiempo de la presidencia de Giscard d'Estaing, por otra parte, hubo otros numerosos escándalos. Por ejemplo, el asesinato del Príncipe Jean De Broglie, cinco veces ministro con De Gaulle, Pompidou y Giscard d'Estaing, mezclado en negocios sucios y en quien confiaban, según parece, los dirigentes del holding español Matesa para obtener 20 millones de dólares precisos para salvar su negocio de maquinaria textil (119). Parece ser que De' Broglie, Ministro de Asuntos Sociales, se suicidó cuando se montó contra él una tremenda campaña de prensa, acusándole de prevaricación. Joseph Fontanet, Ministro de Sanidad, era asesinado cuando corrían rumores insistentes de que se había embarcado en negocios dudosos, que habían salido mal, con el financiero Théo Braun. Jacques Médecin, viejo político derechista, alcalde de Niza, resultó igualmente complicado en un asunto de juego clandestino. Podríamos mencionar muchísimos más casos, pero creemos que como pequeño muestrario significativo, en Francia, ya basta.

Reciente es también el caso del Príncipe Bernardo de Holanda, aceptando comisiones de la compañía multinacional Lockheed, Reciente y curioso, Más que curioso, raro. Muy raro que a un personaje de la importancia política del Príncipe Consorte de los Países Bajos, Bilderberger de la primera hora, le pase lo que le pasó. Es decir, que se descubra y se le dé publicidad al asunto. ¿Qué sucedió ¿Qué error, qué indiscreción, que tontería cometió el Príncipe para que saliera a la luz el asunto de las comisiones bajo mano No lo sabemos, y tal vez no se sepa nunca. Pero lo que parece evidente es que, a parte del Príncipe Bernardo, muchos otros personajes debieron palpar tales comisiones, y se mantuvo secreto.

Donde guardan los secretos bajo llave es en Inglaterra, a menos de que los políticos ingleses sean los más honrados de todos. Es posible. Aunque extraño, pues una nación como la inglesa, que inventó la piratería oficial, retribuida y ennoblecida, parece tener escasos escándalos entre los servidores del pueblo soberano. Recordemos, simplemente, que fue la Reina Isabel I la que puso en práctica el sistema del fifty - fifty (cincuenta - cincuenta, o mitad - mitad), según el cual los piratas británicos sólo podrían atacar a buques extranjeros, y aún de determinados pabellones. El botín sería repartido a partes iguales entre la Corona Británica y los piratas. Si infringían la regla y atacaban a un barco inglés, o de pabellón protegido eventualmente por Inglaterra, o se sospechaba que no presentaban claras las cuentas de sus rapiñas, eran ahorcados. Los que cumplían fielmente la regla del fifty - fifty no sólo se hacían ricos, sino que alcanzaban títulos de nobleza, como Drake, Morgan y Raleigh.

En los Estados Unidos el gangsterismo y la política están tan poderosamente imbricados que nos negamos a escribir quince páginas dedicadas exclusivamente a este tema. El difunto Presidente Johnson fue uno de los más destacados en ese terreno. Pero el ejemplo más típico es el de la familia Kennedy. Los descendientes de un contrabandista de alcohol en tiempos de la Ley Seca, gracias a su dinero e influencia, se internaron tanto en terreno de la política, que si ya el viejo Joseph P. Kennedy llegó a embajador de los Estados Unidos en Londres, sus hijos llegarían aún más lejos. John Fitzgerald llegó a Presidente del país, y

murió asesinado en circunstancias aún hoy sumidas en la obscuridad. También fue asesinado el hermano Robert, que llegaría a Ministro de Justicia; y Edward, el hermano más joven, a pesar del ya mencionado escándalo del homicidio por omisión de su joven secretaria, es una de las figuras más en boga del Partido Demócrata. Y ya que estamos en los Estados Unidos, no podemos omitir el caso del famoso sionista Harry Dexter White (a) Weiss, Secretario del Tesoro, que gozó de la máxima confianza de Truman y vendió a los soviéticos nada menos que las planchas para hacer dólares y la fórmula secreta del papel y las tintas. Las pérdidas causadas a la economía americana por ese bussinessman fueron brutales.

Mucho menos brutales, pero sí muy escandalosas fueron las consecuencias del tráfico de influencia a que se entregó, muy provechosamente, Billy Carter, hermano del entonces Presidente, Jimmy Carter.

En cambio, es curioso que los dos casos más pregonados de corrupción, alcanzando a la presidencia de la gran República norteamericana, fueran y objetivamente hablando, relativamente banales. Nos estarnos refiriendo al Tea Pot Dome Scandal y al Caso Watergate.

El Presidente Warren Gamaliel Harding se dedicó más vigorosamente a jugar al póker durante su mandato en la Casa Blanca que a los intereses de la nación. Los otros jugadores de lo que se llegó a llamar el Gabinete del Póker eran el Secretario del Interior Albert Fall, el Fiscal General de la República Harry Daugherty, el Director de la Oficina de Veteranos del Ejército Charles R. Forbes y el ex-gángster Jesse Smith, que luego de una brillante carrera en el hampa se dedicó a la política. Acusados de haber utilizado fondos públicos (una cantidad comparativamente modesta) para subvenir a deudas de juego, Fall y Forbes fueron a la cárcel, Daugherty se salvó por los pelos, y Smith cometió suicidio. El escándalo fue mayúsculo, aunque, comparado con casos posteriores, e incluso anteriores, la falta podría calificarse de leve, dadas las costumbres imperantes, al parecer, en los altos cenáculos políticos (120).

El Presidente Richard M. Nixon, fue acusado de haber permitido que sus hombres de mano, al servicio del Partido Republicano, espieran en el Hotel Watergate, donde estaban las oficinas del Partido Demócrata durante las elecciones presidenciales de 1972. El diario Washington Post y concretamente sus dos periodistas principales, Woodward y Bernstein, organizaron una campaña sin precedentes y totalmente desproporcionado a la magnitud del pecado cometido. Pues público y notorio es, y ha sido siempre, que en todas las campañas presidenciales de aquél país se han espionado unos a otros tanto como han podido. Nixon fue acusado de haber 'mentido y, para evitar el impeachment o destitución por el Congreso, debió dimitir. Ridículo, pues por idénticos motivos, pero mucho más graves en el fondo, presidentes como Wilson, Roosevelt, Truman, Kennedy, Johnson o Carter debieron haber ido a presidio por el resto de sus vidas. Muy curioso también que Kissinger, el hombre que más sabía -y probablemente podía- en el Partido gubernamental, no fuera acusado de nada. Para quien quiera que se haya preocupado, con cierta profundidad, de los entresijos de la moderna política,

resulta evidente que el llamado Caso Watergate no fue más que un pretexto utilizado para castigar al Presidente Nixon, que había osado paralizar, con una orden directa suya, a la VI Flota Americana en el Mediterráneo, impidiéndole que con su radar interfiriera a la detección antiaérea egipcia y posibilitara una victoria fulgurante de los israelíes tal como ya sucediera en 1967. Nixon pretendió jugar la carta de la neutralidad entre árabes y judíos, y esto lo pagó con el ostracismo político. Algo similar le ocurrió a su primer Vice Presidente, Spiro Agnew, que, tras denunciar la abusiva influencia del Sionismo en los asuntos internos y externos de los Estados Unidos, fue espectacularmente defenestrado. Finalmente -no hay dos sin tres- también debió dimitir, por idénticos motivos, el General Brown, Jefe del Alto Estado Mayor Conjunto del Ejército de los Estados Unidos.

Sórdidas historias, como se ve. Y no quisiéramos dar la impresión de que sólo ocurren en los países de Occidente y mayoritariamente en la gran democracia norteamericana. En la URSS son tan numerosos los casos de indelicadeza de los gobernantes, que el mencionarlos parecería innecesario. Baste leer cualquiera de los numerosos libros que sobre la Nomenklatura, o nueva clase política soviética, se han escrito ultimamente. Y el ejemplo les viene de lejos, a los nuevos jefes moscovitas. ¿Acaso no fue Stalin, en sus años mozos, un salteador de bancos

Y ¿qué decir de España ¿Cuántos saben que la palabra Estraperlo, tan puesta en boga por la práctica casi general en los años cuarenta y cincuenta, deriva de un escandaloso caso, promovido por dos aventureros sionistas, Strauss y Perlowitz, en el que se vió envuelto, indirectamente, el Presidente del Gobierno de la II República Española, en 1934, Alejandro Lerroux ¿Qué decir del financiero Juan March, encarcelado en Cartagena y huído luego a Gibraltar, con todos sus carceleros, y ayudando a la victoria de las tropas del General Franco en la Guerra Civil Y ya no queremos entrar en el envío del oro del Banco de España a Odessa, ni de los escándalos Matesa, Sofico, Aceites de Redondela, Aceite Asesino (colza), Rumasa, por que, con infinito respeto y no menos infinita precaución, creemos no es prudente profundizar demasiado. Habrán muchas garantías de libertad de expresión. El espíritu democrático es fuerte, si se quiere. Pero ya se sabe que el espíritu es fuerte, pero la carne flaca. El lector amigo tiene suficiente inteligencia para asociar a los casos arriba mencionados, nombres y circunstancias que están en el ánimo de todos.

LAS IDEOLOGIAS

Para reclutar a las masas ignaras, o de excesiva buena fé, muy a menudo los estadistas han debido recurrir al señuelo de las ideologías. Grandes conceptos,

grandes palabras, pero detrás de todo, constantes históricas, intereses nacionales, en definitiva, Alta Política. Es así. Si la Religión separa a los hombres morales de los inmorales; la Estética a las cosas en bellas y feas; si la Economía se ocupa de lo provechoso y lo inútil, la Política divide a los hombres en amigos y enemigos. No importa que guste o no. Los estados nacionales (las Naciones-Idea, como dirían Spengler y Yockey), son organismos vivos que existen independientemente del agrado o el desagrado de los individuos. El substrato portador de la Idea Nacional, la élite dirigente, si se prefiere, ha debido siempre, para utilizar a las masas pasivas, esgrimir ideas que galvanizaran a aquéllas. Dichas ideas no han debido ser necesariamente falsas, o inmorales; dichas ideas han podido, muy a menudo, ser útiles o efectivas para los entes nacionales que las han utilizado. O han podido, igualmente, ser falsas o inmorales, inútiles o detestables. Para los efectos políticos, es igual. La Política auténtica -la Alta Política- se ocupa de hechos. Y para conseguir plasmar esos hechos debe recurrir a diversas herramientas, cuya única justificación política es su utilidad, es decir, su adecuación al fin.

Da igual que lo anterior suene a cinismo. Es un hecho. Y es así. Lo grotesco asoma cuando ciertos charlatanes metidos a políticos han empezado, sin necesidad, a hablar como clérigos; a veces, como clérigos laicos. Cuanto mayor es el grado de decadencia moral y biológica en que se debate un pueblo, menor es su instinto vital y su afán combativo. Para reavivar ese instinto, el substrato dirigente debe acentuar su presión a base de ideas. Y así tenemos que, oficialmente, Inglaterra, en 1914, lucha por la defensa de la pequeña Bélgica. Como en 1939 luchará otra vez por un débil agredido Polonia. El hecho de que en ambas circunstancias el agresor (término polémico y falso, pues siempre se es el agresor de alguien) fuera un competidor comercial, técnico y militar, es decir, político, de Inglaterra es -para los cultivadores de la ideología de turno- una mera coincidencia. Antes, a finales del siglo pasado, Inglaterra había luchado por la Cristiandad, es decir, por los griegos contra los turcos, los despojos de cuyo imperio codiciaban los clarividentes políticos londinenses. El siglo anterior, luchó contra Francia, y antes contra España, pero era... por la libertad de los mares. Incluso la llamada Guerra de los Arenques, limitando los derechos piscícolas holandeses en el Mar del Norte, fue una guerra por la libertad naval. Y falso sería pretender que Inglaterra detenta una especie de hegemonía en el mundo de las excusas ideológicas. Es más, estamos convencidos de que muchos ingleses, dirigentes incluidos, llegaron a creer alguna vez que luchaban por la Cristiandad, por la Libertad y en defensa de los débiles.

Como estamos convencidos igualmente de que hubo -Y hay- muchos españoles convencidos de que sus antepasados fueron a América a evangelizar a los indios, y no por los mismos motivos por los cuales hogaño muchos españoles van a Alemania, es decir, a ganarse la vida. El episodio de Francisco Pizarro prometiendo la vida salva al Inca Atahualpa si a cambio le llenaba todo el aposento de oro hasta donde alcanzara su brazo extendido y haciendo luego ejecutar al jefe indio que había cumplido la exigencia del ex-porquerizo extremeño

es de una vileza difícilmente igualable en toda la Historia Universal. Mientras el gesto de Hernán Cortés haciendo -quemar sus naves para impedir la huída de sus hombres es, en cambio, de una belleza incomparable. Torpezas y heroicidades se turnan en la gesta española en América, como heroicidades y torpezas se alternan en la gesta británica en todos los mares del planeta.

Como se alternan en las Cruzadas, a la vez expresión del instinto imperial europeo, empresa comercial (Venecia, Génova), bancaria y rateril (Templarios, Malta) y heroica (Ricardo Corazón de León). Cuando los estadistas europeos preconizan una Cruzada tras otra, ¿son, acaso, unos hipócritas No. Ni son unos hipócritas ni unos niños. No son unos ángeles ni unos demonios. Son hombres que persiguen, cada uno, su destino, mientras el Subconsciente Colectivo les empuja, por el bien de su Raza, de su Nación, a conquistar tierras en Oriente, para consolidar la existencia de Occidente, su Patria. ¿Cínico Richelieu, un Cardenal de la Iglesia, cuando se alía con los mahometanos turcos contra las católicas Austria y España No más que el rey-monje, Carlos V, cuando permite el saqueo de Roma o que Pedro II de Aragón, llamado el Católico, que muere luchando contra los cruzados de Simon de Montfort y en pro de los herejes cátaros.

Los hombres siempre han luchado en nombre de unas ideas, pero han luchado por su patria. Y, a menudo, sin darse cuenta. Sólo los genios, cuya existencia transcurre por encima del tiempo, se aperciben de ello. Como Napoleón cuando afirmaba que sólo reconocía la existencia de dos naciones, en última instancia Oriente y Occidente.

Y sin embargo... Sin embargo esto sólo ocurría en los buenos, viejos tiempos. Hoy la Idea ha sido suplantada por las ideas, de la misma manera que la Libertad ha tomado el relevo de las libertades. Las ideas, cuyo conjunto forman las ideologías. Las modernas ideologías, que son, en realidad, antiquísimas. Pues el Marxismo no fue inventado, si no reinventado por Marx. Muchos siglos antes lo había inventado un correligionario suyo el Faraón usurpador José, imponiéndolo en Egipto. El Marxismo es la consecuencia lógica e ineluctable de las modernas ideologías que parten del Liberalismo y del trilema Libertad - Igualdad - Fraternidad. Se puede razonar pero ello escapa del ámbito del presente libro, que se ocupa sólo de las tragicomedias, errores y payasadas humanas, en su vertiente histórica. Y para comprobarlo basta con observar los hechos. No hay país socialista -como dicen en la URSS y satélites- no hay país marxista que no haya pasado por la fase previa del Liberalismo.

Los marxistas, hogaño en el poder en varios países de la Europa residual, llamada libre por contraste con el gulag concentracionario soviético, parten, en su estrategia, de algo esencial en la vida de los hombres. Parten del dinero. Para ellos, como diríamos parodiando a Marcel Aymé, el dinero es el dinero de los demás. Y ello se explica fácilmente pues el Marxismo, pese a su empaque científico no tiene nada de complicado. El Marxismo es estatismo con mucha literatura igualitario alrededor. No obstante, no se trata, para el Marxismo, de

implantar la Igualdad. Se trata de quitarles cada vez más a las gentes que producen riqueza, con objeto de mantener cada vez mejor a un número cada vez mayor de Funcionarios y de colmar el déficit endémico de un sector público cada vez más inepto. Todas las experiencias marxistas en este Planeta se resumen a esto.

Empero, la literatura igualitaria es muy útil. Sirve para soliviantar a la opinión contra las gentes a las que se expolia. Esas gentes, para mayor inri, sólo son industriales, comerciantes, artesanos libres y propietarios del agro; nunca son banqueros; nunca son financieros. Siempre productores de riqueza. Contra esos productores se azuza la ignorancia de las masas. Luego, en nombre de la justicia social, de la solidaridad humana, de la democracia, o lo que sea, se les dice, mientras se les arrebató la cartera Debierais avergonzaros de haber trabajado por el dinero que os quitamos.

Estas gentes no son sólo los ricos. Se cree que el Marxismo combate a los ricos para beneficiar a los pobres. Por tal motivo aparece como fundamentalmente generoso y es tan ingrata la crítica contra él. Pero su principal objetivo no es suprimir a los ricos. Tampoco es enriquecer a los pobres. Es aniquilar la resistencia en las clases motrices. El Marxismo lleva a cabo un combate contra todos los europeos, contra todos los occidentales, ricos, de media fortuna e incluso pobres, que pertenecen al sector privado y cuyo trabajo produce riqueza, para obligarles a aceptar que una parte cada vez mayor del producto de sus esfuerzos revierta al Estado, al Monstruo frío, a sus oficinas, a sus departamentos, a sus organismos de control y de asistencia, al funcionariado y al sector público. Se trata de una verdadera lucha de clases. Tienen razón los marxistas cuando tal afirman. Pero no de la lucha de clases que comúnmente se cree.

Tenemos el ejemplo en Francia, cuyo régimen socialista se enorgullece de proclamarse marxista y en cuyo gobierno figuran cuatro comunistas oficiales y, por lo menos, otros dos muy sospechosos de serlo de matute. En Francia hay, hoy día, cuatro millones de funcionarios, lo que supone un récord europeo. Casi tres millones y medio de esos funcionarios están sindicados. La riqueza nacional es producida por otros veinte millones de franceses, entre los cuales sólo un quince por ciento están sindicados (121), lo que también significa un récord europeo. Y aún las dos terceras partes de esos sindicados pertenecen a empresas nacionalizadas. Es decir, que sólo un 5 por ciento de los franceses que trabajan fuera de la órbita del Estado están sindicados, mientras el 88 por ciento de los funcionarios, en cambio, sí lo están. Esto significa que un enorme trasto, una estructura fenomenal -Estado, sector público y sindicatos- debe literalmente su existencia al trabajo de los demás ciudadanos y así prolifera, aumenta su poderío, su autoridad y sus privilegios exigiendo insaciablemente, más tajada de la renta nacional. Esta estructura pretende cínicamente que encarna y expresa el pueblo de izquierdas. Es una impostura. Es sólo una impostura. Es sólo una manera de idealizar a una vasta oligarquía para la cual el estatismo, el centralismo y el sindicalismo son unos medios para confiscar, manipular, absorber, bajo el manido pretexto de la redistribución de la riqueza y de la Igualdad, el fruto del trabajo

productivo de la nación (122).

El Marxismo es una herramienta de trabajo. Exactamente, una herramienta de combate contra el pueblo a quien se le impone. Una herramienta ideológica. En Francia, los impuestos obligatorios, a la base, en cualquier sociedad, en cualquier actividad, grande o pequeña, son del orden del 50 por ciento. Luego vienen los arbitrios y cotizaciones municipales, las multas y las mejoras sociales bautizadas así por las necesidades de la causa pero que representan un gasto suplementario. Y luego, a la hora de repartir los beneficios generados A PESAR DEL ESTADO PROVIDENCIA el impuesto sobre los beneficios que es, además, progresivo, de manera que en Francia por diversos conceptos el Estado puede llegar a quedarse hasta el 91'5 de lo que se ha ganado honradamente; en Suecia el 94 y en Inglaterra, a pesar del frenazo dado por los conservadores, el 93. Es una expropiación legal y a nadie puede extrañar que ante la agresión de que es objeto el trabajo productivo y su hija legítima, la Propiedad, las gentes que no están encuadradas en el Sistema Marxista busquen defenderse por los medios que el omnipotente monstruo frío no pueda contrarrestar. Y así sucede que proliferan las transacciones subterráneas, los pagos debajo de la mesa, los servicios sin factura y la honorabilidad desaparece paulatinamente de la vida cotidiana, pues sería estúpido pedir que ante una agresión como la que sufre el ciudadano no enchufado éste tuviera, además, que luchar con el lirio en la mano. Con este loco Sistema que fatalmente debe desembocar, lo repetimos, en el Marxismo, los pobres se convierten en más pobres, los ricos se empobrecen y los funcionarios y la clase política se pavonean. La oligarquía que sirve a los Poderes Fácticos es de más en más próspera y de más en más poderosa. Es a ella a quien los marxistas han prometido el cambio.

Para esto han servido las ideologías. Para imponer la dictadura combatiendo al Trabajo y halagando a los trabajadores. Antes, las ideologías estaban al servicio de las naciones y, con ciertas restricciones mentales y reservas, hasta se creía -al menos, algo- en ellas. Hoy están al servicio del Gran Parásito, de unos Poderes Fácticos, que las utilizan para dominar a los pueblos, narcotizándoles con el embrujo de bellas palabras. Y los que las utilizan con tan singular provecho, por supuesto no creen en ellas. ¡Pobre Maquiavelo, el incomprendido! El preconizaba la astucia, el fingimiento y el engaño, en Política, para vencer al Enemigo. Nuestros domésticos maquiavelos de vía estrecha engañan y fingen astutamente servir a sus pueblos, para servirse de ellos. Es así.

Y VA DE RECORDS...

Debido tal vez al espíritu agónico típicamente americano que se ha ido imponiendo en nuestra vida cotidiana, la obsesión por los récords se ha convertido en parte irreversible de ella. Como sea que en el epígrafe anterior, sin quererlo, hemos debido fruncir el ceño, nos proponemos volver al talante que hemos querido imprimir a este libro con el relato de unos cuantos récords que nos han parecido pintorescos. Y para enlazar en cierto modo con el epígrafe precedente, dedicado a las ideas y a su manipulación, empezaremos con el que, a nuestro juicio, constituye el récord mundial de las hazañas diplomáticas históricas la creación del Estado de Mosquito.

A mediados del siglo XIX, una compañía privada, respaldada simultáneamente por los gobiernos norteamericano y francés, se propuso construir, en Nicaragua, un canal que pusiera en comunicación los océanos Atlántico y Pacífico. Inglaterra se propuso controlarlo, siempre fiel a su genial política naval, que le dictaba poseer puntos de apoyo en los pasos marítimos de importancia estratégica, o lo más cerca posible de ellos. Así que un buen día el embajador británico en Nicaragua se presentó ante el presidente de aquella pequeña república y le informó de que el gobierno británico estaba muy preocupado por el estado de abandono en que se hallaban los indios Mosquitos que, en número de unos tres mil quinientos habitaban la costa atlántica de Nicaragua en los alrededores del puerto de Juan del Norte. Los Mosquitos tenían derecho a constituirse en estado independiente y soberano, le dijo muy seriamente el embajador británico al presidente nicaragüense. El Estado Mosquito fue proclamado en 1841, y Juan del Norte cambió su nombre por el de Greytown. Los nicaragüenses iniciaron un simulacro de reconquista de su costa atlántica pero Inglaterra mandó a un par de cañoneras y las hostilidades no llegaron a romperse. Desde 1841 hasta 1860, el Estado Mosquito fue independiente, bajo protección inglesa. Cuando el proyecto del Canal de Nicaragua fue abandonado, Inglaterra se olvidó de los Mosquitos y Nicaragua recuperó el territorio sin que aquella protestara en absoluto.

Inglaterra ha sido maestra en la creación de estados ficticios. Cuando en el Congreso de Viena se instauró un nuevo orden político en Europa, Inglaterra quiso asegurarse una zona de influencia en el Adriático, sin anexionarse ningún territorio formalmente. Así fue inventado el llamado Estado Libre de las Islas Jónicas que, como simulacro de país libre existió bajo protectorado británico hasta 1863 en que Inglaterra se lo vendió prácticamente a Grecia a cambio de la alianza de ésta contra los turcos, entonces enemigos de, Inglaterra por razones geopolíticas. Con todo, creemos que el récord de las hazañas diplomáticas históricas lo constituye la creación del Estado Mosquito, quedando el Estado Libre de las Islas Jónicas en un discreto segundo lugar.

En parecido orden de ideas se hallan los estados cuña. Es un hecho histórico que, desde tiempo inmemorial, dos estados enemigos hayan disminuido el peligro

de guerra creando entre ellos una zona deshabitada y neutral, de extensión a veces considerable. En nuestra época, con el aumento de la densidad de población que obliga a aprovechar toda parcela de tierra cultivable y todo salto de agua ya no es posible la existencia de franjas fronterizas artificialmente desiertas. Para obviar este inconveniente la diplomacia de las grandes potencias ha introducido en la práctica los llamados estados cuña, forma particular de los estados constituidos o sostenidos artificialmente. Tales estados son pequeñas formaciones situadas entre las fronteras o las zonas de influencia de las grandes naciones. No pueden mantener su independencia política por el peso de su propia fuerza, pero la rivalidad de sus poderosos vecinos es para ellos un seguro de vida relativamente fiable. El récord mundial de los estados cuña es, creemos, Bélgica, creada políticamente en 1839 por no ser ya posible conciliar pacíficamente los intereses antagónicos de los estados vecinos Francia, Prusia, Holanda y, sobre todo, Inglaterra. La causa principal de la invención de Bélgica fue el deseo inglés de que no cayera en manos de Francia el importante puerto de Amberes. Al mismo tiempo, tampoco le interesaba a Inglaterra que Prusia se asomara al Canal de la Mancha, ni que Holanda fuera demasiado fuerte. A Inglaterra le interesaba que en el Canal -que en las Islas Británicas llaman English Channel, o Canal Inglés- no se instalara ninguna gran potencia, si no a ser posible dos potencias de segundo orden. Así se parió Bélgica, uniendo a la comunidad flamenca, que fue separada de Holanda, con la comunidad valona, a su vez separada de Francia, mientras al mismo tiempo se creaba el estadito de Luxemburgo. Inglaterra hizo garantizar la neutralidad de Bélgica, pero tal neutralidad fue unilateral, ya que cuando a Inglaterra le convino, Bélgica firmó convenios militares con Francia e Inglaterra contra Alemania, ya desde 1906, y a pesar de que el primer rey de ese estado creado ex nihilo por la sabia diplomacia inglesa fue Leopoldo de Sajonia-Coburgo, un príncipe alemán.

Si abandonamos el terreno de la Historia para adentrarnos en el de las historias, también ahí encontraremos campo abonado para descubrir pintorescos récords. Por ejemplo, el del peor duelo que se conoce. En Diciembre de 1971, el Mariscal Mendoza le llamó socialista al General Bustamante. Ambos miles gloriosos pertenecían al Ejército Uruguayo. El insulto -o lo que el General Bustamante consideró tal-, debía ser lavado en el campo del honor. Un duelo a pistola, que tuvo lugar en un parque público de Montevideo, en plena madrugada, con asistencia de los padrinos y del perro de uno de los duelistas. Los dos guerreros se dispararon treinta y siete veces, desde una distancia de veinticinco pasos. Ninguno de los dos fue herido. Para ser exactos, ninguno fue herido por bala. Uno de los dos fue mordido por su perro que debió perder la razón ante el espectáculo. Explicando este sorprendente alto nivel de ineficiencia, el padrino del Mariscal dijo que ambos tiradores olvidaron calarse las gafas antes de iniciar el duelo (123).

El récord del arma más inútil lo ostenta, sin duda, la granada de mano núm. 74 S.T. inglesa, conocida afectuosamente, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial como la bomba pegadiza. La gracia de tal bomba consistía en que llevaba una substancia adhesiva que permitía engancharla en la superficie de un tanque

enemigo causando entonces muchos más desperfecto que si se enviaba por el sistema clásico, arrojándola al aire. Lo que sucedía es que la bomba pegadiza se enganchaba, también, en las manos del soldado que la manipulaba, lo que ocurría muy frecuentemente. Si tal sucedía, el soldado tenía exactamente cinco segundos para deshacerse del peligroso artefacto; si lo conseguía debía arrojar el artefacto, que pesaba unos tres kilos lo suficientemente lejos como para asegurar su propia continuidad en este valle de lágrimas. Fue el arma más impopular que se pidió al soldado británico que usara y, pese a la tradicional tozudez inglesa, fue abandonada en 1944 (124).

El récord mundial del peor experto en armas, en cambio, cabe atribuírselo a un alemán, también en el curso de la última guerra mundial. Desgraciadamente, no ha quedado constancia del nombre del quidam, que merecía pasar a la Historia. Cuando las tropas alemanas ocuparon el arsenal de Brest en 1940, capturaron un nuevo cañón pesado francés, secreto el Richelieu de 15 pulgadas. Los alemanes encargaron a uno de sus expertos en armas que investigara esa nueva arma. Había mucho interés en poder usarla cuanto antes. Pero nuestro hombre no era de esos a los que se pueden dar prisas. Hasta Abril de 1944 no entregó un enorme dossier detallando hasta los más minuciosos aspectos y capacidades del cañón. No obstante, el experto hizo constar que no sería posible utilizar esa arma hasta pasados dieciocho meses, ya que durante sus cuatro años de investigación había usado todas las municiones disponibles para llevar a cabo sus pruebas y, al haber olvidado tomar la precaución de anotar las características de los proyectiles, necesitaría un año y medio para solucionar el problema. No obstante, mi general, -le dijo al iracundo Von Rundstedt- no se preocupe Vd. Todo está en el dossier (125).

Otro récord mundial que sospechamos tardará en ser batido es el del Teniente Hiroo Onoda, del Ejército Imperial Japonés, que detenta la marca del soldado que más combatió -o, por lo menos, que más tiempo estuvo en servicio- en la Segunda Guerra Mundial. En efecto, a pesar de la continua ausencia de oposición armada durante veintinueve años, el Teniente Onoda, cada mañana, salía de su guarida en una remota isla de las filipinas y disparaba una salva en honor del Emperador. Hasta que el 10 de marzo de 1974, a las tres de la tarde, fue convencido por unos turistas de que la guerra había terminado en 1945. En realidad, ya en aquella época se le arrojaron, desde aeroplanos, sacos conteniendo cartas en las que se le decía que podía regresar a casa y que vendrían a buscarle, en helicóptero, a tal fin. Pero él creyó que era un truco de los yanquis para engañarle y se escondió (126).

Y ya que nos ocupamos de temas militares, creemos que debe ser mencionado el caso de la ocupación británica de las Islas de Georgia del Sur, donde se batió, a nuestro juicio, el récord mundial de las ceremonias ridículas. El capitán Alfredo Astiz, comandante de la guarnición argentina se rindió oficialmente al capitán David Pentreath de la fragata Plymouth y al capitán Nicholas Barker, de la

Endurance. La rendición se llevó a cabo con puntillosa ceremonia en la sala de oficiales del Plymouth, y el documento de rendición, escrito en tinta china y letra redondilla en un papel con los anagramas del Plymouth y del Endurance, fue redactado en el mismo estilo literario que se hubiera empleado en tiempos de Nelson

Por este solemne documento entrego incondicionalmente la base de Leith, en Georgia del Sur, y sus alrededores, con todas sus fortalezas, en el nombre del gobierno argentino a representantes de la Marina Real, de Su Graciosa Majestad Británica, este vigésimosexto día del mes de Abril del año de mil novecientos ochenta y dos. El Capitán Astiz, añadió de su puño y letra Debido a la superioridad de las fuerzas enemigas, me entrego, con honor, a las fuerzas británicas. El capitán Astiz vestía uniforme de gala y entregó su sable al capitán Pentreath. Este lo tomó y se lo entregó, a su vez, a un subalterno. Luego ambos jefes se cuadraron. Luego se dieron la mano. A continuación se repitió el ritual con el capitán Barker, omitiendo, claro es, la entrega de la espada. A continuación los tres jefes y el capitán del buque argentino Santa Fé, que se había rendido tras unas cuantas salvas que no le habían alcanzado, se reunieron para celebrar un ágape con velas (127). Precisemos, incidentalmente, que apenas se abrió el fuego y no hubo, afortunadamente, un sólo muerto. Sólo un soldado argentino herido en la pierna. Otro soldado argentino murió según parece, de accidente desgraciado, al huir de una patrulla inglesa que le perseguía por haberle visto salir corriendo de unos almacenes militares. Ciertamente, el fastuoso boato de la ceremonia de la rendición no guardó proporción con la magnitud de la batalla.

Antes hemos hablado de duelos de honor. Ahora queremos referirnos al más desgraciado de los duelos nacionales que se recuerdan. Nos referirnos a duelos obituarios. La República de la India estaba postrada en el dolor, ese 22 de marzo de 1979 tras haber Anunciado al Parlamento, el Primer Ministro Morarji Desai, que el gran patriota y más veterano de los estadistas, Jayaprakash Narayan, había muerto en un hospital de Bombay. El primer Ministro pronunció, entre sollozos, que pronto se contagiaron a los padres de la patria, un fúnebre elogio y anunció el aplazamiento de la sesión parlamentaria. Las banderas fueron puestas a media asta. La noticia fue comunicada a todo el Sub-Continente Indio. Las emisoras de radio emitieron música funeraria. Las escuelas y las tiendas cerraron en todo el país. Se observó una hora de silencio, sólo turbado por las ondas de la radio con su música sacra. Todos estaban contrariados por la horrenda noticia, pero nadie más que el señor Jayaprakash Narayan que se hallaba convaleciente en su cama, y acababa de enterarse de su propia muerte.

Lo lamento muchísimo, dijo, más tarde, el Primer Ministro. Parece ser que la información procedía del propio director de los Servicios de Contraespionaje, uno de cuyos agentes vio cómo sacaban, subrepticamente, un cadáver del hospital (128).

Y es que hasta los super-inteligentes miembros de los llamados Servicios de Inteligencia se equivocan, a veces. Pero ninguno como Mr. R.E. De Bruyker al

que no dudamos en otorgar el título de peor espía de la Historia. Ese diplomático belga, que espiaba en favor de la Unión Soviética, penetró en las oficinas de la base de la O.T.A.N. en Agnano, cerca de Nápoles, en 1976, dispuesto a reproducir, en microfilm, unos documentos calificados como top secret. Pero, sobre la marcha, se lo pensó mejor y decidió llevarse los documentos, mas como nadie es perfecto, y decididamente no puede uno pensar en todo, se dejó olvidada, encima de la mesa, la micro-cámara. Pero su golpe maestro consistió en olvidar, igualmente, y en lugar bien visible, su cartera de documentos en la que los perplejos agentes de seguridad encontraron no solamente un martillo, una lima, una biblia protestante y un ejemplar de la revista frívola Playboy sino también una agenda en la que había anotado todos sus movimientos previstos, antes y después del golpe, así como el número de teléfono de su contacto soviético. Fue detenido al cabo de diez minutos en su domicilio, mientras se preparaba una taza de té. (129) Siempre he sido muy olvidadizo, manifestó a la prensa.

Mala suerte tuvo Mr. de Bruyeker, al ir a caer en tan tremendos olvidos en momentos tan decisivos de su vida. El hombre, se ha dicho, es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. No le sucedió esto al presidente norteamericano Gerald Ford, que siempre tropezaba en piedras -y en lugares diferentes. Durante su época presidencial le fueron homologadas seis caídas en público, lo que supone un récord mundial que creemos tardará en ser superado. Una de tales caídas, además, fue adornada con el acompañamiento de uno de sus guardaespaldas que, al intentar sostenerle, fue arrastrado en el descenso hacia el suelo, junto con el presidente y el paraguas. El Autor recuerda haber contemplado, en directo, desde la Televisión Canadiense, una de las frecuentes caídas de Gerald Ford quien, al levantarse, azorado, mientras se ajustaba el nudo de la corbata, ilustró al mundo con una explicación, ciertamente superflua I have just fallen (Acabo de caerme).

Hubo quien asoció las frecuentes caídas del presidente Gerald Ford con una falta de reflejos provocada por las dos conmociones cerebrales que sufrió jugando al fútbol americano en la universidad. Es posible que ello fuera también la causa de sus tartamudeos y de sus frases sincopadas. Chesterton decía que hablar bien es pensar bien. Recíprocamente, cabe deducir con rigor lógico que hablar mal es pensar mal. En todo caso, he aquí una puntualización histórica Ford fue el primer presidente americano que se presentó a una reelección y fue batido. Y su vencedor, Jimmy Carter, no era, precisamente, un genio del pensamiento humano.

MITOS HISTÓRICOS

Se ha definido el mito como una fábula o ficción alegórica. Vivimos en una época en que la idiotización general propiciada por los llamados mass media ha engendrado el descrédito de la realidad. Se toman por verdades pontificales hechos, circunstancias y situaciones totalmente falsas. Así sucede en la Historia de los hombres. Y en la Política. E incluso en la Geografía. Pero esto también ocurrió en el pasado. Hubo casos realmente curiosos y aleccionadores. Groenlandia, por ejemplo, o Greenland, que significa literalmente Tierra Verde, fue el nombre dado a esa inmensa isla, totalmente cubierta de nieve, por Eric el Rojo, el caudillo vikingo, en el siglo X, para atraer, mediante una publicidad embustera, a aquel lugar, a sus compatriotas que se resistían a abandonar la comparativamente más clemente Islandia.

Cuando Bartolomé Dias, el gran navegante portugués, contorneó el Sur del Continente africano en 1488, tropezó con tan tremendas tempestades que llamó al lugar Cabo de las tormentas. Pero el rey Juan II, convencido de las ventajas de un buen nombre que incentivara a sus súbditos a continuar navegando en busca de la ruta de las Indias, ordenó que en todos los mapas y cartas de navegar el Cabo de las tormentas se llamara, desde entonces, Cabo de Buena Esperanza, que ha perdurado hasta hoy.

Magallanes tuvo la increíble fortuna de cruzar el Océano situado al Oeste del Continente americano sin encontrar una sola tormenta, por lo que lo bautizó con el nombre de Océano Pacífico, cuando es precisamente ese océano el escenario de las mayores Tempestades de todo el mundo.

Cristóbal Colón, que zarpó de las costas españolas en busca de un camino más corto para llegar a la India, murió sin saber que había descubierto un nuevo Continente. Por tal razón, el nombre de indios se les ha aplicado, desde entonces, a los pieles rojas aborígenes. Y América debe su nombre al navegante italiano Américo Vespucci, cuyos méritos fueron muy inferiores no sólo, a los de Colón sino a los de otros muchos navegantes y exploradores españoles, franceses, portugueses e ingleses.

Los ejemplos que acabamos de citar, y otros que omitimos para no hacer el relato excesivamente prolijo, tienden a probar que los mitos geográficos e históricos pueden tener motivaciones políticas, o ser causa, simplemente, del azar. Otros se deben a la falta de comprensión o incluso a incidentes chuscos. Por ejemplo, en las islas Samoa, en el Océano Pacífico, el importante puerto de Pago-Pago debe su nombre actual al hecho de que el misionero que, en el siglo XIX, empezó a imprimir un periódico allí, se encontró con que en su imprenta le faltaba la letra n. De manera que imprimió el verdadero nombre polinesio de la isla, Pango-Pango, y, por supuesto, muchas otras palabras, sin la n. Y Pago-Pago nació con tal motivo. Otro misionero inglés, que trazó el primer mapa de Alaska hacia 1850,

ignoraba el nombre de la ciudad más septentrional del país, razón por la cual, en su mapa, escribió Name, es decir, en castellano, ¿Nombre. Cuando los norteamericanos compraron aquel territorio a los rusos copiaron el mapa y tomaron la a de Name por una o y así surgió el nombre oficial de Nome. Y cuando el explorador español Francisco Fernández de Córdoba desembarcó en la península de Yucatán, le dio tal nombre porque al preguntar a los indígenas el nombre del país, estos le contestaron, efectivamente Yucatán. Lo que no podía sospechar el explorador andaluz era que Yucatan, en idioma Maya significa No te comprendo.

Otro caso curioso, aunque tal vez aquí convendría más el epíteto de ridículo. Cuando, en Estados Unidos, hacia 1860, se necesitó un nombre para la zona minera de Pike's Peak, el Senador George M. Willing sugirió el de Idaho, una palabra india que, según él significaba precisamente perla de la montaña. El nombre fue aprobado por una resolución del Congreso de los Estados Unidos, en 1863. Idaho alcanzó la categoría de Estado de la Unión en 1890, a pesar de haberse descubierto que tal nombre no significaba precisamente perla de la montaña, sino excremento de búfalo.

Sería grave error creer que tales mitos históricos son cosa de ya superadas. En la actualidad continúan ocurriendo, y, además, todo parece indicar que seguiremos cultivando mitos hasta el punto de que será muy difícil distinguirlos de la realidad. Los mitos contemporáneos están motivados por la política imperante. Un caso flagrante de mixtificación histórica es el de Ghana. Cuando los nativos negros de la antigua colonia británica de Costa de Oro, al mando de un líder, Nkrumah Nkrumah, subvencionado por los servicios de la N.K.W.D., se sublevaron contra la metrópoli, para dar un lustre artificial al estado que se proponían crear, inventaron -o alguien inventó para ellos, lo que parece más probable- un pasado glorioso que sirviera de justificación histórica ,a su petición de independencia. En 1957, cuando, bajo auspicios de la O.N.U. la antigua colonia obtuvo su independencia, se adoptó el nombre de Ghana. Se escogió tal nombre para recordar el legendario Imperio de Ghana, que existió mil años atrás. A pesar de las vehementes afirmaciones de Nkrumah y sus secuaces en tal sentido, no ha sido posible, ni aún con la mejor voluntad del mundo, encontrar la menor relación directa entre, la moderna Ghana y la del siglo X, que era un territorio árabe que se extendió, aproximadamente, por las actuales Mauritania y Mali.

Un caso similar, o peor aún, es el de Zimbabwe, nombre que se ha querido dar al territorio de la antigua Rhodesia del Sur. Dicho territorio estaba ocupado, en el siglo XIX, por dos tribus, los matabelés y los bantúes, cuando fue incorporado al Imperio Británico merced al genio y al empuje colonizador de Cecil Rhodes. Lo primero que hicieron los ingleses fue impedir que matabelés y bantúes continuaran matándose los unos a los otros, algo que venían haciendo desde tiempo inmemorial. Luego construyeron carreteras, hospitales, escuelas; en una palabra,

colonizaron el país, arrancándolo a su secular barbarie, dentro de lo posible. Cuando la subversión antieuropea alcanzó a ese país, y tras el fracaso, por motivos que no procede analizar aquí, de la intentona de Ian Smith que trataba de continuar, sin la tutela de los gobiernos de Londres, el predominio político de los blancos, los llamados guerrilleros, matabelés y bantúes, obtuvieron la independencia. Bantúes y matabelés no habían nunca convivido juntos, y al formarse el nuevo Estado -vamos a llamarlo así- empezaron a matarse, unos a otros, alegremente, algo que habían dejado de hacer por culpa de la insoportable manía del Hombre Blanco de mezclarse en los asuntos ajenos. Los rusos apoyaban a los bantúes, mayoritarios, cuyos jefes máximos eran Robert Mugabe y el Presidente de la República, que atiende por el nombre, tan bonito, de Canaan Banana. Los chinos, a los matabelés, menores en número pero más guerreros, y dirigidos por un jefe local, llamado Joshua Nkomo. El estado de guerra civil latente continúa hoy en día, y no aparecen indicios de que acabe nunca. Pero hay que tener bien presente una cosa antes de estructurarse Rhodesia como tal territorio, bajo el imperio del Hombre Blanco, matabelés y bantúes habían sido vecinos, en permanente hostilidad, y jamás habían constituido, no ya un estado, que tal estructura política era desconocida en Africa antes de la llegada de los blancos, sino ni siquiera una unidad tribal. Pero, con todo, había que dar, por lo menos de cara al exterior, una imagen de estado serio, y, para ello, había que fabricarle al nuevo país independiente un pasado. Naturalmente, artificial, pues las tribus, en Política, no tienen pasado. Así se inventó el mito de Zimbabwe, nombre que se dio a la antigua Rhodesia del Sur. ¿De dónde procede ese nombre De las ruinas de Zimbabwe, halladas por los arqueólogos ingleses a unos 24 kilómetros de Fort Victoria. Se trata de un conjunto de construcciones graníticas con murallas, torres, recintos cerrados, etc. Datan del siglo IX, las más antiguas, y del siglo XIV, las más modernas. Fueron construidas, según opinión casi unánime de arqueólogos e historiadores, por los árabes, que reunían allí a los esclavos negros, para mandarlos, luego, en caravanas, hacia el norte, hasta la isla de Zanzíbar, donde los embarcaban hacia los mercados de Arabia. Los actuales políticos del nuevo estado de Zimbabwe pretenden que aquellas ruinas son vestigios de construcciones ciclópeas llevadas a cabo por sus antepasados matabelés, o bantúes, pero esta opinión es sencillamente risible. ¿Es creíble que los matabelés o bantúes del siglo IX fueran capaces de erigir construcciones de piedra mientras en el siglo XX no pudieran pasar de rudimentarias cabañas de follaje, paja y barro Zimbabwe, como entidad cultural bantú o matabelé es sencillamente un fraude, y un fraude grotesco, además. Inventado por las necesidades de la causa. Así es. Y otra cosa.

Los jerifaltes negros se muestran muy puntillosos acerca del empleo de la palabra cafre. Según ellos, es una palabra despectiva usada por los blancos para patentizar la inferioridad de los negros. Es otro mito. La palabra cafre no es de origen inglés, ni de ningún otro idioma blanco. Es de origen árabe, y significa infiel. Los negreros musulmanes de Zimbabwe designaban con ella a los esclavos negros. Aunque ahora los santones mahometanos se llenen la boca con su doctrina de la igualdad de los hombres, independientemente del color de su piel.

Otra invención, con fines políticos, es la del nombre de Azania, que los terroristas bantúes y xhosas del Africa del Sur dan al territorio de aquella República. Su objetivo confesado es la toma del poder y la eliminación física de los blancos. Cuando lo logren, se proponen rebautizar el país, dándole el nombre mencionado. Pero el caso es que nunca existió una Azania en la realidad. En la ficción, sí. Fue el nombre que dio el escritor inglés Evelyn Waugh a un país imaginario, africano, cuyos naturales eran harto cretinos, en su libro *Black Mischief* (Fechoría Negra). Por cierto que el gobierno etíope se dio por aludido, interpretando que el escritor se refería a Etiopía en aquel libro, y a Waugh se le prohibió la entrada en el país y se le declaró persona non grata.

El mismo caso se da con Namibia, nombre que los guerrilleros, los terroristas, los libertadores, -o como quiera llamárseles-, del territorio del Africa del Sudoeste reservan al país cuando logre su independencia. En ningún mapa, tratado geográfico o diccionario hemos visto referencia alguna a Namibia o a su origen por la sencilla razón de que no lo tiene. Es una afabulación más. Hay más la organización subversiva que, lucha contra el ejército sudafricano se llama, a sí misma, S.W.A.P.O., iniciales de la South West African Political Organization, que significa Organización Política del Africa del Sudoeste. Tal organización actúa desde aproximadamente 1974, con lo que sabemos que el nombrecito debe ser posterior a esa fecha, pues, de lo contrario, se habrían autodenominado Namibia Political Organization.

Tampoco existe justificación alguna para el nombre de Zambia, dado a la antigua Rhodesia del Norte y extraído de la nada. Y lo mismo cabe decir de lo que ciertos cenáculos europeos y americanos han inventado con el nombre de Negritud, auténtico camelo cultural. ¿Cómo puede hablarse de cultura cuando no se ha sido capaz de crear siquiera un idioma con una gramática ¿Arte negro Leamos lo que en cierta ocasión escribió el crítico de arte francés Max-Pol Fouchet para definir el llamado Arte Negro

Nos encontramos ante un arte del contenido y de lo real invisible... Ante numerosos estilos mixtos, que dan testimonio no sólo de la prodigiosa. diversidad del arte africano, sino también, de la manera más absoluta, de las dos postulaciones esenciales de la creación artística, y aquí Africa habla en nombre de todos los pueblos. Arte de lo monumental sin énfasis. Arte del silencio. De la evidencia. Arte de lo Absoluto. Arte que sólo excepcionalmente representa a los dioses, aunque representa siempre su presencia. Arte de lo sagrado, pues lo sagrado no es independiente de la vida de Africa. Arte que nos lleva, para utilizar palabras de Klee hacia las insondables profundidades del soplo primordial y, lejos de limitarse a la copia de lo visible, se anexiona la parte de lo invisible ocultamente apercebido (130)

Leamos y releamos estas palabras no tienen sentido. ¿Qué diablos puede ser lo real invisible ¿O las postulaciones esenciales del Arte ¿Quién puede explicar lo

que son las insondables profundidades del soplo primordial ¿Y lo invisible ocultamente apercebido Todo esto no es ni siquiera cómico. Es puramente demencial.

Que un bon vivant como el esteta marxista Fouchet diga palabras sin sentido semántico alguno es triste. Pero que Paris-Match ponga como pié de foto de una espantosa escultura Iwalwa Podría tomarse por un Picasso es auténtico, y deprimente. Deprimente para los Iwalwa, claro. Si bien Picasso perpetraba aquellos engendros para explotar el snobismo de los más y, por otra parte, por lo menos sabía dibujar. Por que lo esencial, por otra parte, no se ha dicho. Se quiere que admiremos, como obras de arte unos objetos que, en el espíritu de sus creadores no lo eran. Eran fetiches destinados a crear y a contrarrestar conjuros de los espíritus malignos. Se quiere crear, de matute, un arte negro a posteriori, y expresarle mediante un argot típico, formulando sus leyes e imponerlo al universo como un arte superior.

Se nos pretende mostrar lo que no existe. El arte negro fue inventado en París, hacia 1910, por marchantes sionistas, firmemente decididos a mixtificar a sus contemporáneos, pero la realidad es que las artes plásticas nunca han existido en Africa Negra. Que a infantiles monstruosidades se las califique de neo-expresionistas, surrealistas o de insondables profundidades del soplo primordial no cambiará el hecho de que la llamada Negritud cultural es un despampanante timo.

El objetivo de ese timo, aun cuando inicialmente fuera, tal vez un negocio de marchantes desaprensivos, consiste en imprimir en la mente colectiva de las masas esta idea idiota Los negros son superiores a los blancos. Así James Baldwin, juntaletras negro-americano declaró

La raza blanca constituye una minoría numérica en el mundo más tarde o más pronto, se convertirá en una potencia de segundo orden (131). Y Joel Carmichel, líder de los Panteras Negras, grupo paramilitar racista negro Los blancos deben intentar elevarse al nivel del humanismo de los negros (132).

Esta superioridad negra es afirmada por ciertos blancos de una manera perentoria. Poco importa el escaso éxito, por decirlo de una manera lo más amable posible, de las numerosas exposiciones de arte negro que se perpetran por doquier, pero especialmente en París, Nueva York o Bruselas. Lo que importa es que se consagren a ellas pedantes y plúmbeos artículos en revistas á la mode y. que los ladrantes progresistas hagan coro por la radio y la televisión. Gracias al Africa, el Arte asienta sus bases, soltó una vez por la Radio-Televisión Francesa el impensable Max-Pol Fouchet. Si tal frase tiene algún sentido, significa que antes de la sorprendente eclosión de las artes negras el Arte, es decir, todas las artes, se encontraban en la infancia. ¡Maravilloso! El oráculo oficial de la cultura francesa televisiva asegura que una horrible estatuilla bambara es uno de los chefs-d-oeuvre del arte mundial, mucho más sensacional que Benvenuto Cellini. Creemos que no vale la pena insistir más sobre esta mixtificación histórica contemporánea del llamado Arte Negro, o Negritud. Sólo nos permitiremos hacer unas cuantas preguntas, a ver si hay un inefable progre capaz de responderlas adecuadamente.

Si es cierto que en los albores de la Historia las grandes razas humanas empezaron a la vez, o, si se quiere emplear un símil deportivo, tomaron la salida al mismo tiempo y sobre la misma línea. Y si es cierto que NO se trata de un problema de educación, pues ésta es un producto de la Civilización y no una causa, puesto que al principio no hay más que la jungla y las cavernas, pedimos que se nos explique

¿Por qué el Partenón no se eleva sobre una colina del Monomotapa, la Catedral de Chartres a las orillas del Congo o la Capilla Sixtina en Malawi

¿Por qué no fue un simba quien escribió la Ilíada, la Divina Comedia, o el Quijote

¿Por qué no fue un Ualoff quien compuso la Sinfonía Pastoral .

¿Por qué no fue un cambara quien compiló un código de leyes como el Derecho Romano

Otro mito histórico que parece tener más vidas que un gato es el de la pretendida responsabilidad, exclusivamente blanca, en el hecho, ciertamente deshonroso, de la esclavitud. La realidad es muy otra. El comercio de esclavos era practicado ya en Africa muchos siglos antes de las grandes colonizaciones blancas, que se extienden a lo largo de unos dos siglos y medio, como máximo. Dicho comercio indigno era practicado por los árabes y por los mismos negros. Las tribus, en guerra perpétua, practicaban razzias recíprocas. Más tarde, los jefes indígenas vencedores vendieron a traficantes blancos (aunque luego hablaremos de tales blancos) a sus prisioneros de guerra, sus condenados por haber faltado a las costumbres tribales o por lo que fuere, en vez de hacerles trabajar hasta el agotamiento, de emascularlos o de comérselos. Los, verdaderos proveedores de la Trata eran los jefes negros, aliados naturales de los negreros.

Los blancos no inventaron la esclavitud. Pero sí la prohibieron. Sa de Bandeira, en el siglo XIX, en los territorios portugueses de Ultramar, fue el precursor del Anti-Esclavismo. Luego vinieron americanos, franceses, ingleses y españoles, casi al mismo tiempo, y por tal orden cronológico. Algo más tarde, los holandeses. Esto es un hecho, y otro hecho es que la Esclavitud sólo fue suprimida en Etiopía en el año 1937, por los fascistas italianos... A LOS QUE SE ACUSO DE HABER ESCLAVIZADO EL PAIS. Y cuando el Negus, Hailé Sélassié, volvió al poder, tras los carros de combate británicos, en 1942, lo primero que hizo fue reinstaurarla, obligándole los ingleses a prohibirla, de nuevo, en 1943. No obstante, la Esclavitud continúa existiendo en Etiopía, en el Sudán, y en las costas arábicas del Mar Rojo. Pero como los beneficiarios de tan innoble tráfico no son blancos, la O.N.U., la U.N.E.S.C.O. y la Conciencia Humana no han protestado lastimeramente.

Hemos aludido a los negreros blancos. Conviene matizar. El más famoso de los negreros fue un tal Aaron López, un sefardita de nacionalidad holandesa. Luego, pisándole los talones, otro sefardita, Isaac Méndez. Estos caballeros operaron, sobre todo, por el Caribe y la zona Norte de América del Sur. Correligionarios

suyos fueron los principales traficantes de esclavos en la parte Norte del Hemisferio (133). Ahora, eso sí a la hora de aplastar a los occidentales con sus lecciones de moralidad histórica, sionistas de toda laya y barniz se hallan en vanguardia. ¡Cómico y trágico a la vez!

Los blancos son los culpables de todo lo que no funciona en el mundo. Esta es la creencia general, que se ha amazotado a martillazos en las mentes de los más. Un complejo de culpabilidad sabiamente instalado en la Conciencia Colectiva de los occidentales. De tal complejo pueden beneficiarse, indirecta y parcialmente, algunos estados (o, más exactamente, algunas tribus) negros. Pero a los que mueven ese tinglado, ese mito histórico sin precedentes, les importan un comino los negros. Y ya lo demostraron con hechos.

FLORILEGIO DE IDIOTECES

Lenin reunió la caravana
y Stalin la guía.
Es genial, es el alma del pueblo.
Ala vestido a sus hombres con trajes de seda
Y les ha forjado destinos felices.
Les ha enseñado a cantar el Socialismo y la Alegría.
Stalin, tus rayos han calentado mi corazón.
El amor y la Alegría se desprenden de tí.
Tu imagen está en el pueblo
como el sol en el cristal
contigo nuestros ojos brillan
en nuestras estepas los ríos han surgido entre la arena
Tú has detenido la caída de las lagrimas
Tú has llenado de agua los ríos secos
Tú has fertilizado los desiertos de piedra
Tú eres aquel en quien soñaban nuestros antepasados

Pero hay quien te critica, cobardemente
Más ¡al fin!, los perros sangrientos han sido capturados,
Más carnívoros que los lobos, más pérfidos que los zorros,
En sus cuerpos de sangre fría como las víboras
Ignoran el calor humano.
¡Aprisa! ¡Aprisa! castiguémosles,

Y arrojemos al foso sus cadáveres apestosos,
Han afilado sus zarpas y sus dientes contra Aquél (134).
Que ilumina para nosotros el Sol.
¡Jueces! ¡matadles! Ya no deben vivir más.
¡ Dad a los perros la muerte de los perros!
(El bardo Djamboul. Primer Premio de la Asociación de Artistas y Trabajadores Proletarios, 1952).

El camarada Stalin es el enemigo más irreductible de la presunción y de la fanfarronería.
(Klim Vorochilov, Mariscal-lampista)

Todavía no tenemos la libertad de palabra, pero se nos ha concedido ya, desde hace dos años, la libertad de pensamiento.
(Citado por Le Monde, Paris, 8-8-1966, refiriéndose a las declaraciones del líder de la Oposición en Costa de Marfil).

Los obreros, famélicos, encadenados son,
Los niños en sus cunas, ametrallados son,
Hasta que el pueblo entero, harto de sufrir,
A los capitalistas los va a suprimir.
(El vate Enrique Cardona, Radio España-Independiente, 1951).

Si los rebeldes del Congo mataron a tantos misioneros, es por que muchos de éstos vivían demasiado bien.
(Obispo Kinsch, de Léopoldville).

Este Festival constituye una empresa mucho más considerable que la exploración del Cosmos.
(Léopold Sedar Senghor, Presidente de la República del Senegal, en el discurso inaugural del Festival de Arte Negro de Dakar, 1965).

Considerando que es de notoriedad pública en el Gabón que los hombres se transforman, sea en panteras, sea en gorilas, sea en elefantes, etc. para llevar a cabo determinados actos.

Considerando que es preciso saber que las transformaciones de los hombres en animales feroces se disimulan con objeto de no espantar a la presa,
Considerando que en la Audiencia el acusado ha mantenido que veía perfectamente bien y que cuando disparó había identificado a su víctima como un chimpancé; que no es la primera vez que caza, y que ha abatido y a cuatro chimpancés desde que se dedica a la caza,

Considerando que hay que castigar los homicidios involuntarios pero habiendo lugar, por otra parte, a tomar en consideración los casos y de actuar contra las prácticas brujas y mágicas que se realizan en Gabón, sobre todo en la selva, y que retrasan enormemente la evolución de nuestro pueblo,

Considerando que este Tribunal posee la entera convicción de que Akoué

Joseph se ha transformado en chimpancé en la selva, donde se ha dedicado a la caza, sin armas,

Por estos motivos, este Tribunal, estatuyendo públicamente y contradictoriamente con respecto al acusado, en materia correccional y en última instancia

Declara a Bikeye Etienne, no culpable de los hechos que le son reprochados;

En consecuencia le devuelve la libertad sin condena ni gastos;

Rechaza la demanda de la parte civil en sus demandas, fines y conclusiones;

Pone los gastos de este juicio a cargo del Tesoro Público de la República de Gabón.

En fé de lo cual, la presente sentencia ha sido firmada por el Presidente del Tribunal que la ha dictado, y por el Secretario, en Lambarené, Gabón, el día, mes y año que se citan arriba... (135).

(Sentencia dictada por el Tribunal de Casación de Lambarené, Gabon, absolviendo a Bikeye Etienne por el asesinato de Akoué Joseph de un disparo de fusil, por, haber, éste último, tenido la mala idea de transformarse en chimpancé).

Un joven judío, de 17 años, fue acusado recientemente de violar a una muchacha no judía, de 21 años, procedente de Inglaterra. La joven había estado trabajando en un Kibbutz (granja comunal) cerca del Mar Muerto cuando fue atacada.

La acusación contra el joven judío, sin embargo, cayó por tierra después de que, dicho joven citó dos preceptos del Talmud, libro sagrado hebreo, para justificar su acción

Un judío puede violar a una muchacha no judía, pero no casarse con ella (Gad. Shas, 22).

Un judío puede hacer a una no judía lo que quiera. Puede tratarla como a un pedazo de carne (Nadarine, 206, Shulshan Aruck, Choszen Hanniszpat 348)

El juez, al devolver la libertad al joven violador, observó que no estaba dispuesto a ejecutar una decisión que podría afectar adversamente los fundamentos morales y religiosos del estado israelí.

(Citado por W.P, Vol. 7, núm. 5. Arlingthon. E.E.U.U.)

Un grupo de monos sagrados de un templo hindú han ganado un caso judicial ante la Magistratura de Trabajo del Estado indio de Kerala. Los simios fueron demandados por las autoridades de la Facultad de Medicina de Allepey, que pretendían que los animales fueran enjaulados porque atacaban constantemente a los estudiantes de la facultad cercana al templo; pero el magistrado desestimó la demanda.

(Noticia fechada en Nueva Delhi, India. Reproducida por El Vigía, Barcelona, 5 de enero de 1983).

El máximo precio que un productor de cosméticos puede imponer a un determinado producto, para toda clase de compradores, en relación con los normas para la regulación de precios topes, debe ser igual al máximo de precios tolerados en las normas para regulación de precios máximos de tales productos vendidos a un comprador de la misma categoría.

(Norma dictada por la O.P.A., u oficina para la Fiscalización de Precios, creada en

1934, por Franklin D. Roosevelt.)

Dos cosas hay que dan brillo
a los colores de España
la espada de, su Caudillo,
y el Español, por su hazaña.

(Copla inmortal cantada por el famoso tenor Guillermo Paylón, tras proclamarse el R.C.D. Español, campeón de España de Fútbol, en 1940).

Bueno; gracias a Dios que por fin vamos a tener un Gobierno sin ninguno de esos hombres inteligentes o geniales. ¡Y era hora!

(Frase laudatoria de Lord Addington dando la bienvenida al nuevo gobierno de William Pitt, en 1716).

En el arte de la guerra sólo -son precisas tres cosas Coraje y valor.
(General Ulysses Grant).

Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie... no os detengáis ante los sepulcros ni ante los altares.

(Alejandro Lerroux, Secretario General del Partido Republicano Radical; Barcelona, 1917).

Corazón Santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto,
Siempre seeeraaas!

(El mismo individuo, gorgoriteando al frente de una procesión en honor del Sagrado Corazón de Jesús, Madrid, 1934).

Es preciso que en las lecturas comentadas en la enseñanza de las Ciencias de la Historia, de la Geografía, se aproveche cualquier tema para deducir consecuencias morales y religiosas. Consecuencia de este ambiente religioso que ha de envolver la educación en la Escuela, ha de ser la asistencia obligatoria en corporación de todos los niños y maestros de las escuelas nacionales, en los días de precepto, a la misa parroquias... El Santo Evangelio será leído con frecuencia e ineludiblemente todos los sábados.

(Boletín Oficial del Estado, Burgos, 8 de marzo de 1938).

En atención a haberse proclamado la República Federal, queda abolido en esta Villa el Concilio de Trento.

(Solemne resolución del Ayuntamiento de dos Hermanas (Sevilla), al proclamarse la I República Española en 1873)

NOTAS:

- (1) Book of Heroic Failures, p. 216.
- (2) Pero la frase -o más exactamente, la palabra- más famosa pronunciada por Cambronne en Watetloo fué Merde! (N. del A.).
- (3) Luis XVIII se refería a Napoleón, invariablemente, como el enemigo público. A veces, como ciudadano Buonaparte (N. del A.).
- (4) Con motivo de la construcción del Canal de Panamá, se puso en claro que más de cincuenta parlamentarios franceses estaban involucrados en sucios trapicheos de - corrupción y tráfico de influencia. (N. del-A.).
- (5) Maurice Barrés decía del Parlamento francés de su época Me asquea profundamente, porque allí se tutean como en la trena. No vamos a discutir esa opinión, que a priori nos parece aventurada, a un autor por el que sentimos una cierta debilidad, pero a simple vista la comparación nos parece descortés e injusta. Pese a no haber frecuentado, todavía, la trena, estamos persuadidos de que allí deben haber personas dignísimas. (N. del A.).
- (6) En esa época gobernaban en Francia las derechas. Recordemos que las cartas en pro de los poldevos se mandan sólo a las Izquierdas. La alusión al fascismo y sus crímenes debía, forzosamente, provocar una reacción positiva en los progresistas de la época. (N. del A.).
- (7) Naturalmente, Constancia Nepuska, es tan imaginaria como sus compatriotas poldevos. (N. del A.).
- (8) El Dr. Laurence J. Peter, norteamericano, es mundialmente conocido por su descubrimiento del Principio de Peter, según el cual, todo individuo inmerso en una jerarquía, tiende a elevarse hasta su nivel de incompetencia, donde permanecerá inamovible para su desgracia y la de sus contemporáneos. (N. del A.).
- (9) The Book of Heroic Failures, p. 159.
- (10) La Vanguardia Española, 8-8-1979.
- (11) The Guinness Book of Records, T.V., P. 198.
- (12) Karl Doenitz Zehn Jahre und Zwanzig Tage.
- (13) Captain Rosskyll War at Sea.
- (14) David Wallechinsky The Book of Lists, Vol. I. p. 65.
- (15) Carlos Pereyra Breve Historia de América.
- (16) Carlos Pereyra lbed. Id. Op. Cit
- (17) David Wllechinsky Book of Lists, Vol. II, pag. 69.
- (18) Ismael Herráiz Italia fuera de combate, p. 185.
- (19) Il Tevere, 15-6-1944.
- (20) Ismael Herráiz, lbed. Id. Op. cit. p. 188.
- (21) Sir Barry Domville From Admiral to Cabin Boy, p. 132.
- (22) Encyclopoedia Britannica T. II. p. 1057.
- (23) Brasillach fue fusilado, en 1945, por pensar mal (N. del A.).
- (24) Periódico nacional-revolucionario, suspendido tras la Liberación. (N. del A.).
- (25) Paul-Boncour, eminencia del Partido Socialista, varias veces Ministro y representante de Francia en la Sociedad de Naciones. (N. del A.).
- (26) Robert Brasillach Notre Avant-guerre.
- (27) Nunca tenderemos la mano a los asesinos de Matteoti. había dicho León Blum, quién se había apresurado a tendérsela a Stalin, asesino de millones de kulaks (N. del A.).
- (28) P.A. Cousteau En ce temps-lá.
- (29) P.A. Cousteau Mines de rien, p. 212.
- (31) P.A. Cousteau En cé temps-la , p.68.

- (32) Ferretti; abogado; diputado en el Consejo Fascista y lector del presupuesto de la Aeronáutica. (N. del A.).
- (33) Galeazzo Ciano Memorias, día 15-2-1939.
- (34) David Wallechinsky, The Book of Lists, T. II, p. 393.
- (35) El Bataillon des Invalides se componía de soldados que habían sufrido heridas importantes en el campo del honor, como se suele llamar a la guerra. El propio comandante, De cojeaba ostensiblemente. (N. del A.).
- (36) Pierre-Antoine Cousteau Après le déluge, p. 46.
- (37) Stephen Pile The Book of Heroic Failures, p. 84.
- (38) El enigma capitalista, págs. 84-87.
- (39) Este Atzerodt podríamos calificarlo de sionista si no fuera porque el Sionismo nació, oficialmente, en 1897, tras el Congreso de Ginebra. Igual calificación podría darse a Booth. En vista de las facilidades que nos da la actual libertad de expresión tras 40 años de obscurantismo, diremos que ambos sujetos eran germano-americanos de confesión, probablemente, israelita. (N. del A.).
- (40) Aquí vale la misma aclaración que en la Nota 39, con la única variante de que Atzerodt era germano-americano y Wertheimer, suizo-americano. (N. del A.).
- (41) Lord Moran Memorias.
- (42) A Madame Steinheil, nacida Marguerite Japy, se le puede aplicar lo dicho en las notas 39 y 40. A guisa de ampliación de detalles podemos decir que su marido, Monsieur Steiheil, alto funcionario del Partido Radical-Socialista, participaba de los beneficios de la entente. Era, en suma, lo que se ha dado en llamar un ménage a trois. (N. del A.).
- (43) Encyclopoedia Britannica, T. III, p. 1641.
- (44) David Wallechinsky Ibid. Id. Op. Cit. T. II, p.331.
- (45) El autor está desolado, pero los hechos son los hechos. A Magda Lupescu (a) Elena Wolf, se lo pueden aplicar los mismos comentarios que los aparecidos en las notas 39, 40 y 42. (N. Del A.).
- (46) Encyclopaedia Britannica, T.IV, p.855.
- (47) P.A. Cousteau Après le Déluge, p.55.
- (48) Barthou murió junto al Rey Alejandro 11 de Yugoslavia, asesinados ambos por el anarquista italiano Casserio. (N. del A.).
- (49) Según Mauricio Karl (El Caso Profumo) las trazas y actividades de tal personaje le delatan como un sionista de origen sardo.
- (50) Mauricio Karl El Caso Profumo, Ibid. Id.
- (51) E.H. Cookridge 'Philby, el tercer hombre. Los casos de chantaje sexual son no sólo muy corrientes, sino los más corrientes. Especialmente, el chantaje sodomítico, al abundar los espías y sus víctimas que padecen tal tara (¡Perdón!, si constitucionalmente ya. no es una tara, estamos dispuestos a proclamar que constituye una interesante Peculiaridad humana, o lo que se quiera). (N. del A.).
- (52) The Strange Death of Marylyn Monroe.- Poor Richard's Book Shop. Los Angeles, Calif
- (53) The Guines Book of Records, p. 380.
- (54) Rand Daily Mail, Johannesburg, 27-X-1982.
- (55) Encyclopoedia Britannica, T. T. -XII, 727.
- (56) Eso de democracias populares nos parece un pleonasma como cuando se afirma lo ví con mis propios ojos. Si democracia significa gobierno del pueblo, añadirle el calificativo de popular es superflua. Igual podría decirse democracias populares de las masas humanas. Dime de qué blasonas y te diré de qué careces (N. del A.).
- (57) David Wallechinsky. The Book of Lists, T. I. p. 70.

- (58) Stephen Pile The Book of Historic Failures, p. 183.
- (59) Nigel Blundel The World's Greatest Mistakes, p. 78.
- (60) Génesis, 17.
- (61) Deuteronomio, XI, 23.
- (62) Isaías, IL, 22-23.
- (63) Isaías, LX, 10, 12, 16
- (64) Génesis, 19.
- (65) Un tal Galileo Galilei pretendió, a principios del Siglo XVIII, que Jehová no pudo detener el sol, ni aunque se lo pidiera Josué, por que aquél nunca se movió, y sí, en cambio, la tierra, lo que le valió un proceso de herejía. Pero Galileo reconoció sus errores y así evitó el tormento y la hoguera. (N. del A.).
- (66) A medianoche los ángeles exterminadores entraron en las casas de los egipcios matando a todos los primogénitos. Esos ángeles que reconocían a dichos primogénitos en virtud de algún milagro, necesitaron, en cambio, que los israelitas les señalaran, con una cruz hecha con sangre de cordero, las casas egipcias, para diferenciarlas de las israelitas (N. del A. y palabra de Dios).
- (67) Como dichos habitantes encontraran muy guapos a los angélicos mensajeros, Lot, píamente, para salvarlos, ofreció a aquéllos a sus hijas, pero los depravados declinaron la oferta (N. del A.).
- (68) Vicente Vega Diccionario Ilustrado de Anécdotas, p. 298.
- (69) Salvador de Madariaga Dios y los españoles, p. 59.
- (70) L'Europeo, 10-X-1975.
- (71) Leo Lania, Der Hitler-Luddendorff Prozess Berlin 1925,p.84.
- (72) Le Populaire, París, 2-8-1932.
- (73) Le Populaire, París, 8-11-1932.
- (74) Le Populaire, París, 9-IV- 1933.
- (75) Le Populaire, Paris, 10-5-1936.
- (76) Excelsior, Paris, 20-6-1936.
- (77) Si en vez de haber sido circuncidado, este Jeroboam hubiera sido bautizado Jeronimito, hubiésemos dicho nombre de pila. (N. del A.).
- (78) George Henry Jennings I-history of British Parliamentp.98.
- (79) Nigel Blundell The World's Greatest Mistakes, p. 96.
- (80) A.K. Chesterton The New Unhappy Lords, p. 97.
- (81) The book of Lists, T. 11. p. 146-147-D. Wallechinsky.
- (82) Frederic R. Marvin History of Papacy, p. 114.
- (83) Y. Goblet El crepúsculo de los tratados, p. 110.
- (84) D. Wallechinsky The book of Lists, Vol. II, p. 469.
- (85) Graham Greene Journey without maps.
- (86) Diríase que hay apellidos predestinados. Kindness, en inglés, significa Bondad (N. del A.).
- (87) Stephen Pile The book of heroic failures, p. 177.
- (88) The Guinness Book of Records, Vol. I, 1978, p. 88.
- (89) Encyclopoedia Britannica, Vol. XXII, p. 710.
- (90) Sir Barry Domville From Admiral to Cabin Boy, p. 165.
- (91) En la pre-guerra, en cambio, los réprobos nazis, en unas elecciones controladas por la Sociedad de Naciones obtuvieron el 91 por ciento de votos en el Saar. (Nota del autor).
- (92) Los seguidores de Pierre Poujade, partidario de reducir los impuestos y la intervención estatal. (N. del A.).
- (93) Charles Bonnamaux L'Amérique Trahie, p. 105.
- (94) The Spotlight, 15-II-1979.

- (95) The Spotlight, 30-III-1980.
- (96) Como los referendums están organizados por y desde el Poder, siempre los ha ganado el que los ha organizado. El General-Presidente De Gaulle fue la primera excepción histórica a esta regla. (N. del A.)
- (97) Diccionario de la Real Academia de la Lengua.
- (98) Declaraciones a Nuevo Diario, Madrid, 6-9-1967.
- (99) Si se me permite la inmodestia de autocitarme, a propósito de la Censura real recomiendo leer El Enigma Capitalista, p. 6667.
- (100) Georges Bonnet Miracle de la France.
- (101) J. Bochaca La Historia de los Vencidos.
- (102) J. Bochaca Ibid. Id. Op. Cit.
- (103) Francis Neilson The Churchill Legend.
- (104) W. S. Churchill Great Contemporaries, Londres, 1935.
- (105) W. S. Churchill Step by Step, Londres, 1937 .
- (106) Vicente Vega, Diccionario Ilustrado de Anécdotas .730.
- (107) Vicente Vega Diccionario Ilustrado de Anécdotas, p. 730.
- (108) Citado por D. Walleclinsky The Book of Lists, T.II,p.471
- (109) Este Doctor Levin es el padre de las modernas técnica soviéticas de lavado de cerebro. Fue ejecutado por orden de Stalin, en 1951, acusado de haber conspirado contra él, tras más de treinta años de servirle eficazmente.
- (110) Stephen Pile The Book of Historic Errors, p. 168-169.
- (111) World Military Expenditures and Arms Transfers 1966-75.
Editado por la Agencia para el Control de Armamentos y Desarme del gobierno de los Estados Unidos, 1977.
- (112) Henry Kissinger, sionista nacido en Alemania, naturalizado Norteamericano sin cumplir los plazos legales en virtud de una ley especial, tuvo el aplomo de decirle a Ian Smith que una declaración unilateral de independencia era inadmisibile, históricamente hablando. George Washington debió revolverse en su tumba. (N. del A.).
- (113) La hilaridad de Poincaré debía estar provocada por el nombre de Durand, que equivale, más o menos, a nuestro Pérez. (N. del A.).
- (114) Léon Daudet L'Hécatombe.
- (115) Georges Champeaux La Croisade des Démocraties.
- (116) Junto a la tumba de Nietzsche, se esculpió su controvertida frase Dios ha muerto Nietzsche
Un bromista, o pío detractor, se pasó toda una santa noche para esculpir, al lado Nietzsche ha muerto
Dios (N. del A.).
- (117) Henry Coston Dictionnaire de la Politique Française, 659
- (118) Wer ist.Willi Brandt, Kritische Demokratische Union.
- (119) Le Crapouillot, Paris, núm. 55. Verano 1980, p. 10.
- (120) Encyclopedia Britannica, T. XI, p. 646.
- (121) La composición de la Asamblea Nacional refleja exactamente la situación 270 funcionarios dobles (es decir, diputados y además funcionarios en la vida civil) sobre 481 diputados. O sea 56 por ciento de funcionario dobles y 44 de funcionarios simples (Lectures Françaises num. 64).
- (122) Louis Pauwels Le Socialisme cest l'Argent des Autres.
- (123) Nigel Blundell The World's Greatest Mistakes, p. 68.
- (124) Stephen Pile The Book of Historical Failures, p. 167-8
- (125) Spethen Pile Ibid. Id. Op. Cit. p. 162.
- (126) The Guinness Book of Records, 1981.

- (127) Ch. Dobson y J. Miller The Falkland Conflict p. 136.
- (128) Nigel Blundell 'The World's Greatest Mistakes.
- (129) D. Wallechinsky 'The book of Lists.
- (130) Saint-Paulien La contre-révolution africaine, p. 13 1.
- (131) Nouveau Candide, Paris, 28-VIII-1963.
- (132) Ecrits de Paris, Paris, septiembre 1966.
- (133) The Thunderbolt, Marietta, Georgia, USA, Issue 249.
- (134) No se trata de Dios, si no de Stalin. (N. del A).
- (135) Citado por Europe-Action, Bruselas, 14-1-1966.

LIBROS

NuevOrdeN